

PARA COMPRENDER A LOS ÁRABES

LOUIS BAHJAT HAMADA



PARA COMPRENDER A LOS ÁRABES

Louis Bahjat Hamada

Versión española: Daniel Saavedra

Estilo: Viviana Hack de Smith

Cubiertas: josonar@gmail.com

Original en inglés: *Understanding the Arab World*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, 1990. Usado con permiso.

© PM Internacional

info@pminternacional.org www.pminternacional.org

Los contenidos de la Colección Musulmania no siempre se corresponden con la opinión de los editores. Se publican, sin embargo, como un medio para fomentar el intercambio de diferentes puntos de vista y motivar a la reflexión. Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, han sido tomadas de la versión Reina Valera 1960. © Sociedad Bíblica Unida.

2009 Primera edición

Índice

Dedicatoria	7
Reconocimientos	9
Introducción	11
1. De la oscuridad a la luz	15
2. Los árabes semitas	41
3. El encuentro de Dios con Agar	61
4. Ismael, príncipe del desierto.	85
5. El nacimiento de una gran nación	111
6. El mundo árabe.	131
7. Para comprender la mentalidad y la cultura árabe	163
8. Una respuesta cristiana al terrorismo árabe	183
Notas.	201

Dedicatoria

DEDICO este libro a mi gente, los árabes, por los cuales Cristo también derramó su sangre a fin de redimirlos de sus iniquidades, «y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2.14).

El mundo árabe está compuesto por unos trescientos veinte millones de personas, aproximadamente. En su mayoría son musulmanes. Una minoría pertenece al cristianismo, al druísmo y otras creencias. Desde el oeste de África hasta la península Arábiga, los árabes siguen siendo los guardianes de la fe musulmana.

No obstante la predicación de la palabra de Dios por cientos de años entre ellos, tan sólo un pequeño número ha sido ganado para Cristo, y apenas se ha establecido un puñado de pujantes iglesias. La razón de esta deplorable situación será discutida en los siguientes capítulos. A todos estos convertidos, y a los árabes cualquiera fuera su trasfondo, dedico este libro con mucho cariño.

Reconocimientos

HABITUALMENTE se menciona en los reconocimientos a todas las personas que han hecho posible la publicación de un libro. Muchos autores recuerdan una lista de nombres, empezando por su esposa e hijos, y terminando por aquellos que brindaron todo tipo de ayuda. Sin embargo, nadie es más grande que la persona del Espíritu Santo, quien me ha constreñido y dotado de la sabiduría necesaria para poder escribir este libro esperado, resultado de treinta años de estudios bíblicos y transculturales.

Algo interesante y digno de ser mencionado, es el hecho de que fueron tan sólo cuatro meses los que me tomó redactarlo. Irónicamente, escribí todo con el dedo índice de la mano derecha, ya que nunca me interesé en aprender a escribir a máquina con las dos manos. Tampoco me interesé en aprender el misterioso mundo de las computadoras. Como dice un comercial de televisión: «Lo hice a la antigua, es mi herencia».

El Señor puso en mí un fuerte deseo por despertarme a las tres de la mañana cada día, y me dio la fuerza necesaria para trabajar quince horas diarias. Pasé mi tiempo escribiendo, envuelto en el

silencio de la noche, a muy tempranas horas de la madrugada, sentado en la mesa de mi cocina con vista al jardín de mi casa, observando su suave y calmada atmósfera. Me acompañaba mi Biblia, una Concordancia Analítica, un Diccionario Inglés, un Diccionario de Sinónimos Webster, y unos cuantos libros y revistas para investigar.

Después de una corta oración, me sentía estallar por el gozo que Dios vertía en mí. De pronto, misterios y cosas que no había visto ni entendido antes, se me hacían claros. Las ideas me fluían, reavivaban mi agobiado corazón y me sentía seguro de que Dios iba a utilizar mi libro para reacondicionar la teología política de ciertos cristianos sionistas con respecto a los árabes, y le daría, además, un uso para sus propósitos de evangelización a escala mundial.

Estoy en deuda con mi amada esposa, Hanan, quien escribió un breve relato de mi conversión a Cristo y mi inicio en el ministerio; a mis hijos Omar y Sandy, quienes han sido una gran bendición e inspiración para mí. También agradezco profundamente a Publicaciones Thomas Nelson por animarme a escribir este libro oportunamente y también al doctor Walton Padelford, quien me ayudó a corregir el texto en inglés.

Que nuestro Señor Jesús bendiga a cuantos obtengan este libro. Que la lectura sea hecha con una mente abierta y que Dios los use para que propaguen el indiscriminado amor de Cristo «en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hch. 1.8).

Introducción

EN VISTA de la magnitud de la actual crisis en el Medio Oriente, y tomando en cuenta la tremenda necesidad de estar bien informados acerca de los árabes semitas, quienes tienen gran importancia en el balance internacional de poder, la elaboración de este libro es relevante, así como oportuna.

De todos los pueblos mencionados en la Biblia, los árabes semitas han sido los menos considerados y estudiados en los tiempos modernos. La gente occidental conoce muy poco de la historia árabe, su forma de ser, su cultura. Los esporádicos cursos sobre el trasfondo histórico y sociológico de los árabes fueron limitados a un pequeño grupo de graduados universitarios, ofrecidos bajo la débil presentación de *Estudios semíticos*. No fue sino hasta el conflicto entre Palestina e Israel que el gobierno de los Estados Unidos y el público en general despertaron a la realidad de la existencia de más de mil millones de árabes y de musulmanes, con quienes tenían que tratar en forma diplomática y de quienes debían tener algún conocimiento.

Cuando vine a los Estados Unidos como estudiante en 1953, me emocionó estar en la tierra de la oportunidad y de la libertad. La fascinación de descubrir un nuevo país y una nueva cultura me llenó de placer.

Después de un corto período de tiempo, me di cuenta de que tendría que acomodarme a un estilo de vida totalmente diferente. No lograba transmitir mis pensamientos para hacerme entender con mis amigos norteamericanos. Una añoranza familiar me empezó a perseguir. Es un sentimiento con el que luchan casi todos los extranjeros, un sentimiento de soledad y deseo de estar con amigos y parientes que compartan un mismo estilo de vida, de costumbres, y una misma historia.

Empecé a recordar experiencias y viajes pasados. Me molestaba el aparente desinterés y la incapacidad del mundo occidental por tratar de entender a los árabes. Las personas no tenían una imagen positiva y precisa de nuestros ideales ni de nuestra forma de ser. Circulaban historias negativas, resultado de malentendidos y de malas impresiones.

Es mi deseo ayudar al lector a comprender a los árabes, presentando un fiel retrato de ellos y borrando los estereotipos que han llevado a una percepción defectuosa de su cultura. Este libro es un modesto intento de contar su historia desde los tiempos bíblicos. Es obvio que la historia completa sería imposible de resumir en un solo volumen; se requeriría una enciclopedia para tal efecto.

Específicamente, este libro es, en parte, una respuesta a las persistentes peticiones de poder trazar el origen y la genealogía de los árabes, y es, también, un intento de vindicar a Ismael y Agar de las extensas interpretaciones místicas que han tenido los pasajes bíblicos que hablan de ellos y de su descendencia. Las oportunas peticiones me inspiraron y desafiaron, proveyéndome del ímpetu necesario para comenzar tan esperado trabajo.

Son varios los libros que describen la herencia bíblica de los árabes desde un negativo punto de vista. Tales trabajos han sido incapaces de presentar una imagen verídica de la tremenda contribución árabe en los diversos campos del saber. Un buen número de expertos investigadores de la cultura y lengua árabe y analistas occidentales, han conseguido éxito profesional estudiando el mundo árabe, sin tomar en cuenta que presenta un gran número de contrastes en su antropología cultural, los cuales desafían la lógica occidental.

Hasta ahora, son escasos los trabajos realizados desde la perspectiva de cómo Dios usó a los árabes en la historia, o que tomen en cuenta el inmenso amor de Dios por ellos. Muchos estudios son inadecuados y dejan muchas preguntas sin respuesta, como por ejemplo: ¿por qué los cristianos occidentales provocan la ira de los árabes favoreciendo a Israel y olvidándose de los miles hambrientos de Dios en el mundo árabe? Si ellos han descendido de Ismael, como se enseña, entonces, ¿por qué se los llama semitas? ¿Qué fue lo que exactamente pasó antes y después del encuentro de Dios con Agar? ¿Se convirtió Ismael en una «gran nación» tal como Dios se lo había prometido en Génesis 17.20? Estos y otros interrogantes serán tratados en el presente libro.

El propósito de este volumen es el de promover un mejor conocimiento de los árabes y de los musulmanes, y presentar métodos adecuados que permitan compartir, con mayor eficacia, el inexplicable amor de Dios por ellos. Aun más, está diseñado para que el lector logre obtener una buena comprensión de la cultura árabe, y así pueda considerar los obstáculos a superar para un efectivo trabajo de evangelismo. No sólo está destinado a estudiantes de teología, sino también a todo aquel que esté interesado. El lector se verá sorprendido al descubrir información que le hará reconsiderar su opinión intolerante antiárabe que ha sido divulgada por la teología política occidental. Por esta razón es que

me siento comprometido a presentar una breve exposición de la historia árabe, guiado, retrospectivamente, por el esquema cultural que obtuve de mis estudios y experiencia personal.

Puesto que este libro surgió de una osada iniciativa propia, no se hará el intento de proveer una exhaustiva documentación. Para corroborar la posición presentada en este estudio, se presentará la suficiente información bíblica y extrabíblica de la escasamente conocida historia de la genealogía árabe. Este trabajo no intenta ser exclusivo, por el contrario, pretende provocar curiosidad en el lector, para que éste estudie más a fondo el tema, así como los de Berea, «escudriñando las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hch. 17.11). Esta información no sólo revela el plan divino e histórico que Dios tenía para los árabes, sino también qué hicieron y cómo vivieron.

1

De la oscuridad a la luz

La historia del autor contada por su esposa

LLAMEN A LOS NIÑOS! gritaba Talal, el guardia, dirigiéndose a las sirvientas . ¡Llévenlos junto a la cama del juez Mahmoud Bey!». Era de madrugada cuando Bilhah, la sirvienta, me despertó. Las ventanas abiertas en la casa de dos pisos, daban la bienvenida a la fresca brisa primaveral. «Date prisa, vístete, Bahjat decía Bilhah , deja que te lavemos la cara». Akaber, la otra sirvienta, estaba con mi hermana Aida. Podía oírlas en el dormitorio contiguo. Bilhah me tomó y me llevó a toda prisa al dormitorio de mis padres.

Me sorprendió ver tanta gente en la sala de mi casa: parientes, soldados y amigos, todos ansiosos y alterados. Me preguntaba qué sucedía a tan temprana hora de la mañana. Todos los presentes me miraban. Había compasión por mí en sus ojos. Cuando llegamos a la puerta del dormitorio de mis padres, entré rápidamente. Me sorprendí cuando vi a mi madre sentada a un lado de mi papá. Él estaba acostado en cama, luchando por respirar, como si su vida pendiera de un hilo.

Un espíritu de tristeza y muerte llenó el lugar. Pude ver los ojos rojos y húmedos de mi madre. La fija mirada de mi padre me conmovió. Aferrado a sus últimos minutos de vida, con gran esfuerzo extendió sus brazos hacia mí. Por un momento, mi madre me retuvo para luego suavemente permitirme estar al lado de papá. Él trató de abrazarme, pero estaba muy débil. Luego, hizo un esfuerzo por hablar y dijo:

Hijo mío, cuídate al crecer, para que seas un hombre íntegro y valiente. Cuida a tu madre y a tu hermana. Que Dios te bendiga y bendiga tu simiente.

Besé su mano y la puse sobre mi frente para que él pudiera bendecirme. Desde muy pequeño aprendí la importancia de la bendición de los padres sobre los hijos; por esa razón quería que mi padre me bendijese. Alzó la vista hacia mi madre y le preguntó:

Souad, ¿ha salido el sirviente al Líbano para traer a Ismat y Sania? (eran mi hermano y mi hermana mayor, quienes estudiaban en un internado en Beirut).

Sí contestó ella, salió durante la noche. (El Líbano estaba a dos días de camino.)

Mi madre me retuvo a su lado al momento en que mi padre empezó a escupir sangre. Llamó a Bilhah y le dijo que me llevara a mi dormitorio y trajera a mi hermana, Aida, para que pueda ver a su padre. Yo quería quedarme, pero sabía que no podía. Luego de unas horas sentí un gran movimiento y conmoción en casa. Cuando me enteré, a través de los sirvientes, de que mi padre había muerto, me deprimí y lloré por un largo rato.

Nos alistamos para ir al Líbano, a Baakline, nuestra ciudad natal, para el velatorio de papá. La muerte de mi padre fue un trauma para mí: él era muy joven para morir. Papá se había graduado en la Facultad de Leyes de la Sorbona, en París, Francia. Después de obtener su doctorado, el gobierno francés le pidió que fuese el Fiscal General de Hawran (la bíblica Harán), un dis-

trito al sudoeste de Siria. Proveniente de una familia poderosa y aristócrata del Líbano, se acomodó fácilmente a su posición, y la gente lo honraba y respetaba.

No creo que mi padre haya tenido enemigos; al ver sus tiernos ojos color verde, lo único que encontraba era compasión y amor. No podía concebir que hubiese sido envenenado por sus enemigos políticos. Desde ese instante mi corazón quedó roto y consecuentemente mi mente se llenó de ira, odio, amargura y deseos de venganza. Decidí, a la edad de siete años, que regresaría a vengar a mi padre cuando fuera mayor. Ese último adiós quedó clavado en mi mente hasta que llegamos a nuestra casa en Baakline, donde se encontraba toda la familia Hamada.

Gente del Líbano y de todas partes del Medio Oriente, Francia e Inglaterra, se dieron cita en Baakline para despedirse con respeto de mi padre. En cuanto descendimos del automóvil, la niña de mi hermana menor rompió en llanto. Inmediatamente corrió hacia mi mamá y le dijo que Aida, quien sufría de diabetes crónica, había muerto en el viaje de Damasco a Baakline mientras dormía. Sin perder tiempo, mi madre, junto con algunos parientes y amigos, metieron a Aida en la casa para examinarla, pero no reaccionó. «Vamos a tener un doble velatorio, el de tu padre y el de tu hermana» me dijo Bilhah.

Entonces me sumergí en mis pensamientos, preguntándome si estaríamos bajo alguna especie de maldición. Pocos minutos después, mis hermanos mayores llegaron y juntos, con mi madre, nos abrazamos y lloramos amargamente, sobrecogidos por la tristeza en nuestros corazones.

Mi madre estaba de luto. De acuerdo con nuestras costumbres, ella debía entonces ir a vivir con sus padres. Su padre era el líder de la religión drusa en el Líbano, por lo que ella tendría que sujetarse a las reglas éticas y morales de esa religión. Mis hermanos mayores volvieron a su colegio internado en Beirut y yo me

quedé con mi madre. Desde ese momento me convertí en el centro de su atención y amor. Por mi parte, me sentía inseguro y temeroso de perderla, por lo que me aferré fuertemente a ella.

No pasó mucho tiempo antes de que conociera a un viudo millonario procedente de los Estados Unidos. Resultó ser parte del clan Hamada, puesto que había trabajado desde chico para la familia. Siempre había tenido la ilusión de casarse con una de las hijas de sus patrones. Cuando fue a los Estados Unidos, continuó soñando, así que trabajó duro y se convirtió en multimillonario. A la muerte de su esposa y después de que su hijo mayor se casara, regresó al Líbano en busca de una esposa. Al enterarse que mi mamá se encontraba disponible, vino con la intención de pedir su mano. Por supuesto, mi madre, empapada de una cultura en la cual se es fiel a un solo esposo, esté vivo o muerto, nunca habría considerado la posibilidad de un segundo matrimonio. Después de consultarlo con su padre y sus hermanos, finalmente estuvo de acuerdo en que sería beneficioso para sus hijos tener un padrastro, además de lograr la posibilidad de poder ir a los Estados Unidos para futuros estudios y preparación.

Después de que el matrimonio se llevara a cabo, llegó el tiempo de ir a los Estados Unidos, pero mi padrastro cambió de opinión y no quiso llevarnos con ellos. Sin embargo, prometió que después de un tiempo de separación, nos llevaría junto con él y mamá. Ese tiempo de separación se convertiría en el más traumático de mi vida. Tuvieron que intervenir todos mis tíos para separarme de los brazos de mamá. La observé mientras ella subía las escaleras al avión. Algo en mi corazón me decía que ese sería nuestro último adiós. Ahí me encontraba, a mis nueve años, abandonado a mi suerte, según parecía. Una semana después de la salida de mi madre, firmé los papeles necesarios para entregar mi herencia en custodia a mis tíos, como mis tutores legales. Ellos me llevaron a un internado católico para varones, en Beirut.

Un año más tarde, me enteré de que mi madre había muerto en un hospital de Flint, Michigan, al momento de dar a luz un hijo. Tanto el bebé como ella murieron en el alumbramiento. Años después, supe que había algo anormal en la muerte de mi madre, pues se la habían provocado unos parientes para adueñarse de su herencia. Un pariente lejano me dijo que el obstetra de mamá había sido sobornado por un heredero, para que la matara junto al bebé. Hace unos años estuve en Flint y busqué la tumba de mi madre. Después de investigar, supe que la habían enterrado en un lugar no marcado, con el propósito de encubrir el crimen.

Después de la muerte de mi madre, retorné al internado católico. Me sentía solo, olvidado y abandonado. No tenía ánimo para estudiar, por lo que me pasaba casi todo el tiempo soñando despierto. La música y el canto se convirtieron en mi único consuelo. Sin embargo, mis parientes no me permitieron continuar con mis estudios musicales, para no perjudicar mi instrucción académica. Así, mantuve mi amor por la música en secreto. Solía escaparme del colegio. Saltaba la gran pared de concreto y me cortaba las manos con los vidrios puestos encima de ella, sólo para ir a clases privadas de música. Estudié canto y comencé a aprender laúd (un instrumento de cuerda, antecesor de la guitarra).

A la edad de dieciocho años, uno de mis profesores de música me alentó para que me presentara en un concurso de canto en Radio Beirut. Así fue que me inscribí en la competencia junto a un buen número de jóvenes. Me sorprendió ser uno de los finalistas. Me vino la ilusión de ser cantante. Ahorré hasta el último centavo y a los diecinueve años, con lo suficiente para subsistir, compré un pasaje de avión hacia Egipto.

Egipto era como el Hollywood del Medio Oriente. Ingresé al Conservatorio de Música de Egipto y a la Escuela de Actores de El Cairo, con la ilusión de probar suerte en el mundo del espec-

táculo. Después de dos años, me arriesgué e hice una prueba para una película y, para sorpresa mía, fui aceptado. Así que pude representar un pequeño papel junto a una de las estrellas más famosas de Egipto.

Un día me encontré con un amigo de mi ciudad del Líbano. Era un individuo muy carismático, amigo de casi todos los actores y cantantes famosos en Egipto. Me prometió ponerme en contacto con la crema y nata de la farándula, y yo le creí.

En una ocasión vino a mí necesitado de dinero. Yo tenía la cantidad que él pedía y se la ofrecí. Con la promesa de reembolsarme el dinero se fue; después no supe más de él. Me engañó y me dejó sin un centavo en el bolsillo.

En aquel tiempo yo era tan orgulloso, que no quería que nadie se enterara de mi problema económico. Esperé que esta persona regresara con el dinero, pero nunca lo hizo. Tenía poco para comer, así que me quedaba en la cama casi todo el día. Durante esta etapa, un hombre muy bien vestido se acercó a mí un día, puso en mi mano dinero suficiente para subsistir una semana, y desapareció. Y así lo hizo durante un mes. Al parecer, yo no podría hacerle ninguna pregunta. ¿Habrá sido, acaso, un mensajero de Dios?, me pregunto ahora.

Pasó un mes, y mi mejor amigo del Líbano, un piloto de la Fuerza Aérea, voló en su avión privado hasta El Cairo para buscarme. Estoy seguro de que Dios lo envió para librarme de mis dolencias. Estuve muy agradecido y gustoso de verlo. Me llevó a su casa en Beirut y junto con su familia me ayudaron a sobreponerme física y emocionalmente.

Comencé a cantar una vez más, ahorré dinero y en cuanto pude, me fui nuevamente a Egipto. Ingresé al Conservatorio de Música y a la Escuela de Actuación por segunda vez. Cantaba en fiestas privadas, en casa de actores famosos y en grandes clubes, y aun así me era difícil subsistir. En 1952 estalló la guerra civil en

Egipto y el rey Farouk fue destronado y deportado. La vida se tornó peligrosa y tuve que volver a Beirut.

En 1953 recibí una beca para el Colegio Estatal de Profesorado en Kirksville, Misuri, Estados Unidos. El 5 de junio de ese año me hallé volando en PanAmerican, dejando atrás mi amado Líbano. Mientras el avión despegaba, sentía mi corazón llorar al ser arrancado de mi patria para plantarse en otra.

Al llegar a tierra americana, el choque cultural fue abrumador. Hablaba árabe y francés, pero el inglés no era uno de mis idiomas. Lloré por mucho tiempo en las noches, extrañando mis amigos y familia. Soñaba con convertirme en un famoso cantante entre la comunidad libanesa en los Estados Unidos, pero se trataba de un sueño casi irrealizable. Busqué la forma de generar dinero y trabajé como cantante en el balneario de Maine y en el Hotel Grand en la isla Mackinac, Michigan. También fui botones y cantaba en francés, inglés y español para entretener a la gente. Canté en varios congresos y clubes y recorrí el país tocando mi laúd. Ahorré suficiente dinero para mis estudios.

En 1954, el 17 de diciembre, un día viernes, me encontraba viajando hacia Carbondale, Pennsylvania, para pasar la Navidad con unos amigos. Estaba sentado en la parte delantera del Káiser modelo 51 en compañía de cuatro personas más. Nos hallábamos en la carretera número 36, a menos de seis kilómetros de Chrisman, Illinois, cerca del Estado de Indiana. Exactamente a las 23:30 nuestro automóvil se incrustó en la parte trasera de un camión que estaba estacionado, arrancando todo el techo de nuestro auto y matando a mis cuatro amigos. Dos días más tarde, desperté en un hospital, después de haber estado en coma, y me enteré del accidente y de la suerte de mis compañeros. Deseé morir, pero no podía quitarme la vida.

Para el verano de 1955, el abogado contratado por los padres de mis amigos, me pidió que diera testimonio de lo que había pa-

sado, para levantar una denuncia en contra del conductor del camión. Pero cuando se enteró de que yo había firmado un descargo total para la compañía aseguradora, se molestó conmigo. Sin embargo, no podía dejarme desamparado. Él no tenía hijos, así que me llevó a su casa en Nueva York.

Dos meses después, el abogado me llevó a una granja en Nueva Jersey, donde un misionero cristiano tenía una especie de campamento juvenil. Durante diez días, el misionero no paró de hablarme de Cristo. Yo luchaba con Cristo y con la idea de que Él fuera Dios encarnado. Mi formación religiosa me había enseñado que la mayor blasfemia era decir que Dios podía ser humano. El Espíritu Santo se ocupó de mí, y finalmente le rendí mi vida a Cristo, dando un giro total de la oscuridad a la luz. Me bauticé al día siguiente, junto con muchos otros pecadores que querían, como yo, identificarse públicamente con la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo. A la mañana siguiente me embarcaron en un autobús de la compañía Greyhound con dirección a Indianápolis, Indiana.

Mientras cantaba en la Convención Sirio-Libanesa en French Lick, Indiana, conocí al decano de la Universidad de Butler. Después de escucharme cantar, me ofreció una beca para estudiar en la Escuela de Música de Butler. Pasé dos años allí estudiando canto. Me esforcé por imitar a Mario Lanza, tanto que dañé mis cuerdas vocales, desarrollé nódulos y tuve que mantenerme en silencio por seis meses.

En 1957, en el otoño de ese año, me trasladé a la Universidad de Miami, Florida. Allí tuve la oportunidad de cantar en un pequeño papel en la ópera *El gremio del condado de Dade*. Finalmente, me gradué con una Licenciatura en Artes de la Universidad de Miami, en 1959.

Después de dictar clases por un año en un colegio privado en Miami, en 1960 me fui a Tappahannock, Virginia, para iniciar

una banda colegial. Tuve que empezar casi de cero; los estudiantes no tenían mucha formación musical. El periódico *Richmond Times-Dispatch* publicó un artículo el 5 de diciembre de 1960 en el cual decía:

En septiembre de este año, cuarenta y cinco alumnos del colegio Tappahannock se convirtieron en la primera banda musical. Antes, ninguno sabía leer música. Algunos ni siquiera conocían los nombres de la mayoría de los instrumentos.

Otro matutino, el *Richmond News Leader*, periódico estatal, el 17 de abril de 1962 publicó:

A seis meses de su organización, la banda recibió un alto reconocimiento en el festival distrital de bandas, reconocimiento logrado por tan sólo seis de las veinticuatro bandas participantes.

En el *Richmond News Leader*, en abril de 1963, Dorothy Turner escribió:

La banda del colegio Tappahannock, a tres años de su formación, ha sido invitada para participar en el festival de bandas *La primera silla de América* a nivel nacional [equivalente al *Quién es quién* de los colegios]. Tappahannock fue el único colegio invitado a participar en la edición de 1963.

Dios era el que me permitía triunfar. Yo confiaba plenamente en Él y me aferraba a Él en toda circunstancia en mi vida. Él guiaba mis pasos, tal como prometió que lo haría con todo aquel que confiara en Él y le obedeciera.

Para el verano de 1963, comencé a asistir a la Escuela de Directores en Hancock, Maine, para estudiar bajo la tutela del recientemente galardonado con una medalla de oro, maestro Pierre Monteux. Fue una gran experiencia y me desafió a proseguir con mi continuo trabajo en música.

Durante el otoño de 1963 me inscribí en el Colegio de Música en la Universidad de Maryland, en la Academia Park. Ese año un

primo mío vino a verme. Logró convencerme de que debía ir al Líbano de visita y en busca de una esposa. Así, en mayo de 1964 dejé mi trabajo y volé hacia el Líbano.

En el Líbano me recibieron parientes, amigos de la farándula y gente de los medios de comunicación. Todos estaban gozosos de verme, así que me hicieron varias entrevistas en la televisión, radio, periódicos y revistas. En el proceso, conocí miles de muchachas de diferentes trasfondos religiosos y formas de vida. Incluso visité a muchachas drusas junto con mi tío, según la tradición en esa religión. En aquel punto de mi crecimiento espiritual como cristiano, mi deseo era casarme de acuerdo con mi cultura. Sin embargo, no me sentía bien con ninguna muchacha. Pero cuando conocí a Hanan, supe lo valiosa que era. Me enamoré de ella y esa noche me fue imposible dormir. Es más, pasé la noche componiendo una canción llamada Hanan.

Ella se encontraba en el último año del colegio, pronta a dar los exámenes finales, y aspiraba a estudiar medicina. La noche en que la conocí supe de inmediato que era la indicada, el regalo de Dios para mí. Tropecé mucho y tuve que sortear obstáculos para que su padre aprobara el matrimonio, pero Dios en su soberana voluntad hizo lo imposible, y dos meses después de conocernos, nos casamos.

Tuvimos una grande y bonita fiesta, de acuerdo con las tradiciones libanesas, y pasamos nuestra luna de miel en las montañas de mi país. Fue algo sumamente hermoso y romántico. Yo no quería que acabase. Después de un mes, tuve que ir a los Estados Unidos a preparar todo para la llegada de Hanan. Ella no podía venir conmigo aún, ya que estaba esperando su visa. Mientras tanto, yo me hospedé en la casa de mi hermana en Florida, e ingresé en la Universidad Estatal.

Hanan llegó el mes de septiembre y juntos nos mudamos a Tallahassee, Florida. Dos años y medio más tarde obtuve mi docto-

rado en Educación Musical. Durante ese período de tiempo nació nuestro primer hijo, Omar, en 1966. Al año siguiente nos mudamos a Livingston, Alabama, para enseñar música en la Universidad de esa ciudad.

En 1968 retornamos a nuestra tierra, el Líbano, para enseñar música en las escuelas. Antes de partir, compré varios instrumentos musicales y los mandé por barco a Beirut. Al llegar, fui contratado por el departamento de Música de la Universidad Femenina de Beirut, por el Colegio Inglés para Señoritas, en Sidón, y por el Colegio Nacional para Jóvenes de Dubiyah, un suburbio de Beirut. Me tomó dos meses, caminando de un lado a otro, pasando por toda una increíble burocracia, recuperar los instrumentos que había enviado por barco a Beirut. La corrupción estaba en todas partes del Líbano; sobornar se había convertido en una costumbre. Me rehusé a sobornar, por lo que tomé la vía más difícil y, finalmente, recobré mis instrumentos sin pagar un centavo.

La educación musical era prácticamente ignorada en las escuelas públicas del Líbano. Los únicos esquemas existentes, eran copiados de escuelas privadas norteamericanas o francesas. No había indicios de una guía educativa en el Líbano que impulsara la instrucción musical en las escuelas locales y nacionales, lo cual era una verdadera desgracia. Debido a la gran influencia de los medios de comunicación en la política nacional, intenté convencerlos de la importancia de la música para el alma humana. Argüía que en ella encontramos orden, armonía, disciplina, unión, control y equilibrio. Por tanto, su influencia ayudaría a la formación de un buen carácter, preparando a buenos ciudadanos y creando individuos con cultura internacional. Argumenté que la música no es sólo para los talentosos, sino que ayuda a la integración de los estudios en general. Escribí mis recomendaciones al Ministro de Educación del Líbano, y le hice ver la importancia

de dar a cada niño la oportunidad de tener tanto la experiencia como la instrucción musical. Luego de un período de trabajo esmerado, mi propuesta fue aceptada por el ministro.

En los colegios en los que enseñaba, con los estudiantes que se inscribían a mis clases, aun sin ellos saber leer las notas, formé bandas musicales. El primer año tocamos en conciertos pequeños, pero el segundo año nos lanzamos en una presentación para el público en general. Invitamos a representantes del Ministerio de Educación, directores de escuelas, representantes del Conservatorio Musical del Líbano y a gente de los medios de comunicación. Después de que ellos vieron y escucharon el concierto, la educación musical fue establecida como ley en todos los colegios del Líbano.

En el tiempo en que enseñaba en la Universidad Femenina de Beirut, una institución norteamericana, me enteré de que el director del departamento de religión era un agente político, miembro de una organización de espías, quien se identificaba como misionero cristiano. Muchos otros, así como él, quienes fueron al Medio Oriente como lobos vestidos de ovejas, causaron mucho daño a la expansión del evangelio y al nombre de nuestro querido Salvador. No pude ignorar tal cosa, así que envié una carta al administrador, en la cual lo advertía acerca de las perversas intenciones de estas personas. Con esa acción, vindiqué al nombre de nuestro Dios y a los misioneros de verdad, quienes se encontraban en mi país, movidos por un profundo compromiso con su Señor y por amor a las almas perdidas. Escribí:

La más grande contribución que vino de los Estados Unidos, fue el esfuerzo de los misioneros que crearon la Universidad Femenina de Beirut [...] aquellos hombres y mujeres que desinteresadamente dejaron la seguridad y comodidad de sus hogares para traer las buenas nuevas del evangelio a esta nación. [...] Esos misioneros han sido mucho más eficaces que aquellos políticos que vienen con propósitos predeterminados. [...] Los misioneros representan lo

mejor del sueño americano, el desinterés, el idealismo.

Sin embargo, en el siglo XX, unos cuantos inmigrantes temporales se han establecido como profesores dentro de la sociedad libanesa, la cual está impregnada de su cultura y costumbres. Ellos, en lugar de fomentar ese sueño, lo quieren destruir. [...] Los que hemos tenido la oportunidad de experimentar la ayuda, bondad, buena voluntad, y forma democrática de vida de los Estados Unidos, nos negamos a permitir que unos cuantos buscapleitos afecten nuestra juventud con su tortuosidad, intentando destruir la imagen de los Estados Unidos, la cual pretendemos restaurar e impulsar.

Después de repartir la carta en toda la facultad, fui amonestado. Me di cuenta de que algunos miembros de la administración eran también parte de ese círculo de espías. Como resultado, fui despedido y tuvimos que volver con mi esposa a los Estados Unidos, en busca de trabajo.

Durante ese último año en el Líbano, nació nuestra hija Sandy, y Hanan entregó su vida al Salvador guiada por el Espíritu Santo, después de estar pasando por un tiempo de opresión. Salir del Líbano una vez más no fue nada fácil. En el Líbano estaba nuestra familia, nuestros amigos, nuestra cultura, nuestros lazos emocionales y recuerdos de la infancia. En ese tiempo, el Líbano estaba increíblemente hermoso. Un clima agradable y suave, una naturaleza envidiable, una perfecta mezcla de culturas y muchos lugares para diversión al aire libre, montañas, playas, lo viejo y lo nuevo, el este y el oeste, muy cerca el uno del otro.

Llegamos a Nueva York en 1970, después de haber dejado todo: familia, amigos, nuestro país y muchas pertenencias y antigüedades de valor. Pudimos llevar con nosotros tan sólo dos maletas. Alquilamos un pequeño departamento en Mineola, Long Island, Nueva York. Ahí estábamos, una vez más como inmigrantes en otro país, iniciando una nueva vida con nuestra nueva fe.

Era más que seguro que el Señor tenía un buen trabajo listo para mí. Así, fui contratado como director del Departamento de Música del Colegio Secundario de Garden City, en Long Island, Nueva York. La orquesta y la banda colegial ya existían y tocaban como profesionales. El maestro de música estaba saliendo por un año, por lo que me pidió que lo reemplazara. Para mí fue muy bueno dirigir esa maravillosa orquesta y la banda colegial. Me entendí bien con mis estudiantes, y juntos gozábamos al hacer música.

Una noche, en marzo de ese año, nos preparábamos para salir a un concierto con mi esposa. Hanan alistaba a los niños para que se quedasen con la niñera, cuando notó que nuestro hijo Omar, de cinco años para entonces, tenía hematomas en el cuerpo. Pronto nos dimos cuenta de que algo andaba mal, así que lo llevamos al Hospital Memorial de Mineola. Después de examinarlo, los médicos nos dijeron que probablemente tenía leucemia, que debía quedarse en el Hospital para posteriores análisis. Con Hanan volvimos a casa preocupados y destrozados.

Antes de ir al concierto fui a mi oficina y derramé mi corazón. Rogué a Dios que tocara a mi hijo y lo sanara. Le prometí que daría testimonio de su poder sanador en el próximo concierto. Salí a dirigir a mi orquesta con los ojos rojos y llenos de lágrimas. Esa noche dirigí de memoria. La orquesta se lució, tocando magistralmente y obtuvimos una gran ovación por parte del público. ¡Gloria a Dios, lo hizo una vez más!

Omar tenía una enfermedad sanguínea muy extraña, la cual fue diagnosticada como púrpura trombocitopénica idiopática, lo cual quería decir que sus plaquetas habían disminuido, su sangre no coagulaba y sangraba internamente. Los médicos no estaban familiarizados con este tipo de enfermedad, por lo que no sabían cómo tratarla. El 18 de marzo pasamos por el valle de sombra de muerte. Las plaquetas de Omar habían bajado tremendamente y

el sangrado se prolongó demasiado. Empezó a experimentar hemorragias cerebrales. Los doctores nos advirtieron sobre la posibilidad de que no se salvara. Con Hanan nos arrodillamos en nuestro dormitorio y oramos fervientemente para que Dios salvara la vida de Omar, pero al mismo tiempo estábamos dispuestos a rendirlo en las manos de Jesús. Luego nos acostamos. Esa mañana nos despertó la llamada telefónica del médico, quien nos dijo que el índice de plaquetas en Omar era normal. A pesar de no entender cómo, nos transmitió la noticia. Los doctores esperaban que el nivel de plaquetas bajara, pero nosotros sabíamos que nuestra oración había sido escuchada. Jesús lo tocó y Omar fue sanado. Al mismo tiempo, mi hijo entregó su corazoncito a Cristo.

Llegó abril y con él, el concierto primaveral. Omar estaba sano, sin rastros de sangrado en su cuerpo. No me había olvidado de la promesa que le había hecho a Jesús, de dar un testimonio público en ese concierto. Mis colegas me advirtieron que no dijera nada, ya que iba en contra de la política de la escuela secundaria al hablar de Jesús en público. Ignoré las advertencias y confié plenamente en Él. Antes de que empezara el concierto, le pedí a uno de mis estudiantes que me trajera a Omar. Tomé a mi hijo de la mano y conté lo que había pasado a los dos mil asistentes en el auditorio, di mi testimonio y glorifiqué el nombre de nuestro Señor Jesucristo. En ese instante, todo el auditorio rompió en un gran aplauso, incluso algunos se pusieron de pie en honor a Cristo. Las siguientes semanas vimos a varias personas acercarse a Jesús.

En otoño de 1971 nos fuimos a Carolina del Norte para dirigir el Departamento de Música de un colegio religioso. Cuando llegamos con mi familia, la directora del colegio nos dio una casa donde quedarnos, un buen salario, seguro médico, y varios otros beneficios. No pasó mucho tiempo hasta que descubrimos que el

lugar pertenecía a una secta y que la directora era su líder. Ella había estafado a muchos, había destruido hogares, separado a los hijos de los padres, y recibía alabanza por parte de sus seguidores, quienes la exaltaban por encima de todo a ella y a sus tres hijos. Mientras ella y sus hijos vivían en un lujo absoluto, sus seguidores pasaban por los más duros problemas económicos. Todas las finanzas y bienes de los seguidores eran cedidos a la líder y a sus hijos, incluso millones de dólares en propiedades y en grandes empresas. Nos enteramos de su vida inmoral ligada a divorcios y extorsiones.

Un día, al entrar a un servicio religioso de la escuela, nos fijamos en el escudo que estaba en la puerta de la iglesia. El escudo mostraba a la directora del colegio sentada en un trono, como si fuese una diosa, con un cetro en la mano. Nos impactó toda esa rareza y el estar allí se tornó insoportable. Cuando ella se dio cuenta de nuestra vacilación en cuanto a someternos a esa especie de adoración, comenzó a amenazarnos, apuntando con su dedo hacia nosotros, utilizando tácticas extorsivas, como la de distanciarnos de las personas de ese lugar. Después de unos meses, me obligó a renunciar a mi puesto. En una ocasión intentó entrar en nuestra casa, pero no lo logró, así que cortó todos los servicios y nos dio un ultimátum para desalojar la vivienda en unos pocos días. El 17 de enero de 1979, en la revista *New Yorker*, en el artículo «Crónica de un crimen», página 71, Bernard Taper escribió acerca del esposo de la líder de esa secta, la directora del colegio, diciendo:

Fue hallado culpable de cinco fraudes. Fue sentenciado a cinco años de cárcel, de los cuales había cumplido tres cuando fue liberado bajo el pretexto de un problema cardíaco. Durante su tiempo en prisión, su esposa mantuvo la iglesia y el seminario [...] como lo hace hasta el día de hoy.

En la página 34 estaba la historia de la pareja:

Ambos [...] nacieron en la zona rural del condado Hickman en Tennessee, [...] [él] fue expulsado del colegio por fabricar whisky en el sótano del edificio. Más tarde fue arrestado en Florida bajo el cargo de traficar automóviles robados a través de los estados.

Recuerdo que en la primavera de 1987 nos encontrábamos en una iglesia de esa región. Los pastores de dicha iglesia nos llevaron a la granja en la cual se había efectuado el contrabando. Toda esa experiencia fue la más dura de mi vida y la de mi familia, al mismo tiempo fue una buena lección para aprender a discernir la sana doctrina. El Señor fue fiel al no dejarnos caer en esa mentira. Me doy cuenta ahora de lo fácil que es ser engañado y de cómo la gente se deja influenciar fácilmente por cualquier tipo de secta. Por la gracia de Dios, salimos y logramos sacar a algunas familias con nosotros. Una vez libres, mi esposa empezó a trabajar y yo busqué un trabajo. Escribimos a varios colegios y universidades en el sur y suroeste de los Estados Unidos. Hasta que un día tuvimos dos opciones para escoger, y después de mucha oración, nos decidimos por la de Tennessee.

Empacamos nuestras pertenencias y viajamos en nuestro vehículo, que no tenía aire acondicionado, a través del desierto y el Valle Muerto. No hay necesidad de decir que fue demasiado caluroso cruzar el desierto. Estando en Arizona, una noche me enfermé gravemente, por lo que me tuvieron que llevar a emergencias en un hospital de Winslow. Esa misma noche la secta se reunía a orar, y yo me preguntaba si mi enfermedad tenía algo que ver con eso. Sin embargo, el Señor me envió un médico y una enfermera cristianos, los cuales me atendieron y oraron por mi sanidad y al día siguiente nos hallábamos nuevamente de camino a Tennessee.

Cuando llegamos al campus, me di cuenta de que la mayoría de la gente era de piel negra. Esto me llamó la atención, ya que en nuestro tiempo en California, con Hanan habíamos intentado ir al

África con una misión, y Dios nunca había abierto las puertas. Pero en cuanto llegué me regocijé, porque mi campo misionero era la misma universidad.

Fui contratado como profesor a tiempo completo en apreciación Musical y Educación Musical. Eso significaba que cada uno de los estudiantes tenía que aprobar mi curso si quería graduarse, así que mis clases siempre se llenaban. Me daba formas para intentar llevar a mis alumnos a Cristo. Pero me di cuenta de que en el sur había mucho racismo, por lo que mis alumnos rechazaban al Jesús blanco que yo representaba. Uno de los estudiantes era muy radical y me causaba muchos problemas. Así que lo llamé a mi oficina para descubrir el motivo. Me enteré, entonces, de que algunas iglesias enseñaban, en forma errónea, que los negros eran malditos según la Biblia, y que, por lo tanto, debían someterse a los blancos. Me sorprendió saber tal cosa y aun más, el hecho de que algunos de mis amigos blancos lo creyeran así. Como resultado, me inscribí en el Seminario Teológico de Dallas para desenmascarar esta equivocada enseñanza, la cual mantenía a mis amigos negros lejos del evangelio de verdad. El Seminario de Dallas me apoyó, puesto que es una institución interdenominacional que predica la inerrancia de la Biblia.

Así que en el verano de 1976 me inscribí en un programa de estudio muy especial. Asistía todos los veranos, en Navidad y en cada vacación que tenía. Estudiaba arduamente en cada minuto libre que encontraba. Después de dos años de estudios escribí mi tesis, la cual hablaba de la maldición que Noé pronunció sobre Canaán, maldición que fue hecha a la tierra de Canaán y no a la gente.

Volví, entonces, a Tennessee con toda la libertad de poder explicar a mis estudiantes el indiscriminado amor de Dios por todos. Cientos de mis alumnos entendieron, y como resultado se entregaron a Cristo. Esto era tan especial, que necesitaba ayuda

para discipular a todos cuantos venían. Sin embargo, mis blancos y cristianos amigos no parecían estar muy emocionados. Ni siquiera se preocuparon por llevar a mis estudiantes a sus iglesias, así que yo los discipulaba en el campus universitario. Iba dos noches a la semana. Los miércoles enseñaba sobre el amor de Dios y los viernes sobre su ira, para darles una sana dieta del evangelio. Mis estudiantes comenzaron a crecer en Cristo y empezaron a surgir algunos líderes. La hipocresía en las iglesias era insoporrible y aquellos fariseos religiosos se negaban, y aún lo hacen, a ver el corazón de Dios que mira a toda la gente con igual compasión. En mi noveno año en ese lugar, mis amados estudiantes comenzaron a abrir sus corazones y me compartían sus amarguras. Me hablaban de la increíble inmoralidad en la que vivía la universidad, tales como homosexualidad, promiscuidad, orgías y varias otras atrocidades que los estudiantes muchas veces eran forzados a hacer, incluso para obtener notas.

El Señor no me permitía dormir en las noches; ponía en mi corazón el hacer algo por esos problemas. Mis amigos blancos cristianos me desanimaban, diciéndome que podía salir lastimado en el proceso. Un día, mientras hablaba con mi esposa en nuestro tiempo de oración, el Señor nos guió a Jeremías 1.7-10:

Porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. [...] He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día [...] para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar. Así que, ciñe tus lomos, levántate, y háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos.

Obedecí, pues, al Señor y escribí una carta a la administración y a todo la facultad. En esa carta yo imploraba que escucharan la voz de Dios y se volvieran de su mal camino. Poco tiempo después fui llamado a comparecer frente a toda la junta directiva de la

Universidad. Lo interesante del caso es que la única persona que me apoyó y se mantuvo a mi lado incondicionalmente en contra de la inmoralidad, era un musulmán que estaba de acuerdo conmigo, mientras que los cristianos tenían miedo y preferían callar. Un miembro del directorio dijo: «Tal vez en el Líbano sea incorrecto practicar la homosexualidad, pero absolutamente no es así en este lugar». Se me pidió renunciar después de esa reunión, aun cuando tenía un puesto vitalicio. Pude denunciar a la Universidad por haber perdido mi trabajo, pero decidí dejar la cosa en paz y confiar mi futuro a mi Señor.

Tenía un amigo en el sur de California, un pastor. Lo llamé para hablarle de mi situación. Él sintió que podía usarme en su iglesia, si es que yo no tenía problema de ir por fe, sin esperar un salario por parte de la iglesia. Antes de salir, Dios me dio Marcos 10.29-30:

De cierto os digo que no hay ninguno que no haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna.

Me fui confiando en que Aquel que me enviaba, me guiaría y se haría cargo de mí y de mi familia. Cuando llegué, la necesidad era grande. Nos hospedábamos en hogares de varios miembros de la congregación, y yo tenía una pequeña oficina en la iglesia. Comencé a dar estudios bíblicos por las noches en diferentes casas, para crecimiento y discipulado. También tenía un ministerio de aconsejamiento. Varios miembros de la iglesia venían y traían a otros. El Señor permitió que vinieran personas de distintos trasfondos, formas de vida y nacionalidades. Incluso el departamento de policía traía delincuentes juveniles de las escuelas para que los ayudara. Vi a muchos aceptar a Cristo. Sus vidas eran transformadas por el poder del Espíritu Santo y la Palabra. Muchos

hogares fueron restaurados, muchos pecados dejados, y muchos cristianos fueron renovados en su fe. Traté con todo tipo de problemas, tales como adicción a las drogas, homosexualidad, comportamiento criminal, posesiones demoníacas, conflictos conyugales, y un sinfín de situaciones más.

Debido al alto índice de sectas en el área, me pidieron que predicara acerca de las sectas y falsas doctrinas. Tuve una serie de lecciones sobre el tema; varias falsas doctrinas fueron desenmascaradas. Sin embargo, cuando hablé de la masonería, sentí una fuerte oposición por parte del liderazgo de la iglesia. Se me advirtió que dejara de enseñar y que saliera de la congregación lo más pronto posible. Los ancianos de la iglesia pertenecían a ese grupo y no querían quedar expuestos. Así que dejé la iglesia y volví a Tennessee para ver qué tenía el Señor para mí esta vez.

En el verano de ese año el Señor me llevó a Alemania Federal para enseñar en una conferencia para musulmanes conversos. Una noche enseñé sobre el costo del discipulado. Después de la conferencia, fui llamado por mi amigo alemán a su oficina. Él era el líder de la Misión Alemana Occidental. Me dijo:

Doctor Hamada, ¿realmente fue en serio lo que predicó esta noche?

Por supuesto le respondí , cada una de las palabras fue en serio.

Entonces, ¿qué le parece si mañana salimos a Israel en un viaje misionero para predicar a nuestros amigos árabes?

Efusivamente dije:

¡Oh no! No, gracias, no me interesa.

¿Pero, qué si Dios lo quiere allí?

Entonces lo pensaría respondí inmediatamente.

Justo en esa época Israel había invadido el Líbano, por lo que era muy peligroso para un libanés estar en Israel. Al mismo tiempo sabía que mis hermanos árabes podrían pensar mal de mí. Car-

gado de heridas del pasado, me rehusaba a ser mal interpretado. Salí de la oficina de mi amigo arguyendo con Dios de la boca para adentro, diciéndole que Él realmente no me quería en Israel. De todos los lugares del mundo, ese era, precisamente, en el que menos quería estar. No quería tener absolutamente nada que ver con los árabes, menos evangelizarlos. Sin embargo, cuando intenté dormir, Dios empezó a hablar a mi corazón sobre los árabes. Sacó a relucir raíces de amargura y venganza que por años yo había guardado. Consecuentemente, Dios quebrantó mi corazón y sentí amor por mi gente y, entonces, estuve listo para ir. Al día siguiente, mi amigo ya tenía mi pasaje listo y, sin darme cuenta, me hallaba en el avión rumbo a Israel. Era un libanés con un pasaporte norteamericano que viajaba solo.

En el avión, el Señor puso a un joven estudiante libanés a mi lado. Iba a visitar a sus padres en Sidón. Charlamos desde Fráncfort hasta Tel-Aviv. Antes de aterrizar, mi nuevo amigo entregó su vida a Cristo. Al llegar a tierra, él tuvo que pasar por un severo control de seguridad, donde prácticamente lo desnudaron para revisarlo, humillante en verdad. Por mi parte, debido a mi pasaporte norteamericano no me hicieron mayor problema. Me llevaron a un cuarto donde había policías secretos que me interrogaron por un buen rato antes de soltarme.

¿A dónde va?

No lo sé respondí.

¿Dónde se quedará?

No lo sé volví a responder.

¿Por qué vino?

Tengo una misión.

¡Ahá! dijeron ellos y se miraron uno al otro, creyendo que habían capturado a un pez gordo . ¿Qué clase de misión?

Vine a evangelizar a los árabes respondí.

Muy bien, vaya a evangelizar a los árabes, pero no se acerque a los judíos, es contra la ley hacer proselitismo entre ellos.

No hay problema me dije a mí mismo y pensé: ¡Qué hipocresía! Dejan que los cristianos de los Estados Unidos traigan dinero a este país, pero no permiten que se introduzca el evangelio.

Salí sin un rumbo fijo, confiando en que Dios me guiaría al lugar correcto. Un policía secreto me observaba. Como no tenía nada que ocultar, no me preocupé y seguí mi camino. El Señor me llevó a Nazaret, donde conocí a un palestino, muy bien vestido y educado. Nos hicimos amigos y durante algunos días nos juntamos a tomar café y conversar. Resultó ser musulmán y sabía muy bien cuál era mi propósito en Israel. Él trajo su Corán y yo mi Biblia en árabe, y me interrogó:

¿Jesús fue judío?

Sí, lo fue le contesté.

¿Era Dios?

Sí, lo es aún dije con certeza.

Entonces me estás diciendo que Dios es judío.

Claro que no.

No entiendo. Me acabas de decir que Jesús fue judío y que es Dios, entonces, Dios es judío.

Luego cambió de tema y abrió Gálatas 4.30, pues había escuchado a muchos predicadores en la televisión, y me dijo:

De acuerdo con tu Biblia, hemos sido rechazados, ¿no es verdad?

Por supuesto que no le dije con confianza.

Mencionó las miles de veces que había oído a los predicadores norteamericanos decir que Dios había rechazado a Agar e Ismael y que los que maldijeran a los judíos serían malditos (Gn. 12.3). Me fui humillado, derrotado y herido. Entré a mi dormitorio y sollocé delante de Dios diciendo: «¿Acaso no te lo dije? No

quiero estar aquí. Fue un error. No puedo ni defenderte. No quiero ser un misionero, sólo quiero volver y enseñar música». Sin embargo, toda la noche di vueltas en la cama al oír a Dios decir: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». Después de luchar por un buen tiempo dije: «¡Está bien, Señor! ¡Heme aquí, envíame a mí!».

Tiempo después, una pareja cristiana amiga nos invitó a Hanan y a mí a su casa para orar. Oraron con nosotros y nos compartieron el deseo de comenzar un ministerio de fe hacia los árabes. Unos cuantos días más tarde, Dios habló con otro hermano mientras éste preparaba su lección de escuela dominical. Sentado bajo un árbol en su patio, Dios lo guió a 3 Juan 5-8:

Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad.

Me llamó ese mismo día y me compartió el deseo de trabajar en ese ministerio. En siete semanas el Señor puso a siete personas en la administración y el ministerio empezó. Siete meses después de que el ministerio se iniciara, el Señor nos llevó a través de todos los Estados Unidos, Europa y el Medio Oriente. Muchos árabes de diferentes países y de diferentes religiones, llegaron a los pies de Cristo. El Señor estaba levantando testigos y dando su aprobación al ministerio, salvando a muchos, entre ellos, a mi hermano.

Luego el Señor puso en mi corazón el deseo de escribir mi primer libro acerca de los árabes y del amor que Dios tiene por ellos, a partir de las preguntas que había hecho mi amigo palestino en Israel. En consecuencia, Dios nos mostró claramente nuestro lla-

mado a exponer la teología política de Occidente, para reclutar y capacitar misioneros que usaran la Biblia como única herramienta de evangelismo, y así mostrar a los árabes el amor indiscriminado de Dios y su lugar en el plan eterno.

2

Los árabes semitas

AUNQUE existen diferentes opiniones entre los biblistas e historiadores en cuanto al origen de los árabes, el registro existente hoy en día con mayor autoridad, el cual traza el verdadero linaje de los árabes, es la Torá o Pentateuco, más precisamente el libro de Génesis.

Mucha gente del mundo occidental se sorprendería al saber que tanto árabes como judíos se originan en los mismos padres y que, por lo tanto, ambos pueblos son llamados semitas, principalmente debido a que son descendientes de los dos únicos hijos de Heber. Heber, literalmente, se refiere a la gente que vive «al otro lado», o «más allá del río» (Éufrates).¹ *Abir* es la palabra árabe para *Heber* y significa «cruzar».

Heber era el bisnieto de Sem, uno de los tres hijos de Noé (Gn. 10.1, 22, 24). Heber tuvo dos hijos, Peleg y Joctán. Peleg significa: división, «porque en sus días fue repartida la tierra» (Gn. 10.25).

Etimológicamente, el término «árabe» es una palabra semita derivada del hebreo *heber*, que quiere decir: desierto. En el Co-

rán, el libro sagrado de los musulmanes, la palabra árabe es usada sólo para los beduinos, con el significado de: nómadas. Uno de los primeros usos de esta palabra en la Biblia, en una forma correcta, está en Jeremías 25.24: «A todos los reyes de Arabia». Esos reyes eran, probablemente, líderes de tribus que vivían cerca de la península Arábiga o del desierto de Siria.

Según el *Diccionario Hebreo y Caldeo*, el término «árabe» proviene principalmente de una antigua palabra cuyo significado es: «descansar en espera de, entremezclarse y compenetrarse, dar o ser garantía, comprometerse y mediar con, comprometerse en una asociación cerrada, ser agradable, oscurecerse con la puesta del sol, igualar la oscuridad del anochecer». Esta declaración describe, en forma resumida, algunas de las características del estilo de vida nómada de los árabes.

Los términos Arabah y Arabia simplemente se refieren a «una planicie o desierto».² Tanto árabes como hebreos, originalmente no conformaban un pueblo ni tenían nacionalidad. Eran tribus nómadas que deambulaban en el desierto. El mismo desierto los obligaba a vagar de una fuente de agua a otra, buscando pasto fresco para alimentar las manadas y rebaños.

Irónicamente, el término semita ha adquirido una connotación exclusivamente judía en el mundo occidental. Debido a su histórica dispersión y sus intercambios matrimoniales con los gentiles, los judíos no han mantenido su pureza étnica. Por otro lado, a los árabes se los puede considerar los más representativos de las dos sobrevivientes «familias semitas, biológica, psicológica, social y lingüísticamente».³ Los árabes han sido capaces de mantener sus características culturales debido a la monótona uniformidad de su vida en el desierto.

La mayoría de las veces se nos dice que Abraham fue judío. La palabra «judío», *yehudi* en hebreo, se refiere a aquellos descendientes de Judá, uno de los doce hijos de Jacob (Gn. 29.35).

Abraham fue la primera persona en ser llamado «el hebreo» (Gn. 14.13), cuyo significado era «uno del otro lado»⁴. En esa época ese término se utilizaba para designar, en forma general, a todos los grupos étnicos que vivieron en forma nómada como Abraham. Tiene, además, un significado más amplio desde que Abraham fue considerado por los cananeos como un inmigrante de Ur (en la actual Irak) y Harán, un distrito al sudoeste de Siria.

Ni Abraham ni Sara ni sus parientes eran judíos sino gentiles paganos provenientes de Mesopotamia (Hch. 7.2), quienes habían servido a «otros dioses» (Jos. 24.2). Fueron llamados hebreos por ser descendientes de Heber (Gn. 11.16-26). William Whiston, quien tradujo las obras completas de Flavio Josefo, declaró:

El hecho de que los judíos fueran llamados hebreos, se debe a su antepasado Heber, como afirma nuestro autor Josefo; y no debido a Abram el hebreo, o el que pasó el Éufrates, como muchos suponen hoy en día. Sem es llamado «el padre de todos los hijos de Heber» o de «todos los hebreos», históricamente antes de que Abram pasara el Éufrates (Gn. 24.13) donde el original dice que Abram fue llamado «el hebreo», la traducción de la Septuaginta dice «el pasajero». Pero eso se dice tan sólo de Abram, quien más tarde pasó el Éufrates: y se trata de otra significación de la palabra «hebreo», tomada como apelativo, y no como nombre propio.⁵

Los joctanitas

Los árabes descienden de Heber a través de Joctán, o Kahtán, como ellos lo llaman comúnmente, quien vivió mucho antes de que Abraham naciera. Joctán viene de una palabra hebrea cuyo significado es «pequeño en estatura». Otra palabra derivada de Kahtan es *kaht*, la cual denota sequedad. Joctán es el padre de las trece tribus árabes de Génesis 10.26-29. Sus límites originales fueron establecidos por la misma Palabra de Dios: «Y la tierra en

LOS JOCTANITAS

	Sem	
	Arfaxad	
	Sala	
	Heber	
Peleg		Joctán
Reu		Almodad
Serug		Selef
Nacor		Hazar-mavet
Taré		Jera
Abraham		Adoram
Agar / Sara / Cetura		Uzal
		Dicla
		Obal
		Abimael
		Seba
		Ofir
		Havila
		Jobab

que habitaron fue desde Mesa en dirección de Sefar, hasta la región montañosa del oriente» (Gn. 10.30).

El siguiente es un breve relato sobre las tribus joctanitas y sus límites. Mesa está ubicada hacia el límite occidental de la península Arábiga. Es un distrito desértico que se expande de oeste a este, hacia Sefar (Zafra), el cual era un puerto marino al este de lo que hoy es Yemen. Antiguamente, en ese puerto marino se realizaba un gran tráfico comercial con África e India. «Originalmente Yemen abrazó los distritos más fértiles, así como el país del incienso y especias. Su nombre significaba: «la mano derecha».

Esta descripción señala la posición del país como uno que mira hacia la Kaaba, donde está la Meca, en Arabia Saudita». ⁶

Almodad (el amado)

Almodad era el hijo mayor de Joctán. Al parecer, su nombre se preservó como Mudad o El-Mudad, cuyo significado es «amigo de Dios». Según Ibn-Khal-dun (1332-1406), considerado como el más grande historiador árabe, Almodad era el respetado padre de la esposa de Ismael, Mir-at ez-Zaman. La madre de Ismael, Agar, la tomó para su hijo «de la tierra de Egipto» (Gn. 21.21). Egipto fue fundado por Mizraim, el segundo hijo de Cam (Gn. 10.6), por lo cual se llama a Egipto «la tierra de Cam» (Sal. 105.23; 106.22).

Los árabes aún son llamados los hijos de Kahtán y asocian a los descendientes de Almodad con la tribu de Morad. Aparentemente esta tribu temía y adoraba al Dios de Sem. Tenían la reputación de ser gente amable y hospitalaria, sobre todo con los extranjeros. Vivieron en una región montañosa de Arabia.

Selef (el arrancado)

Este segundo hijo de Joctán fue identificado por los historiadores árabes como la tribu selif o sulaf, perteneciente a Yemen. Su nombre en árabe es *salafa*, es decir, «cultivar o tirar afuera», y alude a la acción de cultivar la tierra o plantar para obtener cosecha. Selef puede, al mismo tiempo, significar: «estimularse, dedicarse uno mismo a buscar el reconocimiento o amistad de otro». Los descendientes actuales de esta tribu se encuentran en el distrito sur de Selfia.

Hazar-mavet (pueblo de muerte)

El nombre de Hazar-mavet se preserva aún en la provincia situada al sur de Arabia, al este de Yemen, llamada *Hadramawt* en árabe. Su capital es Shibam, y sus puertos principales son Mirbat, Zafra y Kisheem, desde los cuales se realizaban extraordinarios intercambios comerciales en la antigüedad con la India y África. «Ubicada en la costa este de Yemen, Hadramawt es una región cultivada, contigua al desierto arenoso llamado El-Ahkaf, del cual se dice que fue el lugar original de la tribu Ibn-El-Wardee. Fue famosa por su incienso y en otros tiempos tuvo tratados comerciales considerables con naciones cercanas y lejanas. En ese tiempo su puerto principal era Safari, ubicado entre Mirbat y Ras Sajr, que actualmente está ocupado por una serie de poblaciones».⁷

Jera (luna)

La luna es muy importante para la tribu de Jera, probablemente porque inspira a sus poetas y propicia un buen ambiente para la meditación. Se dice que, desde que la luna fue creada «para que señorease en la noche» (Gn. 1.16), su adoración fue practicada por muchas tribus y naciones antiguas. La tribu de Jera vivió cerca del mar Rojo y de Yemen.

Adoram (Hadar es exaltado)

Adoram fue el quinto hijo de Joctán y probablemente se asoció con Hazar-mavet y, por lo tanto, se convirtió en parte de Hadramawt. Además de esto, se conoce muy poco acerca de esta tribu.

Uzal (árboles hermosos)

La antigua capital de Yemen fue llamada Uzal o Awzal. Más tarde el nombre se cambió a Sanna. Esta tribu plantó hermosos árboles y se desarrolló altamente en el área técnica, tal como lo

testifican las ruinas de una gran represa de agua en Marib, al este de Sanna, la cual era el centro de un gran sistema de irrigación. La represa contenía y distribuía el agua proveniente de setenta picos montañosos. Fue derribada y construida tres veces antes de su destrucción final en el siglo XVI d.C.

Dicla (palmera)

La palabra original *dicla*, en árabe, quiere decir: «palmera abundante en frutos». Por lo general, la parte central de un árbol está muerta, pero el corazón de la palmera está vivo, ya que la vida de la palmera es interna. Fue creada para que los maltratos externos no dañaran su calidad de fruta. Los fuertes vientos del desierto y el calor extremo comúnmente matan a otros árboles, pero la palmera resiste pacientemente y se inclina hacia el suelo hasta que el viento y el calor desisten, entonces se vuelve a levantar.

Las palmeras no sólo resisten abusos y tormentas, sino que también envían sus raíces muy profundo en la tierra para obtener recursos nutricionales que les permiten sobrevivir por mucho tiempo. Por lo general, las palmeras necesitan cincuenta años para madurar y dar fruto (dátiles). Cuanto más vieja sea la palmera, su fruto es más rico y dulce.⁸

Creo que éste ha sido el carácter histórico de la mayoría de las tribus árabes, y estas características han sido pasadas de una generación a otra. Hablando en forma general, los árabes tienen buena disposición, son simpáticos, amables, generosos, de buen humor y amigables. Se les ha otorgado la habilidad de soportar abusos y resistir el sufrimiento bajo las más penosas circunstancias. Fueron creados salvajes, es decir, extravagantes e imposibles de domar, porque Dios los hizo de libre espíritu y nadie ha podido desarraigarlos de su tierra (Gn. 16.12).

La palmera es un símbolo de paciencia, resistencia y prosperidad. Estas particularidades les fueron otorgadas a los descen-

dientes de Dicla, quienes se establecieron en Yemen, al lado de sus hermanos, y ocuparon una parte de Arabia central, principalmente en Nejd y Hijaz, a lo largo de la costa noreste del mar Rojo.

Obal (ser descubierto)

En 1 Crónicas 1.22 Obal es llamado Ebal, que significa: «árido y pedregoso». Probablemente, esta tribu árabe se estableció en un lugar extremadamente desértico. Se conoce poco de esta tribu. Según la Biblia, Dios maldijo algunas tribus israelitas que vivieron en el monte Ebal, en Samaria, por haber violado sus mandamientos. Asimismo, Josué construyó, en ese lugar, un altar y un monumento con la ley de Moisés inscrita (Dt. 11.29; 27.4,13; Jos. 8.30-33).

Abimael (Dios es Padre)

Abimael fue el fundador de la tribu árabe llamada Mael o Mali. En todo el sentido de la palabra, Abimael podría ser traducida como: «padre de un rey» o «padre rey». Los árabes tenían muchos líderes de tribus a los que se les llamaba reyes: «A todos los reyes de Arabia, a todos los reyes de pueblos mezclados que habitan en el desierto» (Jer. 25.24).

Varias tribus no árabes llamaban a sus reyes Abimelec. Al rey filisteo de Gerar, quien trató de incluir a Sara en su harén, se lo llamaba Abimelec (Gn. 20.2). El mismo nombre tenía otro rey de Gerar en el tiempo de Isaac (Gn. 26.11). Se supone que ese rey fue hijo del primer Abimelec. De la misma manera, el rey de Siquem fue llamado Abimelec (Jue. 9.22).

Seba (siete, un juramento)

Seba fue uno de los hijos más importantes de Joctán y de los nietos del patriarca Heber. Su tribu colonizó todo el sur de Arabia y

fue conocida como el reino de Seba o el reino de los sabeos. Este reino ocupó gran parte de Yemen y fue ricamente bendecido con oro, incienso y mirra. Esto mismo fue dado como regalo al niño Jesús, y se cree que fue lo que Abraham dio a los seis hijos que tuvo con Cetura (Gn. 25.6). La reina de Sabá presentó estos mismos regalos al rey Salomón cuando fue a oír su sabiduría (1 R. 10.1-10). El oro árabe obsequiado al Mesías fue profetizado en un Salmo: «Vivirá, y se le dará del oro de Sabá, y se orará por él continuamente; todo el día se le bendecirá» (Sal. 72.15).

Se cree que los sabeos emigraron hacia el sur y colonizaron Etiopía alrededor del siglo X a.C. En ese mismo tiempo, la reina de Sabá, llamada Balkis por los árabes, visitó al rey Salomón, con quien intercambió regalos de mucho valor. Jesús la llamó la «reina del Sur» (Mt. 12.42). Yo creo que muchos descendientes de las tribus árabes semitas adoraban al Dios de Sem (Gn. 9.26).

El reino de Seba se encontraba cercano a la ruta comercial entre la India y África y era conocido por su gran riqueza. Era al mismo tiempo un centro social y político. Su nivel cultural logró una altura sin precedente durante los siglos VI y V a.C. Se han encontrado infinidad de inscripciones en Seba que demuestran extraordinarios trabajos de ingeniería.

Ofir (rico)

Josefo (37-95 d.C.), el renombrado historiador judío, y la Septuaginta, identifican a Ofir con la India. Sofir o Sofira es el nombre que utiliza Josefo. Sofir es el nombre de la India en copto. En otras palabras, los descendientes de Ofir colonizaron la India y abrieron una ruta de comercio hacia Arabia y África.

La Biblia describe a Ofir como alguien muy rico, con mucho oro, piedras preciosas y especias (1 R. 9.28; 10.11; Is. 13.12). Se dice que la verdadera ubicación de Ofir es desconocida. Otros lo identifican con Yemen, quien fue famoso por su producción de

oro y por ser prominente en el Antiguo Testamento. Los barcos del rey Salomón trajeron «oro [...] y piedras preciosas» de Ofir (1 R. 10.11).

Havila (círculo)

Comúnmente se cree que fue el distrito de Khawlan, Yemen, donde se hallaba Havila. Khawlan se encuentra entre Sanna e Hijaz, en la parte noroeste de Yemen. El distrito de Khawlan es muy fértil y abunda en provisión de agua. El relato de Génesis dice que Dios creó un río para regar el huerto de Edén. Uno de los «cuatro brazos [...] es el que rodea toda la tierra de Havila, donde hay oro; y el oro de aquella tierra es bueno» (Gn. 2.10-12).

Jobab (aullador)

Uno de los reyes de Edom se llamó Jobab (Gn. 36.33). La traducción de la Septuaginta lo identifica como el patriarca Job, hijo de Zera, descendiente de Esaú. El nombre de Job en árabe es Ayoub. Lo más interesante es que, para muchos historiadores y estudiosos de la Biblia, Job es considerado un árabe. «Job, el autor de la obra poética más sobresaliente que el mundo árabe semita ha producido, era árabe».⁹

Se cree que Job vivió en la región de Damasco durante el siglo XIX a.C., y es más o menos por esa misma época que Jobab se estableció entre Siria y Palestina. Según el texto bíblico, Job vivía en la tierra de Uz (Job 1.1) en ese tiempo, lugar que se puede identificar entre Edom y Damasco; probablemente el mismo lugar y la misma época en que Jobab se estableció allí.

Dios le dio a Joctán trece hijos, cuyos nombres fueron anotados en Génesis 10.26-29 y 1 Crónicas 1.20-23. Fueron bendecidos con grandes extensiones de tierra y buena salud. Aun más, estos árabes semitas resistieron los abusos de la naturaleza y de

los pueblos y gozaron de la incomparable belleza y libertad de la vida en el desierto.

Los ismaelitas

Ismael fue el hijo mayor de Abraham a través de Agar. Después de que Abraham intercediera por su hijo, Dios dijo: «En cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera, doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación» (Gn. 17.20). Aquí están los doce príncipes de Ismael.

Nebaiot (labranza)

Nebaiot fue el hijo mayor de Ismael y el fundador de la tribu de Nabat. Los de Nabat fueron conocidos como los nabateos, y fueron vecinos del clan árabe de Cedar (Is. 60.7). Nebaiot y su tribu habitaron la tierra de Bein-en-nahreïn, entre el Tigris y el Éufrates, es decir, la Mesopotamia y Caldea de tiempos antiguos. Los árabes dieron el nombre de Nabat a Siria. Según la historia árabe, los de Caldea y Nabat eran la misma gente de Siria. El historiador árabe El-Mesoudee, afirma que: «Los sirios son también los nabateos». También se los llamó sirio-caldeos. Los nabateos fundaron la ciudad de Babilonia, y los habitantes de Nínive fueron llamados nabeet o sirios. Eran «pastores con un gran conocimiento en agricultura, astronomía, medicina, ciencia y artes».¹⁰ Se sabe que los caldeos se dividieron de Nebaiot para unirse con grupos cusitas.

Los nabateos fueron un pueblo dotado de muchos dones. Construyeron estanques, represas y acueductos en Sela, al noroeste de Buseïram, identificada en la Biblia como Bosra, en Irak (Is. 63.1). Desarrollaron una gran civilización y la fortaleza de Petra se convirtió en su morada, después que lograran el control de las rutas de las caravanas durante los siglos VI a IV a.C. En

LOS ISMAELITAS

Abraham / Agar

Ismael

Nebaiot

Cedar

Adbeel

Mibsam

Misma

Duma

Massa

Hadar

Tema

Jetur

Nafis

Cedema

ese tiempo, Petra era conocida como Sela en el Antiguo Testamento (2 R. 14.7; Is. 16.1). «Generalmente Petra fue conocida como la tierra de Edom o Idumea, así como también con su otro nombre, el desierto de Seir o monte de Seir. Comúnmente se cree que los idumeos descienden de la unión de Esaú con Mahalat, hija de Ismael» (Gn. 28.9; 36.9).¹¹

El rey judío Herodes el Grande tenía sangre nabatea por matrimonio entre parientes. Su padre, Antípater, era de origen idumeo y su madre era nabatea. Su hijo, Herodes Antipas, se casó con la hija de Artesas IV, rey de los nabateos, quien gobernó desde el año 9 a.C. al 40 d.C.

Cedar (oscuro)

La tribu de Cedar estaba compuesta de expertos arqueros y rudos

guerreros. Cedar se estableció en la parte noroeste de la península Árábica y en los confines de Palestina (Is. 21.13-17). Ezequiel afirma que los príncipes de Cedar eran mercaderes árabes. «Arabia y los príncipes de Cedar traficaban contigo en corderos y carneros y machos cabríos; en estas cosas fueron tus mercaderes» (Ez. 27.21). La gente vivía en carpas negras hechas de pelo de camello o piel de cabra negra. En árabe son llamados *beit-shaar*, lo que significa: «casa de cabello». En hebreo *beit* se dice «bavít», lo que significa literalmente «refugio». El equivalente es «casa u hogar». Hitti propone que la sulamita en los Cantares de Salomón era la hermosa reina de Sabá.¹² Salomón compara su belleza con las tiendas de Cedar (Cnt. 1.5).

Adbeel (disciplinado por Dios)

Se cree que Adbeel es la generación número veintiuno antes del nacimiento del profeta Mahoma. Además de ésta, no me fue posible obtener mayor información significativa acerca de Adbeel.

Mibsam (olor fragante)

La palabra «bálsamo» deriva de *mibsam*. El bálsamo es una resina fragante que se obtiene de una gran variedad de árboles. Algunos bálsamos contienen ácido cinámico o benzoim, y estoraque, los cuales se pueden encontrar en Sudamérica y, probablemente, en el Medio Oriente. Otros bálsamos son los de La Meca de Arabia Saudita. Además de ser usados para hacer perfumes, también se emplean en la medicina.

Según la historia árabe, esta tribu se estableció en el distrito de La Meca y sus bálsamos fueron usados en forma amplia, para dar a los ambientes una fresca fragancia.

Misma (escuchar)

Misma significa «escuchar» o «reportar». La tradición árabe afirma que la tribu masamani, llamada también Beni-Misma, pasaba el tiempo contando fábulas y reportando noticias contemporáneas. Esta era una característica de la actividad social de la tribu, que por otra parte era muy hospitalaria. Pero aquellos hábitos improductivos fueron transmitidos a otras culturas, tales como los griegos: «Porque los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo» (Hch. 17.21).

La tribu masamani vivió en la provincia de Arabia, cerca de La Meca, y fueron vecinos de la tribu de Mibsam.

Duma (silencio)

Duma era una villa árabe que colindaba con «las ciudades de la tribu de los hijos de Judá en el extremo sur, hacia la frontera de Edom» (Jos. 15.21, 52; cf. Is. 21.11). Wilhem Gesenius (1786-1842), un judío erudito, dijo que Duma se estableció en Doomat-el-Jendel, en la región noroeste de Arabia: «Dumat al-Jandal [la actual al-Jawf en Arabia] se ubica a medio camino entre al-Irak y Siria».¹³

Massa (carga)

Massa fue el progenitor de la tribu masani, quienes vivieron en la parte oriental de Arabia, cercanos al límite de la antigua Babilonia. Hay quienes sostienen que en Proverbios 30.1 se debe leer, exactamente «Agur el Massite», quien vivió en el área de la tribu masani. Otros afirman que es el mismo Lemuel de Proverbios 31.1. Hitti dice: «Agur hijo de Jaqué (Pr. 30.1) y de Lemuel (Pr. 31.1), los dos reyes de Massa, una tribu de Ismael (Gn.25.14)».¹⁴

Hadar (ferocidad)

Hadar o Hadad vivió muy cerca del desierto de Siria. Esta tribu no se debe identificar con el Hadad que desciende de Esaú. El Hadad edomita fue un príncipe que huyó de la masacre de Joab, escabulléndose a Egipto, donde se casó con la cuñada del faraón y retornó para rescatar a Edom de las manos de Salomón (1 R. 11.14-25).

Tema (bronceado)

Tema se estableció entre Damasco y La Meca. Inscripciones cuneiformes han sido descubiertas en Tema o Temán (*Taima* en árabe), el cual es un gran oasis al suroeste de Arabia Saudita. La tradición árabe nos dice que dicho oasis era abundante en agua y gozaba de hermosas construcciones. Job habló de él en forma de parábola (Job 6.19), y en Isaías 21.14 se habla de las buenas obras de Tema hacia los hambrientos y sedientos, describiendo la generosidad de los árabes.

Jetur (campamento nómada)

Jetur fue el fundador de Iturea, un antiguo país que bordeaba la parte norte de Palestina. Los árabes habitaron la región. Su capital fue Chalchis y su centro religioso Heliópolis (la actual Baalbek en el Líbano).

Baalbek me trae hermosos recuerdos. Después de que obtuviera mi doctorado en Educación Musical en la Universidad Estatal de Florida, llevé a mi familia de regreso a Beirut en 1968, en un intento de usar mis conocimientos en mi país de origen. Nunca olvidaré cuán feliz me sentí cuando el ministro de Turismo del Líbano me pidió que tradujera del inglés al árabe la historia de Espartaco, y que la explicara al público en la televisión nacional. Espartaco era una obra de ballet musicalizada por

Aram Khatchatourian, un compositor ruso de ascendencia armenia.

Debido a mi trabajo, fuimos invitados con mi esposa al estreno del ballet, en el antiguo teatro al aire libre de Baalbek. Un grupo de bailarines y músicos de Budapest dieron un espectáculo memorable para los amantes de la música que llenaron el teatro. El resplandor de la luna brillaba permanentemente sobre el atrio que formaban las ruinas del templo, seis enormes columnas que se lanzaban hacia arriba donde una vez estuvo el templo a Júpiter. Toda la escena era sobrecogedora.

La acrópolis de Baalbek es la estructura más grande y mejor conservada de la arquitectura romana en el Líbano. Baalbek se convirtió en una provincia romana de Siria, después de que Pompeya conquistara Iturea, alrededor del año 50 d.C. Muchos itureos militaron en el ejército romano y fueron famosos por sus habilidades para la equitación y la arquería. Felipe, el tetrarca, reinaba sobre Iturea cuando la Palabra de Dios vino a Juan el Bautista en el desierto (Lc. 3.1-2).

Nafis (numeroso)

Probablemente Nafis se alió con los agarenos y se dirigió al sur a la provincia de Hejer, cerca de Arabia Saudita. Historiadores árabes dicen que esta tribu se caracterizó por ser hospitalaria y cordial.

Cedema (hacia el oriente)

Parece que esta tribu se estableció al oriente de Arabia. La palabra hebrea *cedem* quiere decir: «lo que está inmediatamente antes o en frente de algo o alguien». *Cudam* significa en árabe lo mismo que *cedem* en hebreo. La palabra *cedem* también es usada con una connotación geográfica, la cual describe una locación o país inmediatamente antes o en frente de otra locación o país, en

dirección oriental. Por lo tanto, cuando Abraham dio regalos a los seis hijos árabes que tuvo con Cetura, él los envió «hacia el oriente, a la tierra oriental» (Gn. 25.6). En ese tiempo Abraham vivía en Canaán, «y el dirigió a sus hijos y sus familias hacia la tierra que yacía inmediatamente al este de Palestina, Arabia y Mesopotamia (la moderna Irak)».¹⁵

Los cetureos

Todos los árabes y judíos semitas son hermanos de sangre, nacidos de los mismos padres, Heber y Abraham. Ismael y los seis hijos de Cetura fueron semitas por su padre Abraham y hamitas por sus madres, Agar y Cetura. Después de que Sara muriera, «Abraham tomó otra mujer, cuyo nombre era Cetura» (Gn. 25.1).

Zimram (celebrado)

La tribu de Zimram fue rastreada hasta Zabram, un distrito de Etiopía. Originalmente los sabeos migraron al sur y colonizaron Etiopía, alrededor del siglo X a.C., y se situaron cerca al mar Rojo, al oeste de La Meca. Algunos historiadores argumentan que Zimram se puede identificar con Beni Omram, cuyos descendientes no se han podido rastrear. Beni se llama en árabe al descendiente de una tribu.

Jocsán (cazador de aves)

Jocsán se estableció en los límites de Palestina y sus hijos fueron Seba y Dedán (Gn. 25.3). Sus descendientes fueron llamados sabeos o dedanitas. «Los sabeos fueron la rama más distinguida de toda la familia árabe. La tierra original de la bíblica Seba, yace al sur de Najran en el distrito Yaman».¹⁶ Para entender más acerca de los árabes semitas, se anima al lector a consultar Philip Hitti y los cuatro volúmenes de William Smith (ver notas).

LOS CETUREOS

Abraham / Cetura

Zimram

Jocsán

Medán

Madián

Isbac

Súa

Medán (juicio)

Probablemente Medán se alió con Madián. Tanto los madianitas como los ismaelitas fueron usados por Dios para traer a José a Egipto (Gn. 37.36). Los medianitas, madianitas e ismaelitas se relacionaron entre sí por matrimonios entre parientes. Tal vez por esa razón es que sus nombres se mencionan en forma intercambiable en la Biblia.

Madián (lugar de juicio)

Madián es el progenitor de los madianitas. Esta tribu se estableció en el desierto árabe hacia el sur de la península, a lo largo de la costa oriental del golfo de Eyleh. La gente también vivió hacia el norte, a lo largo del borde oriental de Palestina y hacia la península del Sinaí, donde Moisés cuidaba los rebaños de Jetro, su suegro.

Isbac (partida)

Isbac fue el fundador de la tribu que vivió al norte de Arabia en el valle de Sabak, ubicado en Beni-Tameen, en Nejd, no muy lejos del gran desierto de Yensuah y las arenas del Yebreen, cerca al golfo Pérsico.

Súa (prosperidad)

Algunos han conectado equivocadamente a Súa, el hijo de Abraham (Gn. 25.2) con Súa, el padre cananeo de la esposa de Judá (Gn. 38.2, 12; cf. 1 Cr. 2.3). Esta tribu árabe se estableció posiblemente en el golfo Pérsico, pero esto es muy difícil de probar, debido a que se conoce muy poco de ella.

Hasta aquí hemos dado una vista de pájaro al origen y la genealogía de los árabes semitas (ver Gn. 10.26-29; 25.2, 13-15; 1 Cr. 1.20-23, 29-32). Todas las tribus árabes pueden ser rastreadas hasta Joctán (Kahtan) y Abraham. Los árabes son semitas y hamitas. Son semitas, por Joctán y Abraham, y hamitas, por Agar y Cetura. Los joctanitas emparentaron con cananeos, asirios, cusitas, caldeos y muchas otras tribus. Asimismo los ismaelitas se casaron con gente de otras tribus. De hecho, toda la humanidad ha pasado por infusión de sangre a través de matrimonios interraciales y, como resultado, no es posible rastrear ninguna familia humana pura.

Estos hechos históricos y bíblicos son rara vez enseñados en los seminarios e institutos bíblicos de Occidente. Es impresionante cómo muchos de estos datos han sido pasados por alto por los biblistas e historiadores del mundo occidental. Me parece que la deficiencia demostrada por los estudiosos acerca de estas verdades bíblicas e históricas es, en verdad, sorprendente.

3

El encuentro de Dios con Agar

ESTE INUSUAL pasaje se debe comenzar con una narración del encuentro de Dios con una mujer perdida. La razón es que me admira la milagrosa intervención de Dios en los asuntos humanos y la soberanía de su elección. Él llama a personas de distintos trasfondos para ejecutar sus buenos propósitos en diferentes formas. A unos escoge para roles históricos y proféticos, y a otros para eterna salvación. Creo que tanto Agar como su hijo Ismael, fueron indudablemente escogidos para cumplir un histórico propósito y para recibir, voluntariamente, el generoso obsequio de vida eterna proveniente de Dios. Después de todo, «el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc. 19.10).

Los controversiales y contrastantes temas de la soberanía de Dios y la libertad del hombre, han estado perturbando durante siglos a los estudiosos de la Biblia, causando divisiones y contiendas especialmente entre los cristianos. Por consiguiente, no se

hará ningún intento de clarificar estas dos doctrinas, especialmente porque nadie puede escudriñar la «¡profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Ro. 11.33). La única forma de explicar lo que no entendemos es aceptar, con toda humildad, lo que dice la Palabra de Dios.

Muchas personas tienen la idea de un Dios parcializado y caprichoso, lleno de reglas y sin una gota de misericordia. El drama de la difícil situación de Agar es una convincente ilustración de la compasión y misericordia de Dios por el género humano, especialmente por los despreciados y excluidos. Dios es soberano, por lo tanto sólo Él puede hacer lo que a otros ojos es necio, ya que «lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios [...] y lo vil del mundo y lo menospreciado [...] a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Co. 1.27-29).

La historia comienza con una aparición sin precedentes. En el silencio del desierto, Agar se enfrentaba al Ángel del Señor. Era un momento impresionante, de un indescriptible significado, debido principalmente a que el Ángel no era un ser creado, sino Dios mismo presentándose a Agar. Fue la primera visitación de Jehová a una mujer. Se acercó para dar paz y salvación a una esclava egipcia que se encontraba abatida y en desventaja. Es muy importante notar que Agar fue la única mujer en el Antiguo Testamento que habló con Dios cara a cara por un largo período de tiempo.

El apóstol Juan declara que: «A Dios nadie le vio jamás» (Juan 1.18; cf. 1 Juan 4.12), porque «Dios es Espíritu» (Juan 4.24). Puesto que Dios es Espíritu y que sólo Él puede ser el adecuado Consolador y Salvador de la humanidad, en el Antiguo Testamento, asumió una apariencia humana visible, para cubrir su gloria y así cumplir el soberano plan de redención, permitiendo que el pecador viviera «por su fe» (Hab. 2.4) La doctrina de la

justificación por fe ha sido instituida por Dios mismo, para que el regalo de la salvación sea valedero para todas las personas.

Las apariciones de Dios a su pueblo escogido se denominan teofanías. Según mi conocimiento de la Palabra de Dios, cuando se menciona al «Ángel del Señor» o «Ángel de Dios» en el Antiguo Testamento, el artículo *el* específicamente denota una aparición preencarnada del Hijo eterno de Dios, es decir, nuestro Señor Jesucristo.

Lo más impresionante y reconfortante de la historia de Agar es que muchos nos podemos identificar con su difícil situación. Génesis 16 la presenta como un ejemplo del amor y compasión de Dios por los que, estando abatidos, obedecen Su voz. Después de haber sido usada y abusada por Sara, Agar huye al desierto en total desesperación. Repentinamente, Dios se presenta ante ella con perdurables promesas de gran bendición y prosperidad para ella y para sus descendientes.

La mayoría de nosotros no somos considerados importantes ante los ojos del mundo; sufrimos y somos tratados injustamente como lo fue Agar. Tal vez estamos al final de la fila y nos sentimos extremadamente rechazados y abandonados. Si es así, entonces el mensaje de Génesis 16 debe personalizarse, con la esperanza de que imitemos la actitud obediente de Agar. Recuerde esto: Dios nos ve, conoce nuestra aflicción y se preocupa por nosotros. La iglesia ha sido motivada a echar toda «ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 P. 5.7).

Cada vez que intento visualizar cómo debió sentirse Agar cuando se dio cuenta de que Dios mismo estaba hablando con ella, mi corazón se asombra y se llena de emoción. Puesto que nadie ha hablado con Dios cara a cara de la misma manera y en las circunstancias en que Agar lo hizo, y puesto que nadie más estaba allí para escuchar a hurtadillas la conversación y ser testigo de tan larga entrevista, uno tiene que disponer de una gran

imaginación para delinear lo que aconteció en tan histórico momento.

La imaginación es un regalo precioso de Dios. Es el elixir de la vida que permite a una persona ver lo que siempre estuvo allí, pero que nadie más puede describir de la misma forma. Es un proceso mental que consiste en percepciones creativas, y da al hombre la habilidad de descubrir la belleza de aquello que estaba escondido desde el principio de los tiempos. Como nadie ha podido captar las imágenes, los sonidos ni acciones que llenaron el histórico encuentro de Dios con Agar, trataré de usar mi imaginación para presentarlo en un marco adecuado, ya que la imaginación también es útil para crear un concepto mental que produzca ideas basadas en la realidad.

Antes de explicar la emocionante historia de Agar, la cual culmina en la extensa entrevista con el Todopoderoso, quisiera recalcar que esta excepcional anécdota ha sido pasada por alto, en forma deliberada, por la mayoría de eruditos en la Palabra. Como resultado de este desconsiderado descuido, se ha robado la oportunidad a los árabes de conocer, por ellos mismos, la «anchura, longitud, profundidad y altura» (Ef. 3.18) del imparcial amor de Dios por todo el género humano. Sin duda, Dios «en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (Hch. 10.35). Por lo general, el lector puede perder la idea central de este episodio si las circunstancias no se explican de forma narrativa. Así que empecemos con Abraham.

Abraham nació por el año 2166 a.C. en Ur de los caldeos. Allí se practicaban la idolatría y el concubinato. Por su formación gentil, Abraham estaba condicionado a practicar la idolatría y, por ende, «servía a dioses extraños» (Jos. 24.2). Ur se encontraba en la parte baja de Mesopotamia, en lo que hoy es Irak, no lejos del golfo Pérsico. Era un importante centro cultural del reino de Sumeria. Sumeria estaba entre los ríos Tigris y Éufrates, es decir,

al sur de la ancestral Mesopotamia. Los sumerios que habitaban la región en el tiempo de Abraham, hablaban una lengua no semita y tenían una cultura diferente. Ellos inventaron hace unos cinco mil años el sistema de escritura cuneiforme, el cual se practicaba sobre tablillas de barro. Así mismo, el barro era muy importante para la construcción de viviendas, ciudades y templos. Incluso, hoy en día, la moderna Irak tiene una enorme fábrica de ladrillos cerca de Nasiriyah. No muy lejos de ahí una pirámide monolítica y una imponente zigurat de Ur fueron construidas con ladrillos de barro.

Al mismo tiempo, Mesopotamia fue habitada por gente de lengua semita. La mezcla de las culturas sumeria y semita dio lugar, entre otras cosas, a la lengua acadia, de escritura cuneiforme.¹⁷ La sociedad en los tiempos de Abraham era bastante avanzada y muy religiosa. «Los artistas eran muy habilidosos, los constructores muy competentes, los negocios activos, el tiempo era bueno. La religión se basaba en la adoración de la diosa-luna Nanna».¹⁸

Abraham sale de Ur

La época de Abraham era muy próspera, tanto tecnológica como religiosamente. Fue entonces que Dios lo llamó por una razón específica y profética. Esteban nos dice que Abraham estaba en Mesopotamia cuando Dios se le apareció y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré» (Hch. 7.2-3).

Cuando Dios lo llamó, Abraham vivía en la misma casa con su padre, Taré, sus dos hermanos Nacor y Harán, las hijas de este último, Milca e Isca, y Lot también, hijo de Harán. Es posible que otros parientes también vivieran en esa gran casa o, por lo menos, cerca de ella.

La razón por la cual vivían juntos, es que Dios había implantado en el corazón del hombre, probablemente aun antes del tiempo de Moisés, el ser responsable de la protección y bienestar de los padres y parientes cercanos. Esas obligaciones morales, heredadas por Abraham, le hicieron más difícil salir de Ur sin sus familiares. Más tarde, el inspirado apóstol Pablo reiteró las mismas obligaciones morales, de acuerdo con la ley mosaica, en cuanto al honrar, obedecer y reverenciar a los padres (Ef. 6.1-3; cf. Ex. 20.12; Lv. 19.3).

Discrepo con aquellos que sostienen que Abraham desobedeció a Dios al no dejar a sus parientes, como se le había indicado. Me atrevo a decir que Dios estaba tan sólo probando su fe y prioridades, mas no sus acciones. Dios prueba a sus siervos con la intención de recompensarlos según sus «pensamientos y las intenciones del corazón» (He. 4.12).

Por el contrario, Dios intervino cuando Abraham hizo uso de la lógica humana para proteger sus propios intereses. En ocasiones, Abraham fingió ser solamente hermano de Sara con tal de salvar su vida, así como accedió recibir a Agar «por mujer» para procrear (Gn. 12.17; 16.3; 20.18). ¿Castigó Dios a Abraham y Sara por sus estrategias humanas? Por supuesto que no. Imagine si Dios nos castigara por cada error que cometemos. Yo creo que Dios hace la vista gorda con algunos de nuestros errores, principalmente porque Él «se acuerda de que somos polvo» (Sal. 103.14) Además, está tan lleno de compasión y misericordia que no actúa ni piensa como nosotros. Él dijo: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos [...] Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Is. 55.8-9). Esto debería poner fin al tema.

Es interesante ver que esta es una costumbre practicada aún

hoy en el Medio Oriente. A los jóvenes se les enseña a respetar, honrar y obedecer a los mayores. Familias enteras viven bajo un mismo techo, compartiendo unos con otros, en una forma similar a los tiempos de Abraham. Cada persona es parte de la familia cuando se le otorgan derechos dentro de ella y se le asigna una responsabilidad específica. Estos privilegios y obligaciones son considerados como sagrados y se mantienen hasta hoy como un principio de moral y religión. (Nunca he visto ni oído que una persona del Medio Oriente haya aceptado mandar a sus padres o parientes a un asilo o internado).

Después de la inesperada muerte de Harán en Ur, Abraham y Nacor tomaron a Sarai y Milca como sus esposas. Sarai era diez años menor que Abraham. Josefo dice que Isca es otro nombre para Sarai (Gn. 11.29), cuyo nombre fue cambiado a Sara, que quiere decir: «princesa» (Gn. 17.15). Ahora, Sara era media hermana de Abraham; él mismo lo confesó cuando dijo que era hija de su padre, mas no de su madre (Gn. 20.12).

El matrimonio entre parientes es algo común entre la gente del Medio Oriente. Estas costumbres se heredaron por las leyes del mundo antiguo. Se creía que este tipo de matrimonios protegería el patrimonio familiar, así como evitaría que extraños se llevaran la herencia financiera, como un amigo mío lo dijo: «Los extraños pueden resultar amables usurpadores». Pero al tomar a Sara como su esposa y a Lot como a su propio hijo, Abraham no sólo estaba actuando de acuerdo con las leyes de su tierra, sino que, aún más importante, estaba demostrando ser responsable y digno de confianza. Sus acciones resaltan algunas de las muchas cualidades que heredarían sus descendientes.

Abraham partió de su tierra con su padre Taré, su esposa Sara, su sobrino Lot y el resto de su familia con dirección a Harán, tierra situada a medio camino entre Ur y Canaán, la tierra prometida. El destino final de Abraham se hallaba después de recorrer

«más de mil seiscientos kilómetros desde Ur de los caldeos hasta el sur de Canaán (Gn. 11.31-12.9)». ¹⁹ Su primera parada fue Harán, a unos novecientos sesenta kilómetros de Ur y aproximadamente unos seiscientos cuarenta kilómetros al nordeste de Canaán. Harán estaba situada en el distrito sudoeste de Siria. «Se dirigió a Harán porque en esa época había tan sólo dos rutas hacia la tierra prometida: una a través del desierto Árabe, el cual era casi imposible de cruzar, y el otro a lo largo del río Éufrates, hasta Harán». ²⁰

Harán estaba en Padam-Aram, lo que quiere decir: «el campo o planicie de Aram». Aram fundó Siria y fue el progenitor de los arameos, quienes nos dieron la lengua aramea. Aram fue uno de los cinco hijos de Sem (Gn. 10.22).

Los arameos se esparcieron de Siria a Mesopotamia, el norte de Palestina y más allá. Otro nombre que se le puede dar a Siria es Al-Sam en árabe, indicando que deriva de Sem. Los árabes también llaman Al-Sam a Damasco.

Al parecer las ciudades de Harán, Siria, así como las de Nacor, Mesopotamia, fueron nombradas en honor a los hermanos de Abraham. Tanto la esposa de Isaac como la de Jacob pertenecieron a estas dos ciudades (Gn. 24.10; 28.2, 5). Jacob estuvo catorce años en la región de Harán hasta que le nacieron todos sus hijos.

Así como Ur, Harán era una ciudad comercial, y se constituyó en un lugar de descanso natural para Abraham y su clan. Era la ruta de las caravanas que conectaba Damasco, Nínive y otras ciudades en Mesopotamia, Palestina y Egipto. De la misma forma, era el centro de la idolatría. La gente adoraba a la diosa-luna Sin.

Entre paréntesis, el pueblo escogido por Dios, sea judío o gentil, siempre se ha visto rodeado y afectado por malas prácticas y tentaciones. Esta verdad ha sido explicada por nuestro Señor Jesús en la parábola del trigo y la cizaña (Mt. 13.24-30). En mi opi-

nión, el mal que resume todos los males es la sobresaliente inhumanidad con que cada ser humano trata a los demás. Afortunadamente, el día vendrá cuando el reino de Dios invada el curso de la historia y destruya el círculo vicioso de todas las prácticas malignas.

La lengua aramea fue adoptada como lengua franca por las naciones dominantes de los tiempos antiguos, incluyendo Asiria y Babilonia. Algunas porciones de los libros de Daniel y Esdras fueron escritas en arameo, la misma lengua que hablaban los judíos en la época de Jesús. Jesús mismo en la cruz gritó en arameo: «¡Elí, Elí!, ¿lama sabactani?»), lo que quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27.46; Mr. 15.34). También se puede traducir en la lengua vernácula: «Mas para esto he llegado a esta hora» (Jn. 12.27). Aparentemente, los hijos de Aram tuvieron mayor interacción con los descendientes de Abraham que el resto de la gente en esos días, y fueron influenciados por su estilo de vida.

Abraham deja Harán

No se sabe con exactitud por cuánto tiempo permaneció Abraham en Harán. Al parecer se encontraba totalmente a gusto allí, planeando quedarse por un largo período, debido a que su padre era cada vez más viejo y débil como para emprender un viaje. Abraham se encontraba rodeado de parientes y amigos que, sin duda, influyeron en su decisión. Sospecho que su esposa lo haya persuadido a quedarse en ese amigable y cómodo lugar. Al ver que no existía ningún tipo de urgencia para apresurarse en un viaje a una tierra desconocida, decidió posponer su traslado a un tiempo más apropiado.

Por otro lado, Dios tenía un plan aún más perfecto para Abraham. Lo escogió con el fin de usarlo como una vasija con la cual cumpliría su plan divino. Cuando «murió Taré en Harán»

(Gn. 11.32), Dios sacó a Abraham de ese lugar para llevarlo a la tierra prometida. Canaán, entre otras cosas, estaba diseñada no sólo para probar la obediencia y fe de Abraham, sino que también era el lugar indicado para separarlo del mundo y prepararlo para un propósito especial. Este ha sido el método que Dios ha usado para separar a quienes Él escoge para su servicio. Deben pasar por la capacitación del *Seminario de Canaán* antes de ser usados por Dios. Muchos sirven a Dios en forma egoísta, porque no han vivido en Canaán.

«Y se fue Abram, como Jehová le dijo [...] Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán» (Gn. 12.4). Tomó a su esposa, su sobrino, «y todos los bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán [...] y a tierra de Canaán llegaron» (Gn. 12.5).

Canaán se encontraba a unos seiscientos cuarenta kilómetros al sudoeste de Harán. Era un largo viaje en camellos y asnos. Después de largos días, llegaron a Siquem, lugar ubicado al centro de Canaán, entre el monte Ebal y el monte Gerizim. Dios lo estaba guiando paso a paso, ya que él «salió sin saber a dónde iba» (He. 11.8).

Después de un tiempo, Abraham se dirigió a Bet-el, a unos treinta y dos kilómetros al sur de Siquem, como a dieciséis kilómetros al norte de Jerusalén. Seguramente a Abraham le gustó mucho Bet-el, ya que se quedó allí hasta que se separó de Lot, después de que regresó de Egipto con Agar.

Abraham «edificó un altar a Jehová» en Siquem y Bet-el (Gn. 12.7, 8), después de tener un encuentro con Dios, no sólo con la intención de dar testimonio público de su Señor y Salvador, sino también de confesar su fe delante de los moradores de las tierras en las que estaba. Al haberse convertido en un testigo ejemplar de su fe, Abraham «fue llamado amigo de Dios» (Stg. 2.23). La obediencia es un requisito previo para obtener ese exclusivo pri-

vilegio. Jesús coincidió con esta verdad cuando dijo: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn. 15.14).

Es importante notar que Abraham no obtuvo la vida eterna en una campaña en una carpa ni en una cruzada de Billy Graham, sino que fue Dios mismo quien le «dio de antemano la buena nueva» (Gá. 3.8). Hasta el día de hoy no he oído a alguien predicar sobre este emocionante tema. Creo que Dios le predicó las buenas nuevas en su primera aparición en Mesopotamia (Hch. 7.2). Dios lo atrajo hacia sí a través de un afectuoso llamado, arrebatándolo como a una rama de las llamas del fuego. Abraham fue firmemente persuadido por el poder de la gracia de Dios, la cual está libremente disponible para toda persona a través de su favor y amor inmerecidos.

Estoy convencido de que la fe salvadora de Abraham vino por «el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Ro. 10.17). Abraham escuchó las buenas nuevas de la boca del «Salvador del mundo, el Cristo» (Jn. 4.42). Jesús declaró a los judíos inconversos de su tiempo que él es el «YO SOY» (Jehová Dios); además, que Abraham se gozó al ver su día, «y lo vio y se gozó» (Jn. 8.56-58). La genuina «salvación sólo se recibe por gracia a través de la fe, y la fe implica conocimiento del evangelio de Cristo, y el conocimiento implica aceptación y adherencia al evangelio de verdad».²¹

Abraham en Egipto

La primera prueba seria para la fe de Abraham vino cuando Dios mandó una severa hambruna «en la tierra» (Gn. 12.10). Abraham y su gente no estaban acostumbrados a ese tipo de penalidades. Es más: su fe no había sido probada jamás. Puedo imaginarme las quejas de su esposa y sobrino, así como la murmuración de su gente. Seguramente algunos de ellos criticaron a Abraham, así como los israelitas lo harían con Moisés. Debemos tener en

cuenta que las pruebas nos enseñan a confiar en Dios, no sólo cuando nuestras necesidades son cubiertas, sino también cuando el sufrimiento y la privación se cruzan en nuestro camino. Esto sigue siendo un misterio para mí. El sufrimiento debe llevarnos al pie de la cruz, con el propósito de que aprendamos de este misterio para poder sobrellevarlo. A veces, Dios se place en probar con gran aflicción a quienes Él ha escogido para un especial propósito, con tal de fortalecer su fe y lograr que confíen tan sólo en Él.

Cuando Abraham se percató de que la tierra ya no podía sostenerlos más, ni a él, ni a su gente ni a sus ganados, haciendo uso de su sentido común dado por Dios, tomó una sabia decisión y salió en dirección al sur, hacia Egipto. Su prudencia le permitió permanecer en ese lugar hasta que la hambruna cesó. Siendo Sara una mujer hermosa, temió que los egipcios la codiciaran y su vida estuviera en peligro. Así que la persuadió para que se hiciera pasar por su hermana. Esta palabra en hebreo, como en muchas otras lenguas, también significa sobrina, exactamente lo que Sara era para Abraham.

Egipto era llamada Misr por los árabes. Los cananeos la llamaban Mizri, una derivación de Mizraim, quien fundó Egipto poco tiempo después del diluvio. Tanto las pirámides como la Gran Esfinge fueron construidas antes del tiempo de Abraham. Las tablas de Amarna y los textos de las pirámides demuestran un alto nivel de civilización en el Egipto de esos tiempos, así como su duro y centralizado sistema de gobierno. Estoy seguro de que Abraham vivió estos hechos históricos, por lo que en su viaje a la tierra del faraón probó ser muy prudente.

En aquellos tiempos era costumbre que los hombres de poder tuvieran mujeres hermosas (ver la historia del rey David y Betsabé en 2 S. 11). Abraham estaba muy familiarizado con la reputación del faraón, por lo que hizo lo que cualquier hombre de

tradición hubiera hecho. Le pidió a su esposa que pasara como su hermana, con la esperanza de que el faraón le perdonara la vida y los dejara en paz. Lo que pasó después es aun más interesante.

La escena se abre en una gran casa, en la cual Sara esperaba al faraón para conocerlo, es decir, «una casa enorme». No puedo imaginarme la reacción de Sara cuando fue «recomendada», por los príncipes del faraón, como candidata para formar parte del harén (Gn. 12.15). Creo que ella deliberó consigo misma y creyó que Dios la había enviado a ese lugar para su buen propósito y que Él los guardaría, a ella y a su esposo, de todo mal. Ella había sido testigo del trato que Dios hizo con Abraham y su familia, por lo que no tenía razón por la cual dudar.

Sara era muy hermosa, pero su verdadera belleza provenía de su interior. Creo que era capaz de hacer cualquier cosa razonable que su esposo le pidiera, en pos del bienestar de ambos. Era un personaje ejemplar; y se insta a todas las mujeres temerosas de Dios para que la imiten (1 P. 3.1-6). Su papel como esposa era estar en sujeción a su buen esposo, a quien ella honraba y llamaba «mi señor» (Gn. 18.12). En ninguna manera esto significa que ella era inferior a su esposo. Por el contrario, ambos se respetaban y honraban. Abraham era un hombre muy bendecido por tener una esposa cuya belleza interior era «de grande estima delante de Dios, pues así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios estando sujetas a sus maridos, como Sara obedecía a Abraham, llamándolo mi señor» (1 P. 3.4-6).

No olvidemos que Dios es soberano y que nada puede ocurrir sin su precognición y permiso. Tampoco olvidemos que Abraham y Sara fueron elegidos por Él para ser los progenitores tanto de judíos como de árabes. Y lo que es aún más importante, fueron escogidos para que «la simiente» de Abraham, «la cual es Cristo» viniera a «buscar y a salvar lo que se había perdido» (Gá.

3.16; Lc. 19.10). Por esta razón es que creo que Dios llevó a Sara a la casa del faraón, no permitiéndole a éste tomarla por «mujer» (Gn. 12.19).

Mientras Sara era atendida con gran admiración en la corte del faraón y mientras se ponía al corriente de la gran familia real, Abraham se llenaba de presentes por causa de ella. Ambos tenían la capacidad de aparentar contentamiento con la situación, ocultando el amor que se profesaban. Sin duda, por dentro se sentían miserables desde que los príncipes se llevaron a Sara, lo cual los condujo a momentos de profunda oración en muchas noches de insomnio.

La aparente pérdida de su esposa se tornó insoportable para Abraham. Estoy seguro de que en varias ocasiones cayó de cara al piso pidiendo ayuda a Dios, lleno de remordimiento en su corazón. Los seres humanos cometen errores y muy a menudo su sentido de lógica los mete en problemas. Pero Abraham «fue llamado amigo de Dios» (Stg. 2.23) y cuando clamó con profundo arrepentimiento, el corazón de Dios se compadeció e «hirió al Faraón y su casa con grandes plagas, por causa de Sarai, mujer de Abram» (Gn. 12.17).

No se sabe qué tipo de plagas eran, pero sabemos que fueron lo suficientemente terribles como para convencer al faraón y sus príncipes, de que venían por causa de Sara. Posiblemente el rey entendió, a través de las plagas, que tanto Abraham como su esposa eran favorecidos por los cielos. Los hijos de Dios pecan como cualquier otro y cuando lo hacen, son castigados según la gravedad de la falta: «Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por él, porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (He. 12.5-6). Abraham y Sara cometieron muchos errores en su vida. Eso nos recuerda que: «A los que aman a Dios, todas

las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro. 8.28)

Posteriormente, el faraón llenó de regalos a Abraham, con tal de apaciguar la cólera del cielo. Le dio más asnos, camellos, ovejas, sirvientes, oro y plata. «Abram era riquísimo en ganado, y en oro y en plata» (Gn. 13.2). Sin embargo, el regalo más valioso se le concedió a Sara. Según la Midrash, una antigua colección de comentarios bíblicos escritos por un judío, el faraón dio su joven hija a Sara, después de haber sido testigo de los milagros obrados por Dios a través de las plagas. Según escribe, el faraón dijo: «Es mejor que Agar sea esclava en casa de Sara que ama en su propia casa».²²

En este sentido, el nombre de Agar se interpreta como recompensa («Agar, esto es: recompensa»). Otra posible traducción es «adornar». Se ha dicho que Agar fue adornada con belleza, piedad y buenas dádivas. Así mismo, el *Soncino Chumash*, un comentario judío del Antiguo Testamento, corrobora lo que dice la Midrash, al confirmar que Agar era la hija del faraón. Agar conoció a Sara en casa de su padre y de inmediato se hicieron amigas. Cuando vio el milagro obrado a causa de Sara, ella dijo «mejor es ser sirvienta en su casa que ama en la mía».²³ Muchos comentarios bíblicos y respetados estudiosos creen que Agar era la hija del faraón. Tan sólo menciono a algunos de ellos en este capítulo.

En la enumeración de las diez pruebas de Abraham que hace Pirke de Rabí Eliezer, leemos:

R. Joshua ben Korchah afirma: Debido al amor que tenía por ella [Sara], [el faraón] escribió en su documento de matrimonio [que le daba] todas sus riquezas, sea en plata u oro, o en servidumbre, o tierra; además escribió [dándole] la tierra de Gosén en posesión. De esa forma, los hijos de Israel habitaron en tierra de Gosén, en la tierra de su madre Sara. Así mismo [también] escribió [dándole] a Agar, hija suya de una concubina, como su criada. Y ¿cómo es que sabemos que Agar era hija del faraón? Porque se especifica: «Sarai,

mujer de Abram, no le daba hijos; pero tenía una sirvienta egipcia que se llamaba Agar» (Gn. 16.1).²⁴

De la misma forma, Pirke de Rabí Eliezer cita otra versión de la tradicional idea de que Agar fue la hija del faraón, encontrada en Génesis, Midrash Rabbah 45.1:

Y ella tenía una criada llamada Agar. Era una criada de beneficio (Abraham podía hacer uso de ella sin necesidad de dar cuenta a nadie) pero tenía el compromiso de cuidarla y no le estaba permitido venderla. R. Simeón b. Yohai sostiene que Agar era la hija de faraón. Cuando él vio lo que sucedió en su casa por causa de Sara, tomó a su hija y se la dio [a Abraham] diciéndole: «Es mejor que mi hija sea sirvienta en esta casa que ama de cualquier otra». De esa manera está escrito: «Y ella tenía una sirvienta llamada Agar», diciendo: «Aquí está tu recompensa (agar)».²⁵

La misma tradicional historia se mantiene en el Targum palestino. En la tradición rabínica, Agar no era simplemente la sirvienta de Sara; era considerada como perteneciente a la realeza, la hija del faraón dada por él como sierva.

Como lo dije anteriormente, nada toma por sorpresa a Dios. Él tiene infinito poder, sabiduría y conocimiento. Dios sabía de antemano que Agar cumpliría un importante papel en la dispensación del pacto abrahámico en relación con la semilla física; y que ella se convertiría en la antepasada de «una gran nación» (Gn. 21.18).

Mucho antes de que Ismael naciera, creo firmemente que Agar fue escogida como una vasija para la procreación. Ahora puedo entender por qué Dios permitió que Sara fuese «estéril» (Gn. 16.2), hasta que él ejecutara su plan redentor con respecto a Agar e Ismael. Dios ama a toda la humanidad y desea que toda raza y pueblo llegue a «conocerle, y el poder de su resurrección» (Fil. 3.10). Otra razón por la cual Dios demoró el embarazo de

Sara fue porque quería mostrar su poder milagroso. Él dijo: «¿Hay para Dios alguna cosa difícil?» (Gn. 18.14).

Lo que da un carácter único a esta verídica historia es el hecho de que Agar accediera a ser esclava. Para quienes creemos en la soberanía de Dios, es reconfortante saber que nada de lo que pasa es por accidente y que nada de lo que el hombre haga tomará por sorpresa a Dios. Él está en completo control de su creación y hace que todas las cosas sucedan para bien. En cuanto a Agar y su propósito, Dios, en su previo conocimiento, permitió que el viaje de Abraham fuese fructífero y provechoso, cumpliendo su plan soberano para la humanidad: «fructificad y multiplicaos; llenad la tierra» (Gn. 1.28; cf. 9.1,7; 16.10; 17.20). Así que Abraham fue enviado por el faraón junto con «su mujer, con todo lo que tenía» (Gn. 12.20).

Abraham regresa a Canaán

Todo lo que he escrito es tan sólo un prelude al cercano encuentro de Dios con Agar en el desierto. Con esto en la cabeza, vamos de Egipto a Canaán, donde la unión entre Abraham y Agar fue consumada con el propósito de la procreación. Sara dedujo, por supuesta evidencia, que Dios no le daría hijos a su avanzada edad de setenta y cinco años. Sara dijo a Abraham: «Ya ves que Dios me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizá tendré hijos de ella» (Gn. 16.2).

Muchos culpan a Sara por inducir a su esposo a unirse con Agar y por aprobar ese matrimonio contractual. Al mismo tiempo, culpan a Abraham por aceptar el plan de su esposa. Ese es un patrón conductual que ciertas personas tienen cuando se sienten jueces de otros, especialmente si ellos mismos no están inmersos en una situación parecida a la que juzgan.

Recientemente escuché a un evangelista en la televisión que predicaba sobre este mismo tema, y decía: «Si no fuera por el pe-

cado de adulterio que Abraham cometió con Agar, hoy los árabes no existirían». Tal aseveración revela un corazón prejuicioso y un espíritu malo. Muchos evangelistas de televisión han hecho este tipo de comentarios ásperos y poco amables, con el propósito de favorecer a la nación de Israel. Otros tantos pasajes bíblicos han sido manipulados y entretejidos con la tendencia de la teología política del mundo occidental. Al parecer, cuanto más inseguros están de la naturaleza y el verdadero carácter de Dios, con mayor ahínco repiten sus «particulares métodos hermenéuticos basados en su propia condición étnica y cultural».²⁶

Rara vez he escuchado una prédica que critique a Jacob por haberse acostado con Bilha y Zilpa, las criadas de sus dos esposas, Lea y Raquel. Cuatro de los doce hijos de Jacob nacieron de las dos criadas. En todo caso, tanto Abraham como Jacob actuaron según las costumbres de su época. Esta práctica se estableció mucho antes de la ley mosaica.

Las tablas de Nuzi nos dan abundante información en cuanto a las costumbres del tiempo en que Abraham vivía. Nuzi era una vieja ciudad al sur de Kurdistán y como a unos doscientos cuarenta kilómetros de Bagdad, Irak. La Escuela Americana para la Investigación en Oriente y la Universidad de Harvard excavaron en Nuzi entre 1925 y 1931. De acuerdo con estas tablas, un sirviente de confianza bien podía ser nombrado como heredero de sus patrones. Pero si un hijo naciera, éste se convertiría en heredero por derecho. Abraham adoptó a Eliezer como su heredero, ya que no tenía hijo (Gn. 15.2). Si una esposa era estéril, le era permitido proveer para su esposo una sirvienta como segunda esposa, pero la primera tenía todo el derecho de reclamar al recién nacido como hijo propio. Se veía al matrimonio como una unión para la procreación y no como una unión para compañía mutua. Si la segunda esposa daba a luz un varón, le ley no permitía que fuera

desterrado ni desheredado. Sólo una intervención divina podía anular esa ley humana.

Otra costumbre que se puede hallar en Génesis 12.10-20; 20.2-6; 26.1-11, es aquella en que se presenta a la esposa como hermana, sin una aparente razón lógica. Sin embargo, las tablas de Nuzi muestran que los lazos matrimoniales eran muy sagrados, y que la esposa, aunque no fuera por la sangre, adquiriría un nivel tan alto como el de una hermana, por lo que los términos «hermana» y «esposa» podían ser fácilmente utilizados oficialmente, de acuerdo con las circunstancias. De esa forma, con tal de retener la relación esposa-hermana, tanto Abraham como Isaac, se estaban valiendo de la ley, tal cual existía, para darse ese lujo.²⁷

Tanto Abraham como Isaac no mintieron por voluntad propia, como muchos eruditos piensan hoy, cuando dijeron que sus esposas eran sus hermanas. Tan sólo protegían sus intereses de acuerdo con las costumbres de la época.

Probablemente Abraham tenía más de mil sirvientes, entre viejos y jóvenes. Los había obtenido en Ur, Harán, Egipto y Canaán. Cientos de ellos fueron «nacidos en su casa» (Gn. 14.14). Su siervo más fiel fue Eliezer, «quien gobernaba todo lo que él tenía» (Gn. 24.2). La sirvienta favorita de Sara era Agar.

Si Agar era realmente la hija del faraón, como lo sugieren muchos comentarios y como lo revela la evidencia anteriormente presentada, la veracidad de la historia se hace aun más intrigante. Sólo Dios pudo crear las circunstancias en las que, los tres personajes de Génesis 16, es decir, Abraham, Sara y Agar, se encontraron en la tienda, obrando conjuntamente para cumplir el plan que Dios había predestinado para cada uno de ellos y su descendencia. Esta hipótesis puede ofender a teólogos conservadores, pero pido un poco de paciencia mientras descubrimos juntos cuán amable y compasivo es Dios, y cómo tornó la aparentemente

mala experiencia de estos tres personajes, en bendición para todos.

Dios se aparece a Agar

Al parecer Agar ocupó un lugar privilegiado en la vida de Abraham, no sólo al darle una simiente física y otras bendiciones, sino también al participar de la fe en su Dios. Probablemente, se adhirió a la familia espiritual de Abraham durante la estadía de éste en Egipto.

Esto nos conduce al apasionante relato del encuentro de Agar con su Salvador. Creo que la conversión de Agar se confirmó cuando Dios la visitó, más aun si tomamos en cuenta que Dios no se aparece a aquellos «cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida» (Ap. 17.8). Esta es la escena más impresionante en toda la historia. Nadie puede describir con certeza el ambiente vivido en ese momento, en el cual Dios mismo se presentó ante Agar en el desierto para «hablarle a su corazón» (Os. 2.14). Cuando fue forzada a huir por los celos profundos de Sara, «la halló el ángel de Jehová junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente que está en el camino de Shur» (Gn. 16.7).

Shur era una zona que se encontraba entre Beerseba y Egipto. Probablemente se trataba de una abandonada ruta de caravanas; un lugar muy apropiado para que pastara el ganado. En su camino de Egipto a Canaán, Agar pasó por los desiertos del Neguev y el Sinaí. Conocía el lugar y «buscaba refugio de la ardiente ira de su árida patrona, Sara».²⁸

El pozo fue nombrado *Beer-la-hai-roi* (esto es, Pozo del Viviente que me ve), está localizado «entre Cades y Bered» (Gn. 16.14). Se desconoce la exacta ubicación de Bered, pero sí se sabe dónde está Cades, identificado con los fértiles jardines de Wadi-el-Qudeirat en Sinaí, bañados por las aguas del Ain-el-Qu-

deirat. Es muy posible que Agar se encontrara con Dios en ese lugar. Es también el lugar en el cual se halla el «desierto de Parán». Tanto Ismael como su gente habitaron en esa región (Gn. 21.21). Agar y sus descendientes se establecieron en Sinaí, de ahí que ambos nombres son sinónimos (Gá. 4.22-25).

Cuando Agar llegó a Shur, lo cual significa «pared» o «fortificación», descansó de su largo viaje antes de cruzar la frontera. Los egipcios habían construido una gran red de fuertes para protegerse de posibles invasiones. Esta información se menciona en antiguos archivos egipcios, fechados en, por lo menos, 2000 a.C. Allí Agar fue confrontada por el Ángel del Señor, quien le dio consuelo y seguridad eterna.

Ése fue un momento de increíble significado, más aún por el hecho de que no se trataba de un ser creado, sino que era Jehová mismo quien se estaba manifestando a Agar. La conversación nos demuestra que Él habló y actuó con la misma autoridad divina. La aparición ante Agar es el primer registro que se tiene de Dios visitando la tierra.²⁹

En un intento por escribir acerca de la hermosa persona del Señor y su incomprensible forma de trabajar, mi mente finita no puede representar de forma apropiada la escena. No alcanzan tampoco unos cuantos trazos para delinear el grado de alborozo que sintió Agar cuando entendió que estaba en la presencia del Todopoderoso. Desafortunadamente, mi búsqueda de material escrito sobre este tema con un enfoque positivo, fue infructuosa. Muchos autores pensaron de Agar como una esclava arrogante y desobediente, por lo que fueron inducidos a creer que Dios «echó fuera a la esclava y a su hijo» (Gá. 4.30). Procuraré explicar esto más adelante.

Visualicemos cómo trató Dios el problema de Agar. La escena comienza cuando ella está recostada en el piso, bajo la débil sombra de una palmera, no lejos de la «fuente de agua en el desierto»

(Gn. 16.7). Lo único que sus ojos veían era arena, la cual ondeaba como si fuesen olas de un mar petrificado. Un poco más allá de la palmera se hallaba un polvoriento camino, con dirección a Egipto, su amado país. Hacia arriba estaba el cielo azul, que observaba la grandeza del desierto. Ni un sonido, ni un soplo de aliento humano, nada, cuando, de pronto, escuchó una voz que con ternura le decía «Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes y a dónde vas?» (Gn. 16.8).

Notemos que Dios no trató con la necesidad de Agar sino hasta que ella estuvo en el desierto. Podemos ver, con una mirada más amplia, que cada uno de los personajes escogidos por Dios fueron llevados al desierto. Y allí, en el desierto, Él se encontró con cada uno y les dio su llamado. Estos hombres y mujeres se convirtieron en gigantes espirituales tan sólo por el toque de Dios en sus vidas. Esto no quiere decir que Dios sólo obra en los fuertes. Todo aquel que no es fuerte ante los ojos del mundo, es un blanco claro del amor de Dios y su provisión, y es llamado a cumplir un rol muy especial en la vida. Agar fue llamada tanto para ser esclava como para ser la antecesora de «una gran nación» (Gn. 21.18). Ella fue un tipo de Cristo, quien se humilló hasta ser siervo. El Antiguo Testamento está lleno de tipología. Es asombroso ver cómo Dios toma a personas de cualquier trasfondo y las usa para cumplir sus buenos propósitos.

El Señor inició la conversación llamándola Agar, en el sentido de «emigrar». Es reconfortante saber que Dios «a sus ovejas llama por nombre» (Jn. 10.3). Él sabía todo lo que le pasaba, pero quería darle la oportunidad de exteriorizar su dolor por medio de la confesión, así Él podría limpiar su alma de todo sentimiento malo en contra de su ama, Sara. La confesión de los pecados es algo necesario antes de que Dios pueda cumplir su plan soberano en sus siervos y a través de ellos (1 Jn. 1.9).

Él le hizo una pregunta crucial: «¿De dónde vienes tú, y a dón-

de vas?» (Gn. 16.8). Esta es una muy buena pregunta para comenzar una conversación con las personas, especialmente si necesitan dirección, paz mental y esperanza. Este tiempo de acercamiento nunca dará malos resultados, ya que «el amor cubrirá multitud de pecados» (1 P. 4.8).

Agar respondió: «Huyo de delante de Sarai, mi señora» (Gn. 16.8). Sin duda, mientras Dios escuchaba paciente y compasivo su desaliento, el corazón de Agar fue regenerado en tanto que Él miraba su triste semblante.

Después de contar su historia con lujo de detalles y de que su alma fuera limpia de todo obstáculo, y estuviera lista para ser usada como una vasija de barro, Dios le ordenó: «Vuelve a tu señora y ponte sumisa bajo su mano» (Gn. 16.9).

Al principio no pude entender por qué Dios le ordenaba que volviese y viviera bajo tan penosas circunstancias. Luego de considerarlo por un buen tiempo, llegué a la conclusión de que regresó por varias buenas razones. La primera es que Dios quería usarla como testigo de su inefable amor, el cual la impulsaba a una total obediencia y sumisión a su irresistible y soberana voluntad, y a hablar de las suaves palabras que la abrigaron «como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas» (Mt. 23.37), y sanaron su herido corazón. La sumisión a la autoridad de Dios provee protección providencial y muchas bendiciones. La historia de Agar es un gran ejemplo de esta verdad.

De la misma forma, el Señor fue de Jerusalén al pozo de Jacob en Sicar (cerca de la moderna Nablús o Naplusa), para tener su predeterminado encuentro con la mujer samaritana. Después de su conversión ella «fue a la ciudad y dijo a los hombres [...] y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer» (Jn. 4.28-39). Ciertamente estas dos extraordinarias mujeres deben ser imitadas, especialmente por los cristianos tibios (Ap. 3.16). Las dos se encontraron con Dios en

un pozo. El pozo es un tipo del Espíritu Santo, quien es como «una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn. 4.14).

Otra buena razón por la que Dios le ordenó regresar, fue para proveer a Ismael de una casa piadosa, donde podría ser instruido «en su camino», para que «ni aun cuando fuere viejo» se apartase de él (Pr. 22.6). Esta prescripción se cumplió cuando Abraham se dio cuenta de que Ismael era un regalo de Dios, y que pertenecía exclusivamente a Él. Ismael fue criado en un hogar piadoso y se le enseñó a obedecer a Dios en todo. Tanto su padre como su madre fueron buenos ejemplos de obediencia.

Aun más que eso, Dios había planeado hacer de Abraham una multitud de naciones, y también hacer de Ismael «una gran nación» (Gn. 17.20). Pero antes, Ismael necesitaba pasar, con los años, un período de aprendizaje del liderazgo y sus obligaciones.

Después de su larga entrevista con Dios, Agar retornó de inmediato a su señora, con un corazón renovado y una actitud sumisa. No podía esperar a estar en la tienda y contar lo que Dios le había prometido con respecto a Ismael.

4

Ismael, príncipe del desierto

EL DILEMA que tenía Agar con el deseo natural de Sara de usarla como madre substituta, ha sido interpretado en forma arbitraria por muchos cristianos y no cristianos. Sostienen que Agar se volvió arrogante, insolente, desobediente y odiosa hacia su señora «al ver que había concebido» (Gn. 16.4). Yo creo que Agar no odió a su señora (como muchos comentaristas aseguran) sino que rechazó la férrea determinación de Sara por reclamar al bebé que aún no había nacido. La razón por la cual Agar tenía este sentimiento en contra de su señora, se debía a que Dios ha dado a cada madre un natural instinto de amor y protección de su propio hijo. Por eso, Dios había planeado darle a cada una de ellas un bebé y, así, bendecir sus vidas.

Aparentemente, cuando Agar le dijo a su señora que no podría renunciar a su hijo, los sueños de Sara se derrumbaron y de pronto se puso histérica. Fue entonces que perdió el control, y con el beneplácito de su esposo afligió a su sierva con castigo corporal.

Celos apasionados y amargura condujeron a las dos mujeres una en contra de la otra y su relación fue de mal en peor. Agar no soportó vivir más bajo esas circunstancias, por lo que decidió huir «de su presencia» (Gn. 16.6).

La esterilidad era vista, y lo es aún, con desprecio y vergüenza en el Medio Oriente. Las esposas estériles eran comúnmente reemplazadas por mujeres fértiles. Puede parecer un trato injusto a las esposas que no podían procrear, pero en realidad no lo era. Las costumbres permitían a una esposa estéril proveer a su marido una sirvienta, con el propósito de procrear. Era muy común que la segunda mujer se convirtiera en la favorita del esposo si le daba un hijo. Ésta era la situación que vivía Agar cuando su señora, Sara, se puso celosa y la maltrató.

En esencia, cuando Agar volvió de su extraordinaria experiencia en el desierto, probablemente le dijo a Sara algo así: «Siento empatía con su condición de esterilidad y con su legítimo deseo de ayudar a mi señor a obtener un heredero de sangre a través de mi. Perdóneme por haberme rehusado a someterme a su deseo. «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien» (Gn. 50.20). Indudablemente, desde ese momento, la ambigua relación entre esas dos mujeres fue afectada en los sentimientos de amargura que se habían formado anteriormente.

Ahora el telón se abre con Abraham y Sara sentados sobre una alfombra de piel de cabra dentro de su tienda, escuchando atentos la increíble historia del encuentro de Agar con el Dios de Abraham. Cuando terminó de contar su entrevista con Dios y las promesas que había recibido, Abraham se regocijó creyendo que el hijo de Agar sería su prometido heredero (Gn. 15.4).

El Señor conocía muy bien los pensamientos de Agar y las intenciones de su corazón. Él sabía que ella había hecho lo correcto al rehusar someterse al inescrupuloso trato de su señora. Nadie puede ocultar nada delante de Dios, ya que «todas las cosas están

desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta» (He. 4.13). Agar había sembrado con lágrimas de aflicción y ya era tiempo de que segara «con regocijo» (Sal. 126.5). Su ejemplar actitud de sumisión a la soberanía de Dios resultó en una gran cosecha de bendiciones. «Le dijo también el Ángel de Jehová: Multiplicaré tanto tu descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud» (Gn. 16.10).

Agar fue honesta y transparente, escuchó la voz del Señor y rindió por completo su vida en obediencia a Él. Siguió su dirección sin pensarlo dos veces. Muchos dicen estar totalmente sometidos a la autoridad absoluta del Señor, pero su estilo de vida revela lo contrario. Agar es un ejemplo de sumisión total a Dios. En árabe, la palabra *islam* significa: «sumisión» a la voluntad divina.

Esta sumisión a Dios debe llevar a la humildad, y la humildad debe llevar a la fe en Él, pues ésta mueve su inmerecido favor y amor para quienes confían como lo hizo Agar. Dios arrancó la raíz de orgullo que había en lo más profundo de su alma y le dio gracia para poder usarla como una vasija limpia, porque: «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (Stg. 4.6). Así, la gracia se podría definir como el deseo y la fuerza que Dios da al humilde para que éste haga Su voluntad.

De todas formas, ¿cómo puede uno someterse a un Dios desconocido e impersonal? La Biblia declara que sólo a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo podemos conocer a Dios personalmente. El mismo Dios que se presentó cara a cara ante Agar, «ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hch. 17.31).

Agar había escuchado antes a Sara y Abraham hablar acerca de Dios, pero ahora ella misma lo había visto y hablado con él por un largo período de tiempo. Nadie puede ser igual después de

tan increíble experiencia. Posteriormente, Agar se presentó como «sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Ro. 12.1). El cumplimiento de la primera promesa será analizado en el próximo capítulo.

Poco después de que la primera promesa fuera hecha, el Señor dijo a Agar: «Has concebido y darás a luz un hijo, y *llamarás su nombre Ismael*, porque Jehová ha oído tu aflicción» (Gn. 16.11, énfasis en cursivas añadido).

Este es el primer registro en el cual leemos que el Todopoderoso es un Dios que escucha. ¡Es tan bueno saber que el corazón de Dios se mueve a compasión cuando oye el amargo clamor del afligido! Tal cual vino a rescatar a Adán y Eva cuando pecaron, así viene ahora «a buscar y a salvar» a Agar (Lc. 19.10). Existe un paralelo entre estas dos historias. El paralelo nos enseña que Dios está mucho más interesado en nosotros de lo que nosotros podríamos interesarnos en Él o en nuestras propias vidas.

Pablo declara que «no hay quien busque a Dios» (Ro. 3.11). Agar no estaba buscando a Dios. Ella estaba huyendo de todos, pero Dios la vio y la atrajo a sí mismo, y le dio «el espíritu de adopción» (Ro. 8.15). A partir de ese momento fue liberada de la esclavitud y pasó a ser esclava de Dios.

Las alentadoras palabras de Dios removieron la pesada carga que Agar tenía y la hicieron «descansar» (Mt. 11.28). Es un gran alivio para una mujer con un hijo saber que está bajo el cuidado de Dios. Dios le aseguró a Agar que daría a luz un hijo que Abraham amaría, y que lo llamaría Ismael, cuyo significado es «Dios oye».

Ahora llegamos a una de las predicciones más abusadas y mal interpretadas con respecto al carácter y al temperamento de Ismael. Dios dijo: «Será hombre fiero, su mano será contra todos, y la mano de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará» (Gn. 16.12). Todo lo que Dios dijo a Agar fueron cosas

positivas. Se acercó a ella con amor y compasión, y no con juicio. Aunque Él confortaba a Agar con palabras alentadoras, debemos tomar muy en cuenta lo que le dijo, ya que, «las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» (Ro. 15.4; cf. 1 Co. 10.11). Agar es un buen ejemplo del increíble amor de Dios por los seres humanos.

La gran mayoría de los eruditos bíblicos del mundo occidental, sin saberlo, han humillado y envilecido al mundo árabe, apelando a Génesis 16.12. Casi no pasa un día en Occidente sin que alguien proclame que Ismael fue «un asno salido de un hombre», y que su descendencia heredó su temperamento y características animales. Este tipo de caracterización no beneficia a nadie. Tan sólo reafirma el prejuicio y la ignorancia que se tiene con respecto al mundo árabe y oscurece el hecho de que Dios quería que Ismael se convirtiera en «una gran nación» (Gn. 17.20; cf. 21.18).

Cuando el Señor dijo que Ismael sería «un hombre fiero», creo que la intención era prepararlo y darle resistencia para la dura vida en el desierto. Recordemos que Dios hizo cinco promesas a Agar, y ninguna de ellas fue negativa. Dios quería que Ismael se convirtiera en el príncipe del desierto, fuerte e insensible al clima extremo de esa región, extravagante, hombre de iniciativas, brioso, vigoroso y con un ilimitado amor por la libertad, mientras cabalgaba su camello o caballo, deleitándose en las cosas bellas de la naturaleza. Estas características tan distinguidas han sido pasadas a sus descendientes.

Jamás dijo Dios que Ismael sería un «asno salido de un hombre», como dicen los comentaristas que tradujeron «hombre fiero». Esta descripción de Ismael connota una revolucionaria y fugaz caracterización de él y de sus descendientes. Por medio de

ella, los comentarios han logrado convencer al público de que los árabes son exactamente lo que Dios quiso que fuesen: bárbaros.

La palabra hebrea que se traduce como «asno salvaje» es *pere*. Históricamente esta palabra designaba al que tenía un espíritu libre y desenvuelto. *Pere* no fue usada con el propósito de significar salvajismo o indomabilidad como se entiende comúnmente en estos tiempos.

Así como cualquier otra persona, Ismael fue creado a la imagen y semejanza de Dios (Gn. 1.26). Pero Ismael también fue un tipo de la carne (Gá. 4.23). Tanto un símbolo como un tipo, son hechos históricos que ejemplifican una verdad espiritual. Desarrollaré este tema cuando hablemos de la expulsión de Agar del hogar de Abraham en Gálatas 4.30.

«Su mano será contra todos y la mano de todos contra él; y delante de todos sus hermanos habitará» (Gn. 16.12). Esta promesa enfatiza la libre y desenvuelta vida de Ismael y sus descendientes en el desierto. La historia da testimonio de que ninguna nación ha logrado subyugar a los árabes, mucho menos desterrarlos de su territorio bíblicamente establecido. Ismael vivió «y murió en presencia de todos sus hermanos» (Gn. 25.18).

La mejor forma de tratar con el hombre carnal, es imitar el trato que Dios tuvo con Agar.

«Entonces llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres el Dios que me ve [El Roi]» (Gn. 16.13). Agar quedó cautivada y se llenó de gozo cuando se dio cuenta de que estaba en la misma presencia del Dios Todopoderoso, sin temor ni temblor. Ella declara en el mismo versículo: «¿No he visto también aquí al que me ve?» Nadie tiene la capacidad de describir los sentimientos de Agar en ese preciso momento. Me he referido a ella de la manera adecuada, puesto que Dios mismo la llamó así (Gn. 16.8). No sólo Dios la llamó por su nombre y le habló, sino que

ella lo vio y habló con Él cara a cara. Esto es suficiente prueba de que fue Jehová mismo quien se presentó ante Agar.

La crianza de Ismael

«Agar dio a luz un hijo a Abram, y llamó Abram el nombre del hijo que le dio Agar, Ismael» (Gn. 16.15).

Abraham esperaba el nacimiento de su hijo con gran emoción, ya que Agar le había contado todo lo que había hablado con el Señor. Lo sabemos porque Dios le había mandado: «Le pondrás por nombre Ismael», y no fue ella quien lo nombró, sino Abraham. Tenía Abraham ochenta y seis años cuando nació su hijo (Gn. 16.16). Ismael fue la primera persona a la que Dios mismo puso nombre. Verdaderamente, Abraham creyó que él era el hijo de la promesa, el que se convertiría en el heredero de su casa (Gn. 15.4).

Imagínese cómo se habrá sentido Abraham al oír el llanto del recién nacido, y qué orgulloso estaba de ser padre. La noticia se esparció como relámpago en toda la región: Ismael había nacido. Los siervos de Abraham celebraron con cánticos y danzas; Abraham hizo una gran fiesta, de acuerdo con las costumbres de la época. Una buena cantidad de corderos fueron sacrificados y asados, y todos los presentes fueron tratados con esplendor. La obsesión y pasión de Abraham por ser hospitalario fue transmitida a Ismael y su descendencia.

Durante los primeros trece años en la formación de Ismael, sus padres le enseñaron a temer y obedecer al Señor. Su padre lo adiestró en valentía, hospitalidad, honestidad, generosidad, cortesía y lealtad. Lo más probable es que lo haya mimado y le haya concedido todo deseo y antojo.

Ismael creció en una atmósfera de libertad en el desierto. Se hizo amigo de los robustos nómadas que apacentaban los rebaños de su padre, quienes lo miraban con una mezcla de senti-

mientos de orgullo y afecto, por ser el hijo y heredero de su señor. Ismael fue conocido por su cortesía y se estableció como el príncipe de los nómadas que servían a su padre, y que ahora le servían a él también. Aparentemente Abraham mismo preparó a Ismael para el liderazgo y alentó a sus siervos a que lo honraran.

De esa forma, Ismael resultó ser un verdadero príncipe del desierto y fue acostumbrado desde niño no sólo al lujo, sino también a la ruda vida de esa región, tal como lo evidencian las contiendas que se daban entre los siervos de su padre y las esporádicas caravanas de saqueadores (Gn. 14.14). Estos eventos ayudaron a formar el envidiable estilo de vida de Ismael.

Un golpe inesperado

Dios se volvió a aparecer a Abraham cuando era «de edad de noventa y nueve años» (Gn. 17.1). Trece años habían pasado desde el nacimiento de Ismael. El niño había nacido en Mamre, cerca de Hebrón, en Canaán, donde Abraham moraba en ese entonces (Gn. 18.1; cf. 23.19). Evidentemente, Abraham estaba muy apegado a su primer hijo, y al parecer lo estimaba como el único heredero de su casa.

Justo cuando todo iba de maravilla entre padre e hijo, Dios se aparece a Abraham diciendo: «Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él» (Gn. 17.19; cf. Gá. 3.29). Esta es la primera vez que se nombra a Isaac en el libro de Génesis.

Abraham tenía casi cien años de edad cuando Dios estableció este importante pacto con él. No estaba preparado para asimilar tan impactante anuncio, sobre todo porque ya había llegado a ver en Ismael al heredero prometido (Gn. 15.4). Quedó sobrecogido de una gran preocupación y tristeza cuando se dio cuenta de que Dios había desestimado a Ismael. No sabía que Dios iba a bende-

cir tanto a Ismael como a Isaac y que los usaría según su soberana voluntad y buen propósito (Ap. 4.11).

El inesperado anuncio lo sacudió. Se postró sobre su rostro, como solía hacer cuando hablaba con Dios, e intercedió por su hijo amado. Dijo al Señor: «Ojalá Ismael viva delante de ti» (Gn. 17.18). Nadie sabe realmente por cuánto tiempo Abraham agonizó en clamor por su único hijo. Muchos nos podemos identificar con el conflicto de fe que él tuvo pero, aun así, no podemos entender por qué Dios permite que sus siervos sufran con las más penosas circunstancias.

Creo que a Dios le gusta probar nuestra fe para que desarrollemos nuestro crecimiento espiritual. Después de ser probado, el creyente es más fuerte y maduro en la fe y está listo para afrontar nuevos desafíos. El sufrimiento puede bien compararse con el fuego. El fuego cumple dos funciones específicas: destruye y purifica. El sufrimiento arranca impurezas en el creyente, purifica su carácter y lo confirma como hijo de Dios (He. 12.7). A través del sufrimiento, nos damos cuenta de que Dios tiene el control total de nuestras vidas, y sin él nada podemos hacer (Jn. 15.5).

Dios mandó a Abraham que sellara el pacto con sangre, con la señal de la circuncisión. Abraham «recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso, para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia» (Ro. 4.11). La circuncisión era una figura de la redentora sangre de Cristo, ya que «casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (He. 9.22). Pablo aclara este asunto al afirmar que un verdadero creyente es aquel que ha sido circuncidado espiritualmente. En otras palabras, la circuncisión en la carne no salva a nadie, pero «la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios» (Ro. 2.29).

Abraham, Ismael y «todo varón... de la casa de Abraham» fueron circuncidados (Gn. 17.23).

El rito de la circuncisión no era algo privado de Abraham y su gente. Se practicaba tanto en Canaán como en otras partes del mundo. Dios quería sellar el pacto (el arreglo) entre Él y Abraham con sangre, lo cual es un símbolo de que «estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira» (Ro. 5.9). Recuerden que la salvación de Abraham ocurrió mucho antes de que el pacto de la circuncisión fuera establecido. La circuncisión no era más que una señal de una perpetua e íntima relación con Jehová. Abraham e Ismael fueron los primeros hombres en practicar este rito a modo de confirmar su fe en la salvación.

Dios había predeterminado usar a Ismael en un rol histórico, y a Isaac en un rol profético. Los dos eran amados tanto por Dios como por Abraham, pero habían sido llamados a diferentes funciones dentro del cumplimiento del pacto abrahámico. Tomando en cuenta que este libro pretende contar la olvidada historia sobre el amor de Dios por Ismael y su descendencia, no expondré sobre el rol profético de Isaac. Gran cantidad de libros y comentarios han exaltado a Isaac y despreciado a Ismael, y no han logrado presentar una visión equilibrada del indiscriminado amor de Dios por los dos hijos de Abraham. Tal desequilibrada presentación ha dado lugar a la propagación de un evangelio racista y a la promulgación de una teología política.

Esta fue la primera dura prueba para Ismael, pero no la última. Cuando su padre le transmitió la chocante y desalentadora noticia, el semblante de Ismael quedó marcado por un sentimiento de turbación, y se enojó y se deprimió profundamente. Cualquiera persona en su situación hubiera actuado de la misma manera, con enfado e indignación. Su enojo era consecuencia de su incapaci-

dad para comprender cómo su amado y honrado padre podía privarlo de su derecho legal a la herencia.

Yo supongo que cada uno de los actores humanos de este apasionante drama estaban muy preocupados por sus propios intereses y preservación. Este es un patrón común de comportamiento. La gente actúa y reacciona según sus deseos y anhelos, sin prestar mucha atención al maravilloso plan de Dios para sus vidas.

Me parece ver a Ismael montando su caballo árabe favorito sin silla de montar. Uno puede asumir que adquirió este hábito desde su niñez. Había sido entrenado para correr con el viento del desierto, en procura de gacelas, antílopes u otros animales del lugar. Pero esta vez se encontraba en busca de paz en medio de la quietud del desierto, para poder meditar en su aparente desgracia. Poco o nada sospechaba que Dios estaba planeando bendecirlo en gran medida. Ismael es un tipo de la carne (Gá. 4.23-24), y por eso nos podemos identificar con sus emociones e impetuosidad humanas.

Mientras la joven mente de Ismael intentaba resolver su problema, y mientras sus padres oraban por él, Dios intervino repentinamente y dijo a Abraham: «Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera; doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación» (Gn. 17.20).

Me convertí a la fe en Cristo el 11 de septiembre de 1955, desde la religión drusa, un rama mística de la secta chiíta del islam. Mi conversión tuvo lugar cerca de Princeton, Nueva Jersey. Desde ese momento hasta ahora, nunca he escuchado un sermón, ni leído un solo libro en el que se hable acerca de Ismael transformado en una gran nación. Al parecer, los eruditos bíblicos occidentales han estimado en menos la promesa dada a Ismael y su descendencia. Me resulta desconcertante ver cómo estos comentaristas y predicadores pudieron justificar sus condicionados pre-

juicios, distorsionando la verdad y guiando erróneamente al público a creer que Dios favoreció más a Isaac y su descendencia que a Ismael y la suya. No hay duda de que tal enseñanza bíblica está «invalidando la palabra de Dios» con la interpretación que se ha transmitido (Mr. 7.13).

Recordemos que Dios creó tanto a Ismael como a Isaac. Los amó de la misma manera. Les dio salvación eterna a ambos, pero a cada uno escogió para que jugaran un papel diferente, según su soberano plan para la raza humana.

Sin duda, cuando el Señor abrió el corazón de Abraham para oír lo que le había hablado respecto a los roles tanto de Ismael como de Isaac (Gn. 17.19-21), él se dio cuenta de que su hijo, aún no nacido, había sido proféticamente escogido como un vaso para que la simiente prometida, «la cual es Cristo», viniera a redimirnos de la maldición de la ley (Gá. 3.16). E Ismael fue escogido históricamente como vasija para el cumplimiento del propósito divino en cuanto a los árabes (Gn. 16.10; 17.20; 21.13, 18).

El plan de Dios para todos en el mundo es: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra» (Gn. 1.28; 9.1, 7; 10.32). Está enfáticamente claro que Dios ama a la humanidad, y que Él no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3.9; cf. Hch. 17.26-31).

De esta forma, Abraham entendió el balance entre profecía y salvación. Indudablemente llegó a la conclusión de que la salvación es mucho más importante que la profecía. De hecho, la salvación es la doctrina más importante en la Biblia. Aun así, para que la salvación pueda efectuarse, es necesario que la profecía se cumpla de antemano, el Redentor debe venir. Esta profecía en particular ya ha sido cumplida.

Después de este feliz discernimiento, Abraham estaba listo para recibir a su iracundo hijo con una extraordinaria bienvenida. Estaba ansioso de que Ismael volviera del desierto para compar-

tir con él tan buenas noticias. Probablemente Abraham estaba sentado a la puerta de su tienda, a la frescura del día, cuando vio a su desanimado hijo viniendo en su caballo desde una gran distancia. De inmediato, Ismael viró su corcel hacia la tienda de su padre, con un semblante deprimido.

El campamento se llenó de entusiasmo y de gran expectación cuando Ismael cayó sobre los brazos de su padre. Se lo veía desfalleciente y hambriento. Su padre lo llenó de abrazos y besos y lo llevó dentro de la tienda, donde se hallaban su madre y Sara esperando para darle una bienvenida. Aparentemente, Sara amaba a Ismael y lo consideraba como su heredero legal, a pesar de que pronto ella tendría su propio hijo. Agar había preparado un cordero asado y carne de venado con un delicioso pan casero. Ella coció el trigo y la cebada amasándola hasta que estuviese lo suficientemente delgada. Luego la pegó a un costado del horno, donde se coció en cuestión de segundos. Después de tan rica comida, Ismael estaba listo para escuchar todo lo que su padre tenía que decirle.

Mientras Ismael escuchaba con gran interés el reciente encuentro de su padre con Dios y mientras entendía lo que se había dicho acerca de Isaac y de él, su corazón se llenó de gozo y orgullo. Sin duda, esperaba la llegada de un hermano menor, con el cual pudiera jugar y compartir, además de enseñarle todo lo que él sabía hacer.

Quienes han sido bendecidos con más de un hijo, saben que el mayor tiene cierta influencia sobre el menor, sea ésta mala o buena. Ismael había sido dotado de muy buenas cualidades y había heredado algunas de las características genéticas y culturales de sus padres, las cuales eran de admirar. Tanto Abraham como su gente vaticinaban un armónico futuro para Ismael e Isaac, creyendo que la primogenitura de Ismael le concedería el privilegio de ser el heredero legal de la casa de su padre.

Unos meses antes de que naciera Isaac, Dios se apareció a Abraham y le anunció su determinación de destruir Sodoma y Gomorra, ya que la maldad en ellas se había «agravado en extremo» (Gn. 18.20). El gran pecado de estas dos ciudades era la homosexualidad. Las Escrituras advierten que el Dios Todopoderoso traerá gran juicio y condena contra todo aquel que se vea envuelto en ella (Gn. 19).

Lo que debe llamarnos la atención es que al parecer Ismael vio al mismo Ángel de luz que había hablado cara a cara con su madre y que ahora visitaba a su padre. El joven muchacho ayudó a su padre y a Sara a preparar y servir la comida y refrigerio al Señor y los dos ángeles (Gn. 18.1-8). Más aún, creo que vio las ardientes llamas y el humo subir de las pecaminosas ciudades, ya que Sodoma y Gomorra se hallaban a no más de veintinueve kilómetros de la casa de su padre en Mamre (Hebrón). El joven Ismael había visto a Dios y sus maravillas, las cuales ayudaron a formar su carácter. Así mismo, había aprendido a obedecer y a confiar absolutamente en Él. Ya estaba listo para afrontar los retos de la vida.

Cuando todo estuvo visto y dicho, y la polvareda parecía haberse aplacado, Sara dio a luz a Isaac, lo que quiere decir: «risa». Su alegría era enorme al tener al bebé en sus brazos y amamantarlo a su ya avanzada edad. Tenía noventa y nueve años, sólo diez años menos que su esposo. Abraham tuvo el privilegio de circuncidar «a su hijo Isaac a los ocho días» (Gn. 21.4). Cuando Isaac creció, Sara lo destetó y, como se acostumbraba en la época, «ofreció Abraham un gran banquete el día que fue destetado Isaac» (Gn. 21.8).

Nadie puede en verdad entender los procesos mentales inconscientes de otra persona, tan sólo puede comprender exclusivamente los propios. La mente humana y las emociones son un sistema sumamente dinámico y complejo. En cuanto al compor-

tamiento, normalmente las personas escogen seguir los pasos que sus padres programaron en sus cerebros durante la niñez. Al parecer, Sara no había olvidado cómo una mujer estéril queda estigmatizada por la vergüenza y la falta de respeto. Ahora, con el nacimiento de su hijo Isaac, los aletargados sentimientos carnales de celos y resentimiento en contra de Agar, revivieron.

No se registra en el Antiguo Testamento ninguna situación en que Ismael haya perseguido a Isaac. Tampoco se necesita de una prolífica imaginación para ver a Sara cavilando sobre recuerdos del involucramiento romántico de Agar con Abraham. Cualquier mujer de carácter moral, en la misma situación, hubiera internalizado algún tipo de resentimiento en contra de Agar. Consecuentemente, Sara se había visto forzada a reprimir sus sentimientos y superar su ira por más de diez y seis años, sometiéndose, de muy mala gana, a una sujeción mental y emocional.

Probablemente Isaac tenía tres años cuando fue destetado. Durante la fiesta, la furia de Sara se encendió cuando Ismael se «burló» de Isaac. Según la *Concordancia Analítica de la Biblia de Young*, la palabra hebrea para «burla» o «burlarse», es *tsachaq* lo que quiere decir: «jugar con». *Tsachaq* es una forma intensiva de la palabra hebrea de la cual proviene el nombre de Isaac. Parafraseando el *Comentario Bíblico Wycliffe*, dice que Ismael no estaba mofándose o persiguiendo a Isaac, sino que tan sólo jugaba con su hermano menor. Cuando el apóstol Pablo sugirió que Ismael «perseguía» a Isaac, lo hizo desde el punto de vista de Sara, para probar su argumento de que la salvación se recibe sólo por la fe. Estaba haciendo uso de un hecho histórico para ilustrar una verdad espiritual.

A medida que nos acercamos al meollo de este capítulo, llegamos al pasaje bíblico que ha sido más tergiversado y abusado en contra de los árabes y musulmanes. Durante mi tiempo en el seminario, fui condicionado a creer que Dios había favorecido a

Isaac por encima de Ismael en todas las formas posibles. Para probar tal argumento se citaba la alegoría contenida en Gálatas 4.21-31. Yo creía en esto como en una verdad porque se me había enseñado que Agar e Ismael fueron sacados de la casa de Abraham por Dios mismo, cuando dijo: «Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre» (Gá. 4.30).

Yo estaba totalmente convencido de que Dios mismo había desechado a Agar y a Ismael por ser inferiores a los escogidos, Sara e Isaac. Es exactamente de esta forma en que los cristianos en Occidente ven tanto a los árabes como a los judíos, teológica y radicalmente. No los han visto de la misma forma en que el Señor y Salvador, Jesucristo, los ve. Aun Pedro, el hebreo, dijo que Dios no es parcial «sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (Hch. 10.35).

La razón por la cual esta ampliamente aceptada interpretación mística de Gálatas 4.30 parece creíble, es que el apóstol Pablo escribía bajo la supervisión del Espíritu Santo y no de su «interpretación privada» (2 P. 1.20-21). Personalmente, creo en la inspiración plenaria y en la inerrancia de la Biblia, pero tal razonamiento arbitrario y la enseñanza acerca de que Dios mismo ordenó la expulsión de una madre con su hijo, están totalmente fuera de contexto y son completamente erróneos.

En la práctica, Dios jamás dijo que Ismael y su madre debían ser echados de la casa de Abraham; fue Sara quien lo hizo. Sólo Dios sabía el verdadero motivo por el cual Sara le había dicho a su esposo: «Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac, mi hijo» (Gn. 21.10). A través de esta dura petición se percibe un espíritu de amargura y enojo. Anteriormente, Sara había sufrido mucho al sentir celos de la juventud, belleza y fertilidad de Agar. Y a pesar de haber amado a Ismael como a su propio hijo en el pasado, no podía permitir más

que éste siguiera siendo el heredero legal de la casa. Temía que Abraham diera la herencia a su hijo mayor. Una vez más, se puso histérica e insistió en la expulsión de Agar y su hijo.

Existe una creencia general entre los cristianos con respecto a Agar: ya que la Biblia es un libro inspirado y, por lo tanto, inerrante, y siendo que el apóstol Pablo escribió exactamente lo que Dios quería que escribiese, entonces Dios mismo ordenó la expulsión de la «esclava y a su hijo» (Gá. 4.30). Es cierto, la Biblia no tiene errores, pero no todo lo que se consigna en ella fue dicho por Dios mismo. Inerrante quiere decir que todo lo que fue escrito por los inspirados escritores de los sesenta y seis libros, está libre de error, de principio a fin, en los manuscritos originales.

Hay varios acontecimientos en la Biblia que fueron llevados a cabo por agentes humanos y no por Dios propiamente. En ese sentido, todo lo que está registrado en la Biblia es inerrante. Así que Dios no inspiró a Sara para que castigara a Agar y a su hijo, pero sí inspiró a Moisés y Pablo para que registraran la historia sin error. Dios no inspiró a Satanás para que dijera lo que dijo, pero inspiró a los escritores para que registraran, sin error, todos los hechos y palabras de Satanás. Dios no inspiró al rey David para matar a Urías y casarse con su mujer, Betsabé, pero inspiró a los escritores de 2 Samuel para que registrasen la historia sin error.

Existen en la Biblia muchos ejemplos en los que vemos a la gente actuar conforme a sus deseos, así como lo hizo Sara, y sus acciones y palabras fueron archivadas sin error. Esto es lo que se conoce como inerrancia.

Varios de mis amigos cristianos me han dicho que ellos creen en la Biblia de tapa a tapa. Yo siempre les digo que me alegra ver su inflexible fe en Cristo y su Palabra, pero deberían asegurarse de conocer y entender lo que realmente sucedió entre esas dos tapas.

Es muy interesante la forma en que Pablo utiliza a Agar en su alegoría, con el fin de enfatizar la tradicionalmente aceptada creencia de que ella era inferior a Sara. El uso de Agar como inferior a Sara es una tradición judía ya establecida, no sólo en la literatura rabínica, sino también en cantidad de otras publicaciones. Se la presenta como la esclava que sirve a su ama o como la hija del faraón dada como una esclava a Sara; de esa forma Agar y su descendencia son vistas como una representación de una clase baja y de servicio, la cual es inferior a la descendencia de Sara.

Por consiguiente, para muchos la petición de Sara, de expulsar a Agar e Ismael, se ha convertido en una verdad de los evangelios y hasta en una orden divina. Éste fue y sigue siendo el argumento de muchos predicadores y otras personas, y se torna en la principal preocupación de la teología política occidental, la cual tiene que demostrar la superioridad de Sara por encima de Agar y el valor de Isaac por sobre el de Ismael.

Sin embargo, para poder interpretar Gálatas 4.21-31, necesitamos estudiar a fondo y con mucha oración Génesis 16 al 21, a fin de conocer la verdadera versión de la historia de Sara y Agar. Como lo dije anteriormente en este estudio, la figura de Agar e Ismael en Génesis es muy diferente de la que se presenta en la alegoría de Gálatas.

La historia de Agar es emocionante: anuncia el comienzo de la historia de Jacob en el desierto, porque él no tuvo adónde ir ni a quién recurrir hasta que Dios se reveló a él y transformó su vida. La diferencia entre estas dos historias es que la de Agar es acerca del sufrimiento humano y la esclavitud. Dios la utilizó para enseñarnos que sólo a través de Cristo podemos librarnos de la esclavitud y del sufrimiento eterno. Dios se reveló a Agar, así como a Jacob, y la liberó de la esclavitud humana, pero no del sufrimiento terrenal (Gá. 3.28).

No olvidemos que Sara amó a Ismael como a su propio hijo

antes del nacimiento de Isaac. El cambio de actitud en Sara se debió a la íntima relación que había entre Abraham y Agar, unida a la determinación de Ismael por proclamar su derecho legal a la herencia.

Agar, finalmente libre

Pronto veremos cómo la historia de la salida de Agar y su viaje por el desierto, se convierte en uno de los más hermosos y emocionantes ejemplos del amor patriarcal de Dios.

En *Antigüedades judaicas*, Flavio Josefo hizo el siguiente comentario:

En cuanto a Sara, ella al principio amó a Ismael, el cual era nacido de su sirvienta Agar, con un afecto como a su propio hijo, ya que él había sido dado para gobernar la casa; pero cuando nació Isaac, no deseaba que Ismael gobernara con él [...] Por esa razón persuadió a Abraham de que enviara a Ismael y su madre a un distante país.³⁰

Pablo citó a Sara en la alegoría de Gálatas 4.30 sin estar de acuerdo con su egoísta y dura motivación, para corroborar que lo que hace Cristo es mucho más grandioso que lo concerniente a la ley. Y lo hizo mencionando a Sara y Agar, con el fin de que, con esa comparación, su idea quedara clara.

Las alegorías no deben interpretarse literalmente. El diccionario define alegoría como un tratamiento figurativo de un asunto bajo la apariencia de otro. En otras palabras, una alegoría es una narración simbólica de un hecho histórico, con el fin de ilustrar una verdad espiritual. En estos términos es que Pablo usó la historia de Isaac e Ismael, Agar y Sara, para sustentar su argumento en cuanto al fanatismo religioso de los judíos, en oposición a la libertad del nuevo pacto de gracia impuesto por nuestro Señor Jesucristo.

Richard Longenecker escribió en su *Hermenéutica paulina* un comentario del polémico pasaje de Gálatas 4.21-31, y conclu-

ye diciendo que éste es «una representación altamente alegórica de la historia del Antiguo Testamento».³¹ Según él, en este caso Pablo «definitivamente va más allá del sentido primario y literal de la narración, con el fin de resaltar significados ocultos y simbólicos en las palabras».³²

Con respecto a la incesante demanda de Sara por expulsar a Ismael y Agar de la morada de Abraham, sus palabras le parecieron muy graves al patriarca, por tratarse de su hijo (Gn. 21.11). El duro trato a Ismael era muy doloroso para su padre. El maltrato de Sara a Agar ha sido, desde el principio, una clara señal de su temperamento colérico. Una persona colérica gusta de controlar y manipular a otras personas. En cambio, el temperamento de Abraham era absolutamente flemático, porque se preocupaba por complacer a otros y era capaz de resistir las pruebas paciente y prudentemente.

Cuando enseño este tema en un seminario, por lo general alguien me pregunta: «¿No estaba Dios de acuerdo con Sara concerniente a la expulsión de Agar e Ismael?» Para sostener su argumento apelan a Génesis 21.12, donde Dios le dice a Abraham, «No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia».

Usualmente yo respondo preguntándoles a mi vez, si realmente creen que Dios estaría de acuerdo con el motivo egoísta de Sara y con su deseo pecaminoso de expulsar a Agar y a su hijo, y privar a Ismael, en forma codiciosa, de su derecho legal a la herencia. La respuesta con la que me topo regularmente es un enfático: ¡No!, mientras en otras ocasiones algunos discuten conmigo desde un punto de vista subjetivo, que viene de su persuasión teológica preconcebida.

Luego me preguntan: «Si Dios no estaba de acuerdo con Sara, ¿entonces por qué le dijo a Abraham que escuchara en todo a su

esposa?». Respondo que Dios es un pacificador; Él quería que las dos madres y sus hijos tuvieran la oportunidad de vivir independientemente los unos de los otros, con el propósito de cumplir su ya establecido y soberano plan para las dos razas semitas. Debido a que Ismael era lo suficientemente grande como para enfrentar los desafíos de la vida, con la ayuda de Dios y la de su madre, Dios estaba listo para llevarlo al desierto y allí prepararlo para su papel en la historia.

A pesar de que Abraham había sido probado anteriormente, esta situación le resultaba insoportable, ya que amaba a Ismael de manera profunda. Es muy complicado imaginarse las escenas tanto dentro de la tienda como fuera de ella, así como describir el ambiente pesado que se vivió el día anterior a la salida de Ismael. Yo creo que tanto Agar como su hijo estaban bajo el cuidado de Dios cuando «Abraham se levantó muy de mañana, y tomó pan, y un odre de agua, y lo dio a Agar [...] le entregó el muchacho y la despidió. Ella salió y anduvo errante por el desierto de Beerseba» (Gn. 21.14).

Abraham fue consolado por Dios al momento en que le dijo que dejara ir a Agar e Ismael, asegurándole que cada uno de sus hijos tendría un lugar importante en la vida. Ambos serían padres de naciones, pero sólo «en Isaac te será llamada descendencia», la simiente prometida (Gn. 21.12; Gá. 3.16).

Ya en ocasiones anteriores Abraham había experimentado el cuidado de Dios. Sabía que Agar e Ismael serían protegidos y provistos en todo por Él en el desierto. Creo que esa fe fue la que le impulsó a darles sólo un poco de pan y un cuero con agua, para mandarlos hacia Beerseba. Este lugar llamado Beerseba se hallaba en la frontera con Egipto, como a unos ochenta kilómetros al sur de Jerusalén y a más de cuarenta de Hebrón.

He quedado fascinado con Agar, ya que a medida que profundizo en el conocimiento de su estilo de vida, puedo ver que brilla

como un verdadero ejemplo de sumisión a la autoridad, de fe, de resistencia, tenacidad y amor maternal. La estimulante y provocativa historia de Agar nos obliga a pensar en aquellos miles en todo el mundo que sufren en manos de individuos crueles y egoístas. Dios se preocupa por ellos, desea que le lleguen a conocer, así como lo hizo Agar. En relación a este tema, Donald Grey Barnhouse escribió: «Podemos ver aquí que Dios está atento a lo que pasa y que es de vital importancia para él todo lo que le sucede a una de sus criaturas».³³

Agar y su joven hijo fueron vencidos por la fatiga y el calor en medio de esa árida región. Ella se alejó un poco, con tal de no ver el dolor de Ismael y su posible muerte. Entonces hizo lo que cualquier madre hubiese hecho en la misma situación: «Alzó su voz y lloró» (Gn. 21.16). Lloró con amargura y con fuerza, no sólo por la mala condición en que estaba su hijo, sino también por ella misma. No, para ella no era el momento más propicio para recordar la promesas que Dios le había hecho, no cuando ella y su hijo estaban muriendo de hambre.

Cuando en la mente de Agar todo parecía perdido, el Ángel de Dios habló con ella una vez más: «¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está. Levántate, alza al muchacho y sostenlo con tu mano, porque yo haré de él una gran nación» (Gn. 21.17-18). Anteriormente, Dios había rescatado a Agar de una situación similar, y ahora la llamaba desde el cielo para fortalecerla y asegurarle la inmutabilidad de las promesas que le había dado, tanto a ella como a Abraham, acerca de su hijo (Gn. 16.10; 17.20; 21.13).

Dios se apareció a Agar y no a Sara, puesto que Agar era esclava y fugitiva. Creo que Dios lo hizo así para mostrarnos que tiene un interés muy especial por tales personas. Está claro que también se interesa por gente de todas las condiciones sociales,

pero dado que los pobres y los abandonados son maltratados en esta vida, Dios tiene un trato muy especial para con ellos.

Ismael y su madre clamaron a su Dios en desesperación, y cuando lo hicieron, se dieron cuenta de que no estaba tan lejos de ellos (Hch. 17.27). Ese fue el método de Dios para la liberación. Dios rescata a quienes claman fervientemente y lo buscan con todo su corazón (Jer. 29.13). El inspirado rey David escribió: «Este pobre clamó, y lo oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias» (Sal. 34.6). El problema es que muchas personas prefieren seguir en su miseria, en vez de clamar a Dios por ayuda. Aun el rey David clamó a Dios con toda humildad: «Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores» (Sal. 34.4).

El Ángel del Señor, o Ángel de Dios, quien habló dos veces con Agar, no es sino una preencarnación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad. El hecho de que la palabra *ángel* signifique «mensajero», no quiere decir que se trate de un ser espiritual creado. H. C. Leupold, en su *Explicación del Génesis*, escribe:

El Ángel del Señor no es un ser creado, sino el mismo ser divino:

1. Específicamente se identifica Él mismo como Yahvé en varias ocasiones.
2. Aquellos ante quienes Él se presenta, lo reconocen como un ser divino.
3. Los escritores bíblicos lo llaman Yahvé.
4. La doctrina aquí implicada, de una pluralidad de personas en la divinidad, está en total acuerdo con lo dicho previamente al respecto.
5. La unidad orgánica de las Escrituras se rompería si se llegara a comprobar que el punto central de la revelación del Antiguo Testamento fue un ángel creado, y en el Nuevo Testamento fue la encarnación de Dios en hombre.³⁴

Uno de los primeros padres de la iglesia declaró: «Cualquiera que quiera comprender la Trinidad, de seguro perderá su mente;

así también, cualquiera que niegue la Trinidad, de seguro perderá su alma». Esta es una declaración basada en la verdad, puesto que nadie puede entender por completo todo lo que la Biblia enseña. Hay tantas verdades en la Biblia que debemos aprender, las cuales deben llenar nuestro ser con tal de alcanzar madurez en la fe y así caminar con Dios en espíritu de obediencia, así como Abraham y Agar lo hicieron.

Cuando Agar huyó por primera vez de Sara, se le ordenó que volviera. Dios quería que Ismael creciera en un hogar temeroso de Dios, hasta que fuera lo suficientemente grande como para separarlo de Isaac. Esta conjetura armoniza de forma perfecta con el carácter y naturaleza santa del Todopoderoso y con la historia de Agar e Ismael, mucho más que cualquier otra interpretación anteriormente publicada.

Agar e Ismael fueron bendecidos con abundancia de agua fresca en medio del desierto, símbolo de un nuevo comienzo, un nuevo capítulo en la vida. Así, «su madre tomó para él mujer de la tierra de Egipto» (Gn. 21.21). Es interesante notar que los dos hijos de José, Manasés y Efraín, también nacieron en Egipto, de una madre egipcia.

Estoy seguro de que antes de morir, Abraham fue visitado por Ismael en varias ocasiones, y aparentemente no se menciona ningún tipo de problema con Isaac. Por tanto, cuando murió su padre, «lo sepultaron Isaac e Ismael sus hijos en la cueva de Macpela» (Gn. 25.9). Esa debió ser una emocionante escena, digna de ser vista. Isaac y su gente lado a lado con Ismael y su grupo de seguidores y aliados.

Probablemente, antes de la muerte de su padre, Ismael fue llamado al lecho donde éste yacía, debido a la buena relación que se había mantenido entre Isaac y él. Aparentemente Dios había bendecido a Ismael con muchas más riquezas y tierras de las que su padre podría haberle dado, puesto que «Dios estaba con el mu-

chacho», tanto antes como después de que fuera desheredado, y Él estaba dispuesto a convertirlo en «una gran nación» (Gn. 21.18-21).

«Los ojos de Jehová, que recorren toda la tierra» (Zac. 4.10) están buscando personas dispuestas a someter y rendir totalmente su orgullo étnico y prejuicios al reformador poder del Espíritu Santo. Creo que entonces, y sólo entonces, el Espíritu Santo podrá arrasar las naciones con poder sobrenatural, convenciendo y redarguyendo a los pecadores de su depravación. Sin embargo, mientras la mayoría de los teleevangelistas y maestros bíblicos continúen propagando una teología política y racial, una multitud de árabes y otros grupos no podrán experimentar el amor de Dios de la manera como Agar e Ismael lo hicieron.

5

El nacimiento de una gran nación

NO TENGO la menor duda de que la promesa hecha a Abraham y a Agar con respecto a Ismael convertido en «una gran nación», se cumplió en su mayor parte con la histórica era de oro del islam. Según mi entendimiento de la Palabra, Dios escoge a individuos y naciones en tres formas diferentes:

1. Escoge individuos y naciones para cumplir Su soberano plan profético.
2. Escoge individuos y naciones para que desarrollen determinadas funciones en la historia.
3. Escoge únicamente a individuos para que puedan ser justificados sólo por la fe, para ser librados del castigo que conlleva el pecado de no creer (Jn. 1.29). El más importante de estos tres es el último, principalmente porque está íntimamente ligado con la gracia y la misericordia de Dios en relación con la salvación eterna.

De acuerdo con el profeta Daniel y el apóstol Juan: «El Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da», y «él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?» (Dn. 4.17, 35). En otras palabras, Dios es soberano, gobierna todo el universo con su increíble poder y sabiduría. Ha elegido personas de todo tipo de trasfondo y «ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso [...] hasta que se cumplan las palabras de Dios» (Ap. 17.17). Teniendo todo esto en mente, veamos cómo y por qué Dios permitió el surgimiento del islam y dio a los árabes tanta riqueza material.

Permítanme recordar al lector que el propósito de este libro es, inicialmente, iluminar el entendimiento occidental acerca de los árabes y su contribución histórica, desde un punto de acercamiento positivo, con el fin de borrar algunas de las concepciones negativas ya estandarizadas acerca de ellos.

El lector debe notar que estoy escribiendo subjetivamente. Se trata de una observación que estimo justa, puesto que el hombre siempre se ha visto condicionado por los aspectos religiosos, políticos y psicológicos de su herencia étnica. Estos aspectos moldean su actitud, forman sus respuestas y creencias y guían sus pensamientos y acciones. Es por eso que nadie puede verbalizar ni escribir en forma objetiva sin ser subjetivo. El doctor William Sanford LaSor, dice en su prefacio a la obra de Josefo: «Con merecida justicia debemos agregar que también Josefo era judío, y dudaba en escribir honrando a sus compatriotas y defendiendo el judaísmo».³⁵

Una breve introducción al islam

La proclamación del islam como religión universal se debe a su llamativa simplicidad y sentido práctico. Desde sus inicios, ha sido vigorosa y exitosamente misionero. Ha hecho exclusivas

proclamas de la verdad y ha aplicado sus principios a personas de todas las naciones y razas.

En árabe, la palabra *islam* denota «sumisión», específicamente a la voluntad de Alá. Alá significa «Dios» en árabe. Aunque el nombre de Agar no es mencionado en el Corán, la doctrina de sumisión total a Dios se puede rastrear hasta el encuentro de esta sierva con el Altísimo (Gn. 16.13). El islam enfatiza la unidad y soberanía de Alá. Sin embargo, puesto que Alá está lejos y es invisible, el hombre tan sólo se puede someter a su voluntad, pero no a su persona.

El islam es un estilo de vida con un conjunto claro de creencias interrelacionadas que distinguen cada aspecto de la conducta. A pesar de la división entre sus seguidores, el islam unifica a cada musulmán, y lo adhiere a otros a través de una fe común, uniéndolos alrededor de doctrinas y prácticas específicas.

El islam enseña que Mahoma es el último de los profetas de Dios, el mensajero que trajo la revelación final de Dios al mundo. Durante su ministerio, Mahoma unificó Arabia en sumisión a la voluntad de Alá. Su tesis acerca de la unidad de Dios, además de otras lógicas y prácticas enseñanzas, prepararon el terreno para la misión mundial musulmana.

El Corán es conocido entre los musulmanes como el libro que recoge las muy preciadas últimas palabras de Alá, reveladas a Mahoma en lengua arábiga a través del *ángel* Gabriel. El Corán tiene una extensión aproximada a los dos tercios de la del Nuevo Testamento. Está dividido en 114 suras (capítulos), y contiene exclusivamente las instrucciones dadas por Alá.

Por ejemplo, el Corán enseña que los seres humanos son absolutamente responsables delante de Alá por todo lo que hacen o dicen. La desobediencia puede ser perdonada a través de la confesión y oración directa a Alá, sin la intervención de intercesores.

Alá es el creador y sustentador de su creación, y es Él quien define lo que está bien o mal, según lo decreto.

El Corán es específico al decir que Dios no es una trinidad, sino uno solo. Cualquier pecado es insignificante comparado con la blasfemia de asociar a cualquier otra deidad con Alá. Por esta razón, no hay necesidad de la encarnación y la expiación de los pecados. Tan sólo la sumisión total a la voluntad de Alá es la norma que le da la seguridad de salvación eterna al musulmán.

El Corán enseña que Jesús (Isa) nació de una virgen llamada Mariam (María). Según el Corán, él no era más que un ser humano esclavo de Alá, un consolador de los creyentes, pero de ninguna manera era Dios ni el Hijo de Dios. Jesús no fue crucificado, pero sí ascendió a los cielos, de donde regresará para completar su misión y posteriormente morir. Una tumba vacía lo está esperando en Medina, Arabia Saudita.

Me gustaría introducir un hecho que ha sido pasado por alto por varios historiadores en Occidente.* La gente que no está familiarizada con el islam se sorprendería al saber que se trata de una religión mayormente tolerante y compasiva. Por ejemplo, el islamismo ha mostrado mayor amor y compasión por los judíos que el cristianismo. Nunca se ha sabido de una inquisición islámica, ni de un holocausto como en el régimen de Hitler. Los países islámicos han acogido a judíos refugiados escapados del horror y severidad del cristianismo. Eruditos judíos tuvieron la oportunidad de alcanzar posiciones honrosas en la edad dorada del islamismo, además de disfrutar de la intachable hospitalidad de sus parientes cercanos, los árabes.

Aquellos que pretenden presentar un buen testimonio cristiano a los musulmanes, no deben criticar el Corán ni desacreditarlo

[*] El autor expresa su opinión personal al respecto, la cual no es compartida por todos los analistas e historiadores (*N. del e.*).

ni intentar discutir con musulmanes. Dios ama al ser humano y desea que nosotros hagamos lo mismo. Pero, ¿cómo podremos amar a alguien si no le conocemos ni entendemos su trasfondo? Nuestro Señor Jesús nos instruyó para que fuésemos pacificadores, y no hombres de contienda. «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt. 5.9).

El surgimiento del islam

Dios prometió hacer de Ismael una «gran nación» y multiplicar su «descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud» (Gn. 16.10, cf. Gn. 17.20; 21.13, 18). Ismael y sus doce hijos no se convirtieron en una gran nación mientras vivieron, pero sus descendientes cumplieron la promesa histórica con el inicio del islam.

Los genealogistas árabes aseguran que la ascendencia de Mahoma se remonta hasta Ismael. Esta aseveración se basa en la ley de la «venganza por honor», en la cual cada individuo es estimulado a investigar su ascendencia por generaciones. Esta ley ha sido pasada de una generación a otra en los registros genealógicos en forma secuencial.

Ahora dejaremos a Ismael para concentrarnos en Mahoma y poder ver cómo Dios ha usado históricamente a los árabes. Mahoma nació en el año 570 d.C., aproximadamente, en la Meca, Arabia Saudita. Mahoma significa: «favorablemente apreciado», el nombre más usado para los hijos de musulmanes, más que cualquier otro nombre. Su padre, Abdulá, que quiere decir: «esclavo de Dios», murió antes del nacimiento de Mahoma. Su madre, Amina, es decir, «confiable», falleció cuando él tenía seis años de edad. Así, el niño huérfano quedó bajo la custodia de su abuelo, Abdul Mutaleb, quien también murió, por lo que la responsabilidad de su crianza recayó en su tío, Abu-Talib, quien

DE ISMAEL A MAHOMA

(los genealogistas árabes difieren en cuanto a unir a Ismael con Adnán.)

	Ismael	
Nebaiot		Cedar
Yasjub		Hamal
Yarub		Nabat
Terá		Salamán
Nahur		Alamisa
Maqum		Udud
Udub		Ud
	Adnán	
	Mued	
	Nizar	
	Muder	
	Elías	
	Madraca	
	Cazima	
	Cenane	
	Nader	
	Malek	
	Faer	
	Ghaleb	
	Luay	
	Kaib	
	Murra	
	Celab	
	Zaid	
	Abd Manaf	
	Hasem	
	Abdel Mutaleb Shayba	
	Abd Alá	
	Mahoma	

no tenía los recursos para cuidarlo. El joven muchacho se vio en la obligación de ganarse la vida como pastor de ovejas.

A la edad de veinticinco años, Mahoma se casó con una viuda muy rica, Kadija, quien era quince años mayor que él. Atendía los negocios de su esposa al sur de Arabia y Siria, donde se instruyó con un monje llamado Bahira, quien le enseñó mucho acerca del cristianismo.

Al estar en una posición bien acomodada, debido a su matrimonio con Kadija, quien era de la misma tribu qureish, gradualmente Mahoma se fue separando del campo comercial para dedicarse a la meditación y contemplación religiosa, seguramente influenciado por algún pariente. Varios árabes contemporáneos suyos habían dejado la idolatría para convertirse al judaísmo y, posteriormente, al cristianismo, obteniendo la misma insatisfacción en ambos. Sin embargo, durante los comienzos del islam y aun después, muchos árabes se mantuvieron fieles en su fe en Cristo.

Cuando Mahoma recibió la revelación del Corán, la quirografía o escritura a mano se había introducido en Arabia hacía poco tiempo, aunque la poesía era muy cultivada. Aislado en las cercanías de una cueva llamada Gharat al-Hira, ubicada en una loma en las afueras de la Meca, Mahoma revisó los sistemas religiosos que le habían sido enseñados en forma oral, con el fin de adaptar aspectos de ellos a su propia creencia.

Fue entonces que escuchó una voz que le decía: «Anuncia en el nombre del Señor creador...».³⁶ La noche en que recibió su llamado, más tarde fue nombrada como la «noche de Poder» (*laylat al-qadr*). Se cree que fue el *ángel* Gabriel el que se le apareció y que en el nombre de Alá le ordenó que anunciara, predicara y difundiera la verdadera religión a todo el mundo. Dado que Mahoma casi no sabía escribir, mucho menos leer, su recitación del

Corán de memoria es vista como milagrosa y, claro está, le da mayor credibilidad al mensaje.

Entretanto, en tres años tan sólo catorce personas creyeron en su mensaje. Sobre ellos estaba el entusiasta Alí, primo de Mahoma, quien ayudó al éxito de la nueva religión. Al cuarto año de su misión, Mahoma hizo una declaración pública de su fe. Predicó en contra de la idolatría y advirtió a las personas que si no dejaban de adorar a otros dioses fuera de Alá, no disfrutarían de felicidad en esta vida ni de salvación eterna en la próxima.

Dios odia la idolatría, y creo que «Mahoma apareció a buena hora, cuando la iglesia se había paganizado adorando imágenes, reliquias, mártires, a María y los santos. En esencia, el mahometismo no fue sino una revuelta en contra de la idolatría del cristianismo, un juicio dentro de una iglesia degenerada y corrupta».³⁷

Así como antes, el cristianismo sigue viviendo mayormente en promiscuidad y tibieza (Ap. 3.16). Asiria fue usada por Dios como vara de su ira para disciplinar a los judíos, por provocarlos a cólera. Así, el islam está siendo usado en muchas formas para dar celos a la aletargada iglesia en cuanto a la evangelización mundial. En muchas ocasiones, mis amigos cristianos me han preguntado el por qué del éxito y del crecimiento del islam en el mundo. La respuesta es que los musulmanes obedecen las órdenes de su profeta. Ellos están compartiendo su fe en forma fiel y con denuedo, ya sea a través de palabras o hechos. Mientras tanto, los cristianos se atacan entre sí y critican a otras religiones.

El islam tiene mucha afinidad con el judaísmo y el cristianismo, pero Mahoma se encargó de alejarse de ambos y fundó una religión independiente, con un sistema distinto de creencias. En su mensaje, el profeta fue tan agresivo como cualquier otro profeta del Antiguo Testamento: «Alá es Dios único. Él es el creador y sustentador del universo. Él recompensará al fiel con salvación eterna, y castigará con el infierno a aquellos que no obedezcan».

Aunque Mahoma fue considerado por los musulmanes como el representante legítimo de Dios y como el mayor de los profetas en la tierra antes de su muerte, llevó una vida humilde y sin pretensiones, viviendo en una casa de barro provista de unos pocos cuartos. «Se lo veía remendar su propia ropa y siempre estaba cerca de la gente».³⁸ El Corán contiene un amplio listado de leyes, las cuales gobiernan casi cada aspecto de la vida. A favor del débil, el huérfano, el esclavo y el oprimido, Mahoma tenía un cuidado especial por ellos, así que encontramos un conjunto de leyes provenientes de aquel que un día fue un huérfano pobre, pero benevolente.³⁹

Mahoma se casó con unas doce esposas, muchas menos de las que tuvieron David o Salomón. Se unió a algunas por razones políticas. Una de ellas era cristiana (copta), llamada María. María le dio un hijo, Ibrahim, el cual murió en la infancia y fue muy llorado por su padre. A Mahoma sólo le quedaba una hija que le había dado Kadija. Se llamaba Fátima, y terminó siendo la esposa de Alí. Los musulmanes chiítas son descendientes de ese matrimonio.

De acuerdo con el Corán, la palabra «islam» deriva del verbo *aslamá* (sura 37.103), lo que quiere decir: «sumisión o rendición total a la voluntad de Alá». El Corán enseña que Abraham se sometió a la voluntad de Alá al intentar sacrificar a Ismael, no a Isaac. Este «fue, evidentemente, el hecho que le dio a Mahoma el nombre para la nueva religión».⁴⁰ En la doctrina de la total sumisión a la voluntad de Alá yace la simplicidad y la fuerza del islam. Los musulmanes disfrutaban su fe con una resignación y contentamiento desconocidos en otra religión.

Poco después de la muerte de Mahoma, en el 632, el gobierno romano llegó a su fin cuando los entusiastas seguidores del profeta saturaron la península Arábiga y penetraron en la Media Luna de la Fertilidad. Más tarde se expandieron hacia el este has-

ta el río Indo y al oeste hasta el norte de África y España, donde gobernaron desde el siglo VIII al XV.

El islam se divide en dos grandes grupos: los sunitas y los chiítas. La división se suscitó a raíz de disputas por saber quién sería el legítimo sucesor de Mahoma como líder de los musulmanes. Los chiítas conforman aproximadamente el quince por ciento de la población musulmana, y creen que Mahoma reconoció a Alí como su sucesor. Por su parte, los sunitas son la mayor de las dos ramas más sobresalientes del islam.

Los sunitas y los chiítas también difieren en numerosos puntos teológicos y leyes. Por ejemplo, los sunitas distinguen entre el poder civil y el religioso, mientras que los chiítas creen que las autoridades religiosas deben ejercer el poder político. Las recientes agitaciones en Irán fueron promovidas por líderes religiosos chiítas, que intervinieron en cuestiones civiles y políticas.

La Edad de Oro del islam

Durante la época del imperio árabe (632-1250), una de las principales civilizaciones del mundo se incorporó a la historia de la humanidad. Él árabe se convirtió en la lengua franca; empezaron a surgir grandes actividades intelectuales y de investigación en casi todos los campos del saber. La antorcha de la luz era llevada por los árabes, mientras que Europa seguía sumida en la era de las tinieblas. El brillante intelecto de la época llegó a su apogeo e influyó y enriqueció a otras culturas.

El islam es la única religión en el mundo que ha ganado un gran número de seguidores del judaísmo, del cristianismo y de religiones no monoteístas. «Países que estaban bajo la Cruz, la reemplazaron por la Media Luna de la Fertilidad como su estandarte. Palestina, la tierra de Jesús y sus apóstoles, se convirtió en un protectorado de los califas bajo el régimen del islam. Egipto, el centro teológico en el tiempo de Orígenes y Atanasio, estuvo

después bajo la tutela de la Meca. El norte de África, lugar en el cual Agustín, Tertuliano y Cipriano, además de otros apologistas y teólogos, defendieron ardientemente la fe (Jud. 3), se incorporó al mundo del islam. Asia Menor (lo que hoy es Turquía) era el centro de las actividades de la iglesia primitiva. Las siete iglesias del Apocalipsis estaban en Turquía, así como la ciudad de Antioquia, Troas, Listra y Tarso [...], región que hoy está bajo una estricta dominación musulmana».⁴¹

La importancia histórica y geopolítica de los árabes ha sido presentada por cuantos eruditos han podido, en una infinidad de lenguas; pero son muy pocos los que lo han hecho desde un punto de vista que aprecie positivamente su contribución cultural.

Entre los años 685 y 705, el imperio islámico «llegó a la cúspide de su poder y gloria [...] expandiéndose desde las orillas del Océano Atlántico y los Pirineos hasta el río Indo y los confines de China, una magnitud difícil de superar en tiempos antiguos e insuperable en tiempos modernos [...] la reconquista [...] del Norte de África y la adquisición del país más grande nunca antes dominado por los árabes: España».⁴²

Durante este período, el árabe se convirtió en la lengua oficial del imperio, el curso de la historia en Europa medieval cambió radicalmente, y se inauguró una nueva forma de pensar. El establecimiento de este nuevo orden se puede ver como la Edad de Oro del islam, caracterizada por el esplendor y la gloria. La gente de toda raza y credo se convertía al islamismo. Se los llegó a conocer como árabes, sin importar de qué nacionalidad fueran. Todo aquel que profesaba el islam, que hablaba y escribía en árabe, independientemente de su filiación racial, era considerado árabe.

Los musulmanes son erróneamente llamados *moros* por los historiadores occidentales. La palabra *moro* se usó por primera

vez en Europa para identificar a los musulmanes, descendientes de árabes y bereberes que vivían al noroeste de África.

En otras palabras, no todos los árabes son musulmanes, y no todos los musulmanes eran originalmente árabes. Sin embargo, los términos *árabe* y *musulmán* se han estado utilizando indistintamente en este libro, puesto que Mahoma ordenó que el Corán fuese escrito, leído y enseñado en árabe. Hay aproximadamente trescientos veinte millones de árabes, y el número de musulmanes en el mundo supera los mil trescientos millones.

Tratemos ahora de entender, de forma resumida, el talento de los árabes, y de formular una apreciación a algunas contribuciones culturales del islam. La historia nos enseña que de los descendientes de Joctán, Ismael y Cetura, salieron grandes profetas, teólogos, filósofos, científicos, educadores, poetas y otros, cuyas contribuciones fueron muy enciclopédicas y de mucho beneficio para la humanidad, abarcando casi todas las áreas del conocimiento.

Las contribuciones posteriores de los musulmanes al mundo moderno reflejan apenas un poco de la cultura árabe. Desde el punto de vista de los musulmanes, su mayor legado para el mundo es el Corán. Esta «milagrosa revelación» realizada a Mahoma en el reino espiritual, se transmitió verbalmente. Mahoma dictó el Corán de memoria y en perfecto árabe. Su lenguaje retórico ha seguido siendo un ejemplo de árabe hasta el momento. Al Corán se le acredita el hecho de haber preservado a la lengua árabe de la desintegración en una variedad de dialectos locales, y de conservar la unidad de expresión y pensamiento. En ese sentido, el Corán pertenece a los árabes cristianos, así como a todos quienes tienen el mismo trasfondo cultural.

Al-Battani (m. en 929)

Al-Battani fue un notable astrónomo y matemático, a quien se le

atribuye la mejora de las obras matemáticas y astronómicas de los griegos, así como también la corrección de la tradición astronómica ptolemaica. Él descubrió las nociones de trigonometría que conocemos y usamos hoy. «La ciencia de la trigonometría, como el álgebra y la geometría analítica fue, en gran parte, creada por los árabes».⁴³

Las estrellas se constituyeron en un mapa celeste para los árabes nómadas de antaño y más tarde desafiaron a las mentes más grandes del mundo musulmán. Para las antiguas civilizaciones, el cielo estrellado era un fenómeno astronómico lleno de misterio, tanto que ni los más eruditos podían explicarlo. Pero de aquellos sabios que intentaron resolver esos misterios, muy pocos se comparan a los de la edad dorada del islam. Matemáticos, filósofos, poetas, teólogos, historiadores, astrónomos, físicos, lingüistas y demás instruidos se aglomeraban en el Beit al-Hikma (casa de la sabiduría) en Bagdad o en la España islámica, con el fin de compartir sus descubrimientos, para luego transmitir sus conceptos y teorías a Europa y al resto del mundo.

Al-Battani demostró, contrario a Ptolomeo, que el eclipse anular, que es aquel en el que la parte eclipsada es rodeada por un anillo de luz, era posible. También demostró que el diámetro angular del sol estaba sujeto a variación. Corrigió, además, un buen número de malos cálculos en cuanto a órbitas planetarias y determinó la exacta y correcta órbita del sol. También desarrolló una teoría sobre las condiciones de visibilidad en Luna nueva.

Al-Khwarizmi (m. en 850)

Se dice que Al-Khwarizmi fue quien le puso el nombre al álgebra y al algoritmo. Una parte considerable del conocimiento matemático de la Europa medieval derivaba de su gran obra. Mahoma ibn Musa Al-Khwarizmi era primordialmente un matemático, pero también desarrolló importantes tablas astronómicas. Junto

con otros musulmanes eruditos, construyó instrumentos para realizar observaciones y mediciones, además de calcular y probar su información.

En colaboración con Beit Al-Hikma, el califa, construyó en Bagdad un observatorio astronómico bajo la dirección de un astrónomo judío convertido, llamado Sind ibn-Alí, quien «no sólo realizó una observación sistemática de los movimientos celestes, sino que también verificó, con resultados increíblemente precisos, los elementos fundamentales de la oblicuidad de la eclíptica, la precesión de los equinoccios y la exacta duración del año solar».⁴⁴

Al-Farabi (m. en 950)

Mahoma ibn-Mahoma ibn-Tarkhan abu-Nasr al-Farabi (Alfarabio), turco, fue educado por físicos cristianos en Bagdad. Era filósofo y un teórico de la música. Su sistema de filosofía era un sincretismo del platonismo y el aristotelismo. Además de sus comentarios acerca de filósofos griegos, escribió obras psicológicas, políticas y metafísicas. Inspirado por la *República*, de Platón, y la *Política*, de Aristóteles, escribió un tratado acerca de una ciudad en la cual el objetivo de la asociación era la felicidad de cada ciudadano y donde lo máximo era la perfección moral e intelectual.⁴⁵

Después de muerto, Al-Farabi fue conocido como «el segundo Aristóteles». Sus especulaciones metafísicas influyeron en Ibn Sina (Avicena), quien encontró en la obra de Al-Farabi la noción fundamental de distinción entre existencia y esencia, sin que la última implique que la primera deba ser dada por Dios mismo. El método de Al-Farabi depende grandemente del neoplatonismo. Creación es emanación, y se considera que la lógica es un requisito previo a toda la ciencia. La física comprende todo el conocimiento fáctico, incluyendo la psicología, la metafísica y la ética.

Al-Farabi fue un gran músico, considerado el mejor teórico de la música entre los árabes. Tocaba en forma magistral el laúd, instrumento antecesor de la guitarra. Se dice que en una presentación ante una gran audiencia, tocó con tanta gracia que hizo que los invitados rieran mucho, luego los hizo llorar, para finalmente introducirlos en un profundo sueño.

Al-Ghazzali (1058-1111)

Fue uno de los más grandes teólogos del islam, autor de varias obras de teología. Su libro *La destrucción de los filósofos*, se opone al método filosófico de aproximación metafísica, cuando ésta contradice la teología ortodoxa. Su visión influyó a Tomás de Aquino y a Pascal, además de afectar muchas de las ideologías islámicas. En el Occidente es conocido como Algazel.

Al-Ghazzali comenzó siendo escéptico, luego se convirtió en místico y terminó como un musulmán ortodoxo. Para él, la filosofía es importante tan sólo como una introducción a la teología. Su actitud coincide con el misticismo neoplatónico, totalmente contradictorio al aristotelismo. Escribió y elaboró reportes acerca de las doctrinas de Al-Farabi e Ibn Sina, resaltando las propias contradicciones de los filósofos. Prácticamente, todo lo que escribió está basado en la teología.

Al-Kindi (ca. 801-873)

Al-Kindi, abu-Yusuf Yaqub ibn-Ishaq fue uno de los filósofos más renombrados de la edad dorada del islam. Los otros dos fueron Al-Farabi, turco, e Ibn-Sina, persa. Debido a su ascendencia, Al-Kindi fue llamado «el filósofo de los árabes». Era ecléctico en su tratamiento filosófico, ya que se esforzaba por combinar las visiones de Platón y Aristóteles. Escribió temas en astronomía, astrología, geometría, aritmética, teoría musical basada en principios aritméticos, física, medicina, psicología, meteorolo-

gía y política. Su obra era una verdadera enciclopedia. En el campo de la teología enfatizó la justicia, soberanía y unidad de Dios. Creía que Alá se había revelado a sí mismo en profecía, y era, por tanto, una verdad razonable y el más alto conocimiento. Fue el primero en experimentar la violenta hostilidad de los teólogos ortodoxos, pero huyó sin sufrir daño alguno.

Ibn-al-Haytham (965-1039)

Fue un reconocido matemático, quien introdujo la idea de que los rayos de luz viajan en forma lineal a cualquier parte, lanzados desde una superficie luminosa. Entre sus obras hay temas de astronomía, filosofía y medicina. En el Occidente medieval era conocido como Alhazen. Influyó los trabajos de Johannes Kepler y René Descartes.

Sus datos astronómicos no coincidían con los de Ptolomeo. Sostenía que la Vía Láctea estaba muy distante de la tierra, sin importar lo que Aristóteles hubiese dicho. Calculó la altura de la atmósfera de la tierra en cincuenta y dos mil metros. Ibn-al-Haytham observó que el crepúsculo astronómico se iniciaba cuando la altura negativa del sol alcanzaba los 19 grados de inclinación. Siendo que la atmósfera está entre los cincuenta mil y los cincuenta y dos mil metros, Al-Haytham no estaba tan lejos de la verdad.

Científicos musulmanes revisaron y refinaron el catálogo estelar de Ptolomeo. Este catálogo estableció la posición de mil veintidós estrellas, clasificándolas con el mismo método utilizado hoy: según su magnitud o brillo.⁴⁶

Ibn-Bajjah (m. en 1138)

El siglo XII fue el siglo de oro del pensamiento filosófico en la España musulmana. Se inició con Abu-Bakr Mahoma ibn-Yahya ibn-Bajjah (Avenpace o Avempace). Era filósofo, físico, científi-

co, músico y un gran orador y comentarista de Aristóteles. Influ-
yó tanto en Al-Ghazzali como en Ibn-Rushd.

Ibn-Rushd (1126-98)

Fue considerado el más grande filósofo musulmán de España. Nació en Córdoba con el nombre de Abu-al-Walid Mahoma ibn-Ahmad ibn-Rushd (Averroës). De su familia surgieron varios teólogos y jueces. Su obra maestra en filosofía fue *Tah-fut al-Tah-fut (La incoherencia de la incoherencia)*. Fue una respuesta al ataque de al-Ghazzali con respecto al racionalismo titulado *Tah-fut al-Fal-sifah (La incoherencia de los filósofos)*.⁴⁷

Ibn-Rushd estaba influenciado más por el cristianismo y por el judaísmo que por el islamismo. Distinguía entre fe y razón, y afirmaba que ambas no necesitaban reconciliarse, ya que no existía conflicto entre ellas. Creía firmemente que la filosofía era la más alta esfera del conocimiento.

Desde el último período del siglo XII hasta fines del XVI, Ibn-Rushd sostuvo la escuela dominante del pensamiento filosófico en Europa. Era racionalista, por lo que reclamó el derecho de someter todas las cosas al juicio racional. Por otro lado, era un ferviente creyente en Alá y veía a la creación como un evento milagroso y evolutivo. «Sus escritos se convirtieron en estudios requeridos en la Universidad de París y otras instituciones del alto saber».⁴⁸

Ibn-Khaldun (1332-1406)

Abd-al-Rahman ibn-Khaldun nació en Túnez, descendiente de árabes y españoles. Sus raíces lo conectan con la tribu árabe hadramaut. Es considerado por los árabes como el más grande y creíble historiador. Desarrolló una sólida filosofía de la historia, así como también un método único en el modo de escribir sobre temas de política, economía y sociología. Jugó un importante pa-

pel en la política del norte de África y España, siendo embajador de su país en este último.

Ibn-Sina (980-1037)

Abu-Alí al-Hussein ibn-Abdalá ibn-Sina (Avicena), persa, fue el nombre más ilustre en las crónicas de la medicina árabe. También fue un gran filósofo y poeta. Su obra era un verdadera enciclopedia. Comprende más de doscientos títulos sobre medicina, filosofía, astronomía, geometría, teología, filología y arte. Es de particular interés su trabajo en la educación médica. Sus obras se convirtieron en los textos aprobados de las escuelas en Europa. En los últimos treinta años del siglo XV, sus estudios en medicina tuvieron más de quince traducciones al latín y una al hebreo. En años recientes, una pequeña parte fue traducida al inglés. La contribución de Avicena en el campo de la medicina es enorme. El doctor William Osler, en una de sus conferencias, comentó: «El libro de Avicena ha permanecido como una biblia médica durante mucho tiempo, más que cualquier otra obra».⁴⁹

Verdaderamente, Dios cumplió la promesa hecha a Abraham y Agar, de hacer de su hijo «una gran nación». Obviamente, Abraham entendió la promesa y creyó que Dios había elegido a Ismael para que cumpliera un propósito específico en la historia (Gn. 17.20; 21.13). Seguro de la protección divina, Abraham dio a Ismael y a su madre una magra provisión de pan y agua y los despidió hacia «el desierto de Beerseba» (Gn. 21.14). A pesar de haber sido excluido de la herencia terrenal de su padre, debido a la insistencia de Sara, el Padre del cielo dio a Ismael y a su descendencia muchas más riquezas de las que Abraham pudiera haberle dado.

Además, la contribución árabe a la civilización mundial en prácticamente todos los campos del conocimiento, es inmensurable. El contacto de los árabes con la civilización griega, les dio la

oportunidad de desarrollar su gran intelecto dado por Dios, estableciendo su forma original de pensamiento, el cual fue determinado mayormente por sus puntos de vista filosóficos y religiosos. Consecuentemente, el mundo se ha beneficiado de la contribución intelectual y riqueza material de los árabes.

6

El mundo árabe

DIOS NO SÓLO prometió hacer de Ismael «una gran nación», sino también dijo: «Le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera», de tal forma que su descendencia «no podrá ser contada» (Gn. 16.10; 17.20).

La historia confirma el hecho de que esta promesa se ha cumplido con el surgimiento evidente y el reciente avivamiento del islam. Hoy en día unos trescientos veinte millones de árabes viven en más de 6.400 millones de kilómetros cuadrados de tierra. Se les llama árabes a los habitantes del Líbano, Siria, Jordania, Irak, Yemen, Kuwait, Arabia Saudita, Egipto, Sudán, Palestina, Abu Dabi, Omán, Dubai, Bahrein, Argelia, Qatar, Libia, Marruecos, Túnez y toda su descendencia que vive en el extranjero. La mayoría de los árabes son musulmanes, además de los mil millones de musulmanes en el mundo que no son árabes.

Todo lo que conocemos de historia antigua antes de la aparición de los griegos, tuvo lugar en la región comprendida entre el valle del Nilo y la Mesopotamia. Los primitivos países de esta región son, en su mayoría, tierras árabes.⁵⁰

El Medio Oriente posee la ubicación estratégica más importante de la tierra, la cual sirve de portal a los tres continentes: Asia, Europa y África. Dios bendijo a los árabes con «más de la mitad de reservas genuinas de petróleo en el mundo [...], el acceso al petróleo árabe es vital para la supervivencia del mundo».⁵¹

El mundo occidental debe saber que la ignorancia acerca de la cultura y la historia árabes no es tranquilidad, sino más bien, un perjuicio para las relaciones internacionales, especialmente cuando en Occidente se está luchando fervientemente para establecer lazos más cercanos y para obtener un mejor entendimiento del mundo árabe. Lamentablemente, la imagen que los occidentales tienen de los árabes es errónea y estereotipada.

La primera idea que viene a la cabeza de un occidental cuando piensa en los árabes es arena, desierto, camellos, pozos de petróleo, gente furiosa ... liderazgo corrupto, las noches árabes, un harén, los califas, amor apasionado y cosas por el estilo.⁵²

Cuando llegué a los Estados Unidos en 1953, para continuar mis estudios en música, mis amigos en la universidad me preguntaban, entre otras cosas, si traía conmigo un camello. Lo más cómico fue que ellos eran inocentemente sinceros. Aunque yo nunca en mi vida había montado un camello en el Líbano ni en ninguna otra parte del Medio Oriente, hice creer a mis curiosos amigos que, al enterarme de que no podía cabalgar un camello en las carreteras estadounidenses, había cambiado a mi animal por un Volkswagen.

Sin embargo, muchas personas inquisitivas en tiempos recientes están saliendo de Norteamérica con rumbo al Medio Oriente y España, con el propósito de conocer más acerca del mundo árabe y su dominante rol en la historia. Estas personas están descubriendo, como algo nuevo para ellos, que los árabes son muy inteligentes, agradables y de buen parecer, y que establecieron su poderoso imperio en España por casi ochocientos años, es

decir, desde el siglo VII hasta 1492, el año en que Cristóbal Colón descubrió América.

Los occidentales están aprendiendo, con gran interés, que después de la muerte del profeta Mahoma en el año 632, el credo islámico se expandió con rapidez desde el Medio Oriente hasta el norte de África, la India, Asia Central y España. El llamado a la oración del islam se escuchaba desde minaretes que abrazaban el Mediterráneo, el Atlántico y hasta los alrededores de la China, un imperio más grande que el romano en su apogeo.

Los árabes fueron erróneamente llamados *moros* por los historiadores occidentales. La palabra *moro* deriva de Marruecos. Los moros eran un grupo bereber que habitaba en tierras marroquíes y fue convertido al islamismo por los árabes. Los musulmanes emparentaron con familias de visigodos y españoles, tomando, además, como esposas a mujeres de Galicia, de piel hermosa. Esta clase de combinación sanguínea de razas y culturas, produjo el apasionante legado cultural de los musulmanes hispánicos.

Gran parte del carácter hispano, su temperamento, arquitectura, poesía, estilo de vida, fisonomía y belleza física, su lenguaje y música, provienen de su herencia árabe y musulmana.

La belleza de la mujer casta musulmana en España, fue una fuente de inspiración perenne para los grandes poetas y músicos árabes. La España musulmana gozó de un alto grado cultural inigualable en el resto de Europa. En ella florecieron la filosofía, la música, la poesía, la literatura, las matemáticas, la teología y la medicina. Eruditos de todas partes del mundo llenaron España para asistir a las clases de los árabes, quienes en adición a sus trabajos enciclopédicos originales, tradujeron e introdujeron obras de los griegos, como Euclides, Ptolomeo, Platón y Aristóteles.

La poesía árabe inspiró las primeras baladas de los trovadores europeos e influyó sobre las canciones de los guitarristas gitanos

flamencos. Hasta hoy los cantantes y guitarristas de flamenco siguen entreteniendo a los españoles musulmanes. Los no musulmanes que viven en España y aman la música, comparten el mismo amor por el arte flamenco, especialmente cuando los bailarines profesionales realizan sus presentaciones bajo los armónicos acordes menores de las guitarras. Estas son algunas de las contribuciones culturales de los musulmanes. Ahora me gustaría mostrar al lector unas breves descripciones de algunos países árabes.

Antes de completar los requisitos para mi doctorado en Filosofía de la Educación Musical, en la Universidad del Estado de Florida, le pregunté a mi tutor si podría escribir mi tesis acerca de la influencia de los árabes en la música hispana. Me dijo que, dado que nadie entre los profesores conocía acerca de historia y música árabe, debía trabajar en otro proyecto. Terminé escribiendo una investigación de campo titulada: «Una encuesta evaluativa de la música en las escuelas del Líbano». Después de obtener mi doctorado en 1967 regresé al Líbano y fui pionero en la implementación de educación instrumental y música en las escuelas públicas de mi país.

El Líbano

El Líbano es conocido como la Suiza del Medio Oriente, aunque en realidad es más que eso. Antes de la reciente guerra civil, era un país firmemente democrático, que estaba experimentando una explosión económica, con uno de los más elevados estándares de vida en el mundo, además de una tasa de alfabetización del noventa por ciento. El Líbano está empapado de historia y rica cultura, con ruinas romanas semejantes a las de Grecia y Roma. Es la tierra de algunas ciudades bíblicas, tales como Sidón, Tiro y Biblos. La palabra Biblia deriva de *biblos*, que quiere decir «pa-

piro» o «caña», material usado en los tiempos antiguos para confeccionar libros y pergaminos.

Fue en las afueras de Tiro y Sidón que Jesús conoció a la mujer sirofenicia. Se llamaba sirofenicios a los libaneses que vivían en las proximidades de Siria. La fe de la mujer fue probada por el Señor al referirse a la arrogante e infundada posición de los judíos no conversos, quienes creían que ellos eran el pueblo escogido por Dios y que los gentiles eran *perros*. Esto fue lo que dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos». La mujer respondió con un corazón humilde y quebrantado: «Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos». Maravillado por la fe de la mujer, el Señor le dijo: «Mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mt. 15.26-28). El Señor libró a la hija de la mujer de su tormento y, sin duda, la mujer y su hija recibieron el don de la salvación por la fe en Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador.

El Líbano es un pequeño país de Asia occidental, conocido también como el Cercano Oriente. Se extiende sobre parte de la costa este del mar Mediterráneo. Por estar en la parte central del Levante (la palabra Levante deriva de la expresión que se usa para indicar la salida del sol), el rol del Líbano como punto de cruce de caminos es continuo desde sus inicios hasta el día de hoy. Su estratégica posición no se limita a favorecer a las personas y bienes, sino también a las ideas cosmopolitas, de las cuales se sabe que el Líbano ha servido como lugar de incubación.

Su área es de aproximadamente 6.400 kilómetros cuadrados y está habitado por unos cuatro millones de personas. Está cubierto por dos elevaciones montañosas que se extienden de norte a sur. Una está paralela a la costa, alzándose en forma majestuosa por sobre los 3.300 metros, mientras la otra se halla poco más atrás. Las montañas interceptan los vientos marítimos del oeste y sus lluvias. El promedio anual de las lluvias en el Líbano es de más

de 1.000 milímetros anuales. La precipitaciones caen por lo general entre diciembre y febrero, algunas veces también en marzo. El clima es semitropical. La temperatura promedio en Beirut es de 21 grados centígrados. Sin embargo, en las poblaciones situadas en lo alto de las montañas los inviernos son muy fríos y los veranos bastante frescos. Las fuentes de ingreso económico más comunes en el Líbano son la agricultura, el turismo, la navegación marítima y la banca. Antes de la guerra civil era el centro financiero del mundo árabe.

Históricamente, el Líbano fue habitado en primer lugar, alrededor del 3000 a.C., por los cananeos, quienes también ocuparon, durante siglos, el resto de la zona levantina en la franja oeste del Asia, entre las dos antiguas civilizaciones de Mesopotamia y Egipto. Luego de su intercambio de tejidos teñidos de púrpura con los griegos, los cananeos del Líbano fueron llamados fenicios. «El teñido púrpura era obtenido de un crustáceo de las playas del Líbano; la garganta de cada uno de estos crustáceos, sólo producía una gota de esta tintura. La industria de las vestiduras púrpuras era muy costosa, debido a que el proceso de obtención de la tinta era muy laborioso. Los fenicios decoraron sus productos textiles con el color púrpura, tejiendo sus alfombras y tapices con el mismo color».⁵³

Además de su tráfico de mercaderías y de fundar centros de intercambio comercial, dondequiera que llegaban sus embarcaciones, los fenicios obtenían grandes riquezas de sus fabricaciones. El producto principal de sus fábricas textiles era, como decía en el párrafo anterior, una famosa tintura, obtenida en diminutas gotas de un crustáceo llamado *bucinum* o *murex*. Esta tinta púrpura es de un color violeta rojizo, que permite diferentes matices. Ellos teñían la seda, el algodón y el lino con hermosos resultados, pero definitivamente los efectos más exquisitos se obtenían

en piezas de lana. Los teñidos más costosos eran empleados en materiales de alta calidad.

Las tierras de Fenicia eran extremadamente fértiles y bien regadas. Las costas tenían buenos puertos, y los cedros del Líbano proveían de abundante material para la construcción de naves. Las ciudades más importantes y renombradas en la costa fueron Tiro y Sidón. Beirut, la capital, se encuentra a casi veintisiete kilómetros al norte de Sidón y del puerto principal de Fenicia.

Los fenicios eran una rama de la raza semita, proveniente de sucesivos emparentamientos con hebreos, árabes, sirios, asirios y posteriormente con babilonios. Originalmente los fenicios fueron considerados los cananeos de las costas y descendientes de Canaán, el hijo menor de Cam (Gn. 10.6). Los fenicios migraron de la planicie de Caldea poco después de la muerte de Nimrod. Nunca pudieron aliarse bajo un mismo gobierno. Cada una de las ciudades fenicias y sus tierras, conformaban en sí un pequeño estado independiente, con un gobierno heredado dentro de una familia gobernante. Por otro lado, los fenicios sí se unían en una confederación cuando una emergencia surgía, un peligro amenazaba la existencia del país o cuando una gran necesidad así lo requería.

Fenicia (el Líbano) fue, y lo es aún, presa de ambiciosos que codician la posición estratégica de este país y sus fuentes naturales de riqueza y belleza. Por esta razón es que las épocas de independencia fenicia han sido de muy corta duración, y sólo esporádicamente estos renombrados comerciantes estuvieron libres del yugo de los explotadores extranjeros. Estos hechos pueden explicar en cierta manera los recientes disturbios en el Líbano.

Sidón, el hijo mayor de Canaán (Gn. 10.15), fue el nombre que le pusieron a la primera ciudad fenicia, la cual terminó siendo muy rica y poderosa. Sidón se comprometió en muchas em-

presas comerciales con diferentes naciones, tanto por tierra como por mar, y fue así la primera ciudad en fundar colonias. Tiro fue la primera colonia de Sidón. Alrededor del siglo XI antes de Cristo, Tiro se convirtió en la ciudad más rica y esplendorosa de Fenicia. El rey de Tiro en la Biblia, Hiram, fue buen amigo de David y Salomón. Hiram entró en alianza comercial con los dos ilustres reyes hebreos. Proveyó a Salomón con madera de cedro y otros materiales para la construcción del templo judío en Jerusalén. Después de la muerte de Hiram, el rey Et-Baal (o Itobalus) dio a su hija Jezabel a Acab, rey de Israel, en matrimonio. Posteriormente, los fenicios estuvieron bajo el yugo de varios conquistadores: los asirios, los babilonios, los medopersas, los griegos, los romanos, los turcos otomanos y muchos otros.

Los fenicios extendieron sus mercados al establecer colonias y centros de canje en tierras distantes. Por ejemplo, la isla de Chipre, nombrada como Quitim o Kittim en las Escrituras (Gn. 10.4), era una colonia de los tirios. Sicilia y Cerdeña se convirtieron en puertos para las naves fenicias utilizadas en el comercio con el occidente europeo, especialmente con España, nombrada como Tarsis en la Biblia (Gn. 10.4). Los fenicios establecieron en el Mediterráneo las colonias de Malaca (hoy Málaga), el estrecho de Gibraltar y Tartessus (posteriormente Gadir o Gades, hoy Cádiz). De Tartessus los fenicios pasaron a Inglaterra en busca de estaño, al África en busca de monos y a las costas del mar Nórdico y el Báltico en busca de ámbar.

Los fenicios legaron su alfabeto al mundo occidental. También fueron conocidos por su comercio y dondequiera que iban a comerciar, se establecían. Alrededor del año 1000 a.C. fundaron Gades, un pueblo ubicado cerca de la península rocosa al sur de España, conocida más tarde como Gibraltar. El estrecho de Gibraltar separa a Europa de África por tan sólo catorce kilómetros. El nombre Gibraltar deriva del árabe *jabal Tariq*, que quiere de-

cir: «la montaña de Tariq». Fue nombrado así en honor de Tariq ibn ñiyad, quien navegó con su ejército islámico rumbo a España para conquistarla. Pisó tierra en el lugar que hoy es conocido como el Peñón de Gibraltar, cerca del 711.

Los fenicios navegaron por el Océano Atlántico en dirección a Inglaterra, con el propósito de encontrar estaño y otros materiales. De todas sus colonias, la que dejó una huella en la historia fue la llamada Cartago. Fundada alrededor del año 800 a.C., en lo que hoy es Túnez, Cartago se convirtió en un imperio que ocupó el norte de África y el sur de España. El general cartaginés Aníbal (247-183 a.C.) disputó la supremacía del Mediterráneo al intentar vencer al Imperio Romano, y estuvo a punto de lograrlo.⁵⁴

Toda Asia occidental, Egipto, Persia y Mesopotamia fueron sometidas bajo el mando del gran conquistador griego Alejandro Magno (356-323 a.C.), quien en ese entonces, tenía treinta y tres años de edad. El Líbano también cayó bajo su régimen. La fusión del legado griego con nuestra ancestral cultura, dio origen a la cultura helenística. Esto fue un tanto alterado cuando Asia occidental y el resto de la costa mediterránea fueron conquistadas por Roma.

En el Líbano, ciudades como Antioquía, Baalbek, Tiro, Sidón y Biblos, mantienen hasta hoy la huella dejada por los romanos. En la tercera década del siglo VII, el imperio romano llegó a su fin, cuando los seguidores del profeta Mahoma salieron masivamente de la península Arábiga con la misión de expandir la Luna Creciente. Luego se propagaron al este hasta el río Indo y hacia el oeste hasta el norte de África y España, desde donde gobernaron su vasto imperio desde principios del siglo VIII hasta el XV. No fueron ni la Batalla de Tours ni la de Poitiers las que destruyeron el imperio musulmán, como lo cuentan los ingleses y franceses, sino que los venció un problema interno.

Edward Gibbon y otros historiadores occidentales proponen que los árabes fueron vencidos en la batalla de Tours, en la cual chocaron los ejércitos de Abd-Al-Rahmán y Carlos Martel. Cuando en realidad, la batalla de Tours no decidió absolutamente nada. Así como el romano y otros grandes imperios, el poderío árabe fue derrotado por los críticos problemas internos que se habían creado a raíz de la avaricia de sus líderes.

Intoxicados por sus victorias y riquezas, los musulmanes comenzaron a disputar entre ellos, gastando sus recursos y talentos en placeres mundanos. La decadencia y caída de todo poder mundial se debe a estos mismos problemas y adicciones.

Los turcos otomanos aparecieron en la historia y heredaron el dominio árabe, a mediados del siglo XVII, hasta la explosión de la Primera Guerra Mundial. En 1860 el Líbano logró tomar el control, ayudado por los franceses, levantando así su propio estado autónomo, poblado por un gran número de cristianos (católicos). Después de la derrota del Imperio Otomano, al fin de la Primera Guerra en 1918, pasó a ser un territorio administrado por el gobierno francés hasta 1943, cuando obtuvo su independencia.

Estoy muy agradecido a Dios por haberme permitido emigrar a los Estados Unidos en 1953. Allí conocí al mismo Señor y Maestro de Abraham y Agar, quien me dio salvación eterna y me libró de mis cadenas de nepotismo e idolatría. Aunque fui librado de idolatrar mi amada nación, aun amo al Líbano en forma especial y muy a menudo oro con lágrimas por el bienestar de sus habitantes.

El problema con el Líbano es muy común en todo el mundo. La mayor parte de la población mundial ama más a su naciones de origen y a sus propias pertenencias que a Dios, a tal punto que están dispuestos a morir por ellas. Esto se llama idolatría, y Dios lo aborrece. Lo cual no quiere decir que necesariamente uno no deba defender su país en caso de guerra. Lo que Dios dijo al Lí-

bano en el siguiente versículo, debe ser oído en todas las naciones: «Habitaste en el Líbano, hiciste tu nido en los cedros. ¡Cómo gemirás cuando te vinieren dolores, dolor como de mujer que está de parto!» (Jer. 22.23).

Estoy de acuerdo con quienes afirman que Dios hizo al Líbano el país más hermoso del mundo. La Biblia lo compara con el precioso retorno del Mesías: «La gloria del Líbano le será dada [...] Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro» (Is. 35.2). Estoy seguro de que la paz y hermosura del Líbano le serán restauradas con la segunda venida del Príncipe de paz. Mientras esto ocurra, todas las personas sabias deben ocuparse en los negocios de Dios hasta que Él venga (Lc. 19.13).

A menudo me vienen recuerdos del Líbano, especialmente cuando me encuentro totalmente concentrado en una tarea creativa pero solitaria, como por ejemplo, cuando estoy trabajando en un manuscrito, o escuchando activamente música de diferentes culturas y estilos. Recuerdo con lucidez la gloriosa belleza del Líbano y las agrídulces experiencias de mi niñez y educación. Más que nada recuerdo las veces en las que caminaba kilómetros en las playas de Beirut, donde las arenas blancas saludaban a millares de bañistas y a los que practicaban esquí acuático durante todo el año.

Un sombrío día de invierno me encontré pensativo mirando por la ventana de un restaurante que daba al mar, observando las interminables y clamorosas olas del Mediterráneo. Ese continuo ruido me llevó a vagar en pensamientos. Después de mirar el intrincado ir y venir de las olas, comencé a cavilar en el misterio del nacimiento y la muerte. Al principio, con dificultad podía ver el nacimiento de una ola, sin importar cuánto me esforzaba por ver su comienzo con mis ojos atentos. Posteriormente las olas comenzaban a tener forma y a crecer a cada minuto, una tras otra en forma secuencial hasta alcanzar su altura máxima. De pronto

desaparecían en la blanca arena de las playas en Ras-Beirut, para nunca más ser vistas.

Alphonse-Marie-Louis de Prat de Lamartine (1790-1869), un poeta e historiador francés, visitó el Líbano. Se supo que comentó, acerca de las olas, que cada una nacía y posteriormente moría para dar lugar a la siguiente ola después de ella. Aquí hay un paralelo entre el nacimiento y la muerte de una ola y la vida del ser humano.

Yo era un adolescente en aquella época, y deseaba ser un actor dramático y un exitoso cantante. Mis aspiraciones causaron gran aflicción y humillación a mi orgullosa familia de buena posición social. Mi padre había sido Fiscal General de Hawran (la bíblica Harán), una región al sudoeste de Siria, durante la década de 1920. Mi abuelo era la cabeza principal dentro la religión drusa en el Líbano. La religión drusa es una rama de la secta musulmana chiíta. El pueblo druso «tiene sus raíces en un pequeño grupo de la tribu ismaelita del islam, quienes fundaron el califato fatimida en Egipto durante el siglo X».⁵⁵ Descubrí mi talento como actor y cantante después de la inesperada muerte de mis padres, cuando estaba en la adolescencia.

Mi educación aristocrática desalentó en mí todo tipo de labor manual, en cambio complació todo tipo de deseo y antojo. Rechazaba toda ocupación profesional vulgar o que tuviera que ver con el entretenimiento. No obstante, la sorpresiva muerte de mis padres en la década de 1930, cambió mi estilo de vida en forma abrupta. Yo tenía tan sólo siete años de edad cuando mi padre fue asesinado por sus enemigos políticos en Siria, y once cuando mi madre fue asesinada por parientes lejanos, quienes actuaron junto a un médico norteamericano por el simple amor al dinero.

Para completar el cuadro, toda mi herencia me fue usurpada, fui arrancado de mi amada tierra en 1953 y el cordón umbilical que me unía a parientes y amigos de la juventud se cortó cuando,

en 1955, me convertí al cristianismo. Hoy me alegro mucho al poder decir que: «Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura [...] a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte» (Fil. 3.8, 10).

Antes de que el Señor me diera amor por mis enemigos, estaba determinado a obedecer la ley de la venganza por sangre, según había sido condicionado a creer: «Ojo por ojo, diente por diente» (Lv. 24.20). No se puede pedir a nadie que ame a sus enemigos si no ha sido tocado por el poder regenerador del Espíritu Santo. El Señor Jesús dijo: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mt. 5.44). Esto es verdadero cristianismo puesto en acción, pero aquellos que están experimentando esta milagrosa transformación son muy difíciles de hallar.

La palabra *libano* viene del árabe *leben* o *laban*, que quiere decir «yogur». Cuando las enormes montañas se cubren de nieve, las ondas creadas por la irregular superficie les da la apariencia de yogur. Uno pude ver las montañas desde Beirut, las cuales se ven diferentes cada día debido a la cambiante luz de las nubes y del claro azul del mar. Ninguna persona que haya visitado el Líbano puede negar que el universo fue creado por Dios.

Vivir en Beirut me mantuvo en equilibrio, un complejísimo equilibrio de todos los aspectos de la vida: físico, espiritual, mental y social. Beirut me preparó para enfrentar un futuro con valentía y perseverancia. Pronto fui construyendo una exitosa carrera como cantante. Tuve muchos amigos con diferentes trasfondos. Compuse hermosas canciones, las cuales cantaba por la radio y en los días de campo en lo alto de las montañas, donde el

aroma de las fragantes laderas impregnaban el aire. El hecho de que yo disfrutaba mucho las actividades al aire libre se debía a que era una excelente terapia para mi continuo sufrimiento emocional.

Egipto

Después de la muerte de mis padres, me enamoré del canto y de la composición de música árabe. La música me consolaba en gran manera y me libraba de caer en la tentación de ser infectado por hábitos destructivos. A la edad de dieciocho años gané un concurso de canto, lo cual me dio pie para comenzar una exitosa carrera como cantante en las mejores radioemisoras de Beirut. Pronto me volví muy conocido y pude acumular una pequeña fortuna. Tiempo después, mis amigos en el Medio Oriente me convencieron de que buscara un futuro como músico en Egipto, ya que El Cairo era considerado como la meca de los artistas árabes y el Hollywood del Medio Oriente.

En 1949 volé a Egipto con mi pequeña fortuna y grandes sueños de convertirme en un famoso cantante y actor de películas. No sabía que un nuevo sufrimiento y gran pobreza me esperaban en esa etapa de mi juventud.

Egipto, como cualquier otro país, está saturado de bien y de mal. Un estafador muy carismático y conocido internacionalmente, no tuvo problemas en convencerme, usando psicología indirecta, para que le diera todos mis ahorros. Lo hice voluntaria e inocentemente, creyendo que estaba salvando la vida a un hombre que necesitaba ese dinero. Pero el hombre desapareció, dejándome sin un centavo. Lo que pasó a partir de ese momento no se puede explicar fácilmente.

Lo emocionante de todo esto es que Dios me permitió vivir todo tipo de sufrimientos y escasez, aun antes de ser llamado a servirle, para que así pudiese yo ministrar a personas de trasfon-

dos diversos. Puedo dar testimonio de que Dios me salvó en varias ocasiones, tornando el mal que se había pensado para mí en bendición: algo muy parecido a lo que Agar e Ismael vivieron.

Me alegra mucho decir que mi preparación académica y vocacional en Egipto, junto con las duras experiencias, me han sido de gran ayuda para escribir este libro. Además de recordar todas las inolvidables experiencias de mi juventud, llevo conmigo un diario de las cosas que he aprendido en las distintas escuelas.

En mi viaje a Egipto entre 1949 y 1952 quedé muy impresionado con los lugares históricos. Los antiguos egipcios eran personas muy talentosas en las artes y ciencias: la arquitectura era la más grandiosa de todas sus artes. Los edificios tenían rasgos muy distintivos, de increíble fuerza y grandeza, y estaban adornados con esculturas bien elaboradas y con colosales estatuas. La hermosura de sus construcciones jamás ha sido superada.

Quizás Egipto no sea la nación más antigua, pero su historia es la más conocida por el hombre. La ruinas y monumentos de la antigua civilización encontradas en el valle del Nilo hacen de las gigantescas obras arquitectónicas de Egipto las más interesantes, así como las más antiguas del mundo. Egipto es el lugar de nacimiento de las artes y la ciencia.

Visité Menfis y vi las espléndidas pirámides, que se extienden cerca de ciento doce kilómetros sobre la costa occidental del río Nilo, y entre las cuales se encuentra la popular pirámide de Giza. Las pirámides se construyeron bajo estrictos principios matemáticos y científicos. También vi la gran Esfinge (una mujer con cuerpo de león), de cuarenta y tres metros de largo y nueve de ancho de hombro a hombro. Aquí es donde se encuentran las villas de Karnak y Luxor, hermosos lugares con grandes estatuas y tumbas de reyes y reinas talladas en roca sólida y muchos otros hallazgos de gran importancia. Egipto era la universidad del mundo antiguo, donde Moisés, Platón, Pitágoras y otros filóso-

fos e historiadores realizaron sus estudios. El descubrimiento de la piedra Rosetta en 1799 ayudó a descifrar las inscripciones jeroglíficas en los monumentos, las cuales eran desconocidas para los griegos y otras antiguas naciones. La piedra Rosetta se encuentra actualmente en el Museo Británico.

Los egipcios dieron tantas contribuciones a la civilización, que no sería posible enumerarlas en este capítulo. Por empezar, fueron los primeros en poner fundamento para un sistema organizado de ofensiva en batalla. Los carruajes formaban la parte más potente dentro del ejército egipcio. Estos carros eran tirados por dos caballos y por lo general tenían dos guerreros, uno para dirigir el carro y el otro para pelear. El arma nacional era el arco y los egipcios eran los arqueros más hábiles de la antigüedad, una práctica heredada desde la época de Ismael (Gn. 21.20).

Ninguna otra nación en la tierra tiene una herencia tan rica en monumentos y otros objetos de importancia histórica como Egipto. Fue de la tierra de los faraones que salió un sinnúmero de logros intelectuales en siglos posteriores. Elementos de gran importancia en ciencia, arquitectura, filosofía, matemáticas, literatura, teología y arte, florecieron en ese lugar. Los egipcios desarrollaron uno de los sistemas más antiguos de teoría política y jurisprudencia. Asimismo dieron origen a principios arquitectónicos destinados a ser usados por generaciones futuras.

Ya desde la época de Platón, los intelectuales y artistas visitaban Egipto para admirar sus instituciones culturales y sus numerosas antigüedades. Las maravillas arquitectónicas más antiguas son las tres pirámides de Giza y los templos en Karnak y Luxor, que fueron construidos entre 2780 y 2270 a.C. Las pirámides fueron construidas por motivos religiosos y políticos, en un doble intento de garantizar la inmortalidad a los faraones y de atestiguar la continuidad de la nación.

Los templos superan a las pirámides en forma arquitectónica y esplendor, y se caracterizan por su gran tamaño. El templo de Karnak es el edificio religioso más grande que se haya construido. En su salón central podría caber casi cualquier catedral gótica europea.

La revista internacional *Aramco* me permitió investigar parte de su material impreso con respecto a algunos de los temas que se han tocado en este capítulo. Por ejemplo, en un ejemplar de julio y agosto de 1987, hay un artículo escrito por John Lawton en cuanto a la presentación de *Aída* de Giuseppe Verdi en Luxor.

Aída es la ópera más popular de Verdi. Se escribió a pedido del virrey de Egipto, Khedive Ismail, quien había construido una suntuosa casa de ópera para representarla en El Cairo, por primera vez, el 24 de diciembre de 1871. Sin embargo, la reciente presentación de *Aída* en el santuario interior del templo de Luxor, contrapuso la extraordinaria producción de talentos occidentales, con la belleza natural de la esfinge, guardiana del río Nilo, lo cual no sólo impresionó positivamente a la audiencia, sino que avivó mi imaginación y volvió a encender mi amor por la ópera, trayendo a mi memoria inolvidables recuerdos de mis días de artista en Egipto.

Después de haber dejado una huella bien marcada en el Líbano como cantautor, me encaminé a la meca artística de los árabes en 1949. Como mencioné anteriormente, en esa época El Cairo era el Hollywood del Medio Oriente, así como también el centro de la aristocracia egipcia y la élite europea, que llevaban una vida de profusa extravagancia. En verdad, El Cairo fue una ciudad cosmopolita durante el gobierno del rey Farouk, cuando musulmanes, cristianos, judíos y otros, convivían en una ambiente multicultural. (No sé cómo está El Cairo hoy en día, salí de Egipto cuando el rey Farouk fue destronado y deportado en 1952, poco después de lograr mi participación en una película.)

Noté que los egipcios son graciosos y amables, con un incomparable sentido del humor. El Cairo me recordó mucho el tráfico indisciplinado de Beirut y el problema de ser responsables con las citas. Estas no son características únicas de los conductores de taxi. Hace más de setenta y cinco años, T. E. Lawrence habló al respecto diciendo:

La mente semita no se inclina a un sistema de organización; resulta casi imposible fusionar los diversos elementos que rodean a los semitas en un moderno y compacto estado.

Los taxistas muy rara vez prestan atención a los policías que, en forma frenética, dirigen el tráfico con sus silbatos y movimiento de brazos. Los límites de velocidad no son respetados, y el dueño del automóvil más grande y la bocina más fuerte, es el que tiene derecho al paso. A pesar de esta aparente desorganización, El Cairo y Beirut tienen un bajo índice de accidentes de tránsito en comparación con Occidente.

No he visto en ninguna otra parte un optimismo tan grande como el de los egipcios. No importaba cuán grave fuera la situación, ellos tenían la habilidad de reírse de sus problemas y de cualquier cosa, aunque jamás de su religión. Quedé muy impresionado de su fe y conocimiento del Corán. Cuanto más los escuchaba recitar el Corán, más me enamoraba de las enseñanzas de Mahoma, y por poco me persuaden de ser uno más de sus seguidores, en especial cuando empecé a visitar Al-Azhar.

Al-Azhar quiere decir «el resplandeciente», es la universidad islámica más antigua e importante del mundo. Según el calendario lunar musulmán, la celebración del milenio de Al-Azhar fue en 1942. Por más de mil años la gente en El Cairo ha sido llamada a la oración cinco veces al día, desde el minarete de la mezquita de Al-Azhar. Por las mañanas son despertados por la dulce voz del almuecín que clama: «¡Alá es grande y Mahoma es su mensajero!». Muchos oran en sus casas arrodillados en alfombras o

mantas, o en cualquier lugar donde estén al momento del llamado. Otros prefieren ir a la mezquita de Al-Azhar, y se quitan sus zapatos o sandalias a medida que van entrando. Artesanos con caftanes teñidos, estudiantes y ejecutivos con pantalones y chaquetas, con túnicas o sin ellas, guardan silencio respetuosamente al cruzar el soleado patio hacia el santuario.

Dentro del santuario los profesores, con caftanes grises y gorros de fieltro rojo, bordeados con una ancha banda de lino, pasan mucho tiempo enseñando a sus alumnos. Los estudiantes se sientan con las piernas cruzadas sobre grandes alfombras rojas. Por más de mil años, los estudiantes se han aglomerado alrededor de los pilares de Al-Azhar para aprender teología y ley musulmana en un árabe perfecto, además de memorizar el Corán. La ciencia de la memorización es la base del plan de estudios en la educación superior. Un jeque en Al-Azhar me dijo que Al-Ghazzali recibió su título como autoridad en el islam, por memorizar trescientas mil tradiciones. Los poetas eran reconocidos por su gran memoria. Después de leer cierto libro, el renombrado poeta Al-Mutanabi no vio la necesidad de comprarlo, puesto que había memorizado su contenido. Los eruditos árabes han tenido siempre una buena memoria, puesto que desde niños fueron entrenados en la memorización, y pasaron esta tradición a las generaciones posteriores.

La influencia de Al-Azhar se extendió más allá de Egipto. Para el mundo musulmán, Al-Azhar es comparable a la Universidad de Oxford y a los mejores seminarios y parlamentos del mundo Occidental. Es el centro mismo de la fe musulmana, donde hay un sínodo de jeques, quienes estudian y definen la ley secular, basados en las enseñanzas del profeta Mahoma. La Meca es el corazón del islam, pero Al-Azhar es la cabeza. El rector o jeque de Al-Azhar transmite las decisiones religiosas y seculares ante los juristas y teólogos musulmanes.

Siempre había algo interesante que hacer en El Cairo. Un día un amigo musulmán me llevó a ver cómo se realizaba el arte antiguo de fabricación de grandes carpas. Fuimos a la puerta Bab ñuwayla, del siglo X, en el viejo Cairo y pude ser testigo, por primera vez, de esta increíble habilidad. La antigua técnica ha pasado de padres a hijos por cientos de años.

Hay más en la fabricación de carpas de lo que salta a primera vista. Todos los diseños deben ser previamente dibujados en grandes pliegos de papel marrón. Con una aguja muy fina, se hacen pequeños orificios en el contorno del diseño. Luego se coloca el papel perforado sobre cada uno de los pedazos de tejido coloreado, por lo general de un rojo brillante, azul, amarillo o de un verde tornasolado. Un polvo negro de carbón es rociado sobre el papel para que se filtre por los orificios, dejando así un fino trazo que bordea el diseño resaltando sobre la tela, lista para ser cortada. Este es uno de los varios trabajosos procesos por los que se pasa para hacer una sola carpa.

Una vez me dijeron que hace más de mil años, los fatimidas de Egipto usaban enormes carpas fabricadas con telas hechas de oro y seda, sujetadas con puntas de plata. Una de las carpas de un califa requería cien camellos para ser transportada; cincuenta artistas demoraron nueve años en fabricarla. Hoy en día, en el cumpleaños del profeta Mahoma, un gran pabellón de carpas se extiende cerca de la Universidad de Al-Azhar. Grupos de religiosos de todas partes de Egipto se reúnen para celebrar.

El Cairo es la ciudad más grande de África. Ya dijimos que es el centro intelectual, religioso y educativo del mundo árabe, el Hollywood del Medio Oriente, la sede del periodismo y la edición de libros. Por todo esto, El Cairo sigue siendo la ciudad más interesante del Medio Oriente y África.

Solía estudiar el Corán en el balcón de mi departamento, en las solitarias pero hermosas horas de la madrugada, cuando El

Cairo era bañado por el rocío del desierto. Recuerdo con lucidez haber visto la evidencia clara de una ciudad que una vez perteneció a los más grandes de la tierra. A diferencia de las áridas ciudades árabes construidas por los petrodólares, El Cairo tenía esencia y alma. Sus cafés al aire libre rebosaban de vida y sus calles bulliciosas estaban llenas de gente y vehículos casi toda la mañana. Desde todo punto de vista, El Cairo era como un imán vibrante lleno de emoción, una ciudad donde un árabe siempre se sentía en casa.

Al-Qahira es el nombre de El Cairo en árabe, lo cual quiere decir: «atormentador». El término se utiliza para retratar una relación platónica entre un hombre y una mujer. Uno puede sentirse disgustado o atormentado por la mugre, congestión y el exasperante ruido de El Cairo, pero es seguro que experimentará una atracción única hacia esta extraordinaria ciudad.

Me dijeron que Platón estudió un tiempo en El Cairo y quedó maravillado por las tres pirámides de Giza, y que la élite francesa de esa ciudad todavía habla del legado dejado por Napoleón Bonaparte en una expedición científica a Egipto, unos dos siglos atrás. La hermosa arquitectura de los romanos, los franceses, las cúpulas de los mamelucos y otras culturas, todos estos datos históricos nos ayudan a recordar que El Cairo fue y sigue siendo una yuxtaposición de lo viejo y lo nuevo, donde el este y oeste fueron parte de la formación de su carácter amable.

El canal de Suez, construido por el francés Ferdinand Marie de Lesseps, fue inaugurado en 1869 como un paso para tres continentes: África, Asia y Europa. Entonces comenzó el llamado «reinado del algodón», y la vida se tornó un derroche de extravagancias para la élite de Europa, del Medio Oriente y otros lugares, hasta la deportación del rey Farouk en 1952. Cuando fui a Egipto en 1949 con la intención de ser cantante y actor, solía sentarme en el balcón de mi departamento y observar varios minare-

tes de grandes y hermosas mezquitas que humillaban a todo lo demás en la vista. Mi departamento estaba en el segundo piso de un viejo pero lindo edificio con vista a las tranquilas aguas del Nilo. A diario, antes de que el sol saliera, las dulces voces de los almuecines convocaban a los fieles musulmanes a la oración.

El Cairo era en verdad cosmopolita. Cristianos, musulmanes, judíos y gente de otras nacionalidades, creencias y razas vivían en paz y armonía, comunicándose entre ellos en forma amable y libre. Dios ha creado un mundo maravilloso y con suficiente espacio para que todos habitemos en paz. Estoy orando para que árabes y judíos, junto con gente de otras razas, sean amigos nuevamente y que puedan coexistir en paz con la ayuda de Dios.

Emiratos Árabes Unidos

Los Emiratos Árabes Unidos comprenden siete estados federales: Abu Dabi, Ajmán, Dubai, Fujairah, Ras al-Khaimah, Sharjah y Umm al-Quwain. Con el descubrimiento de yacimientos petrolíferos en 1959, los poblados costeros del golfo Pérsico han canalizado sus riquezas en la construcción de modernas ciudades provistas de colegios, hospitales, bancos, lujosos hoteles, hermosos puertos, fábricas, granjas e impresionantes carreteras que casi no necesitan reparación alguna en más de un año. Los siete estados obtuvieron su total independencia de Gran Bretaña en 1971, y llegaron a ser conocidos como Emiratos Árabes Unidos.

El vecino más importante de estos Estados es el país independiente de Omán, sobre todo porque es quien rige la costa oeste del estratégico estrecho de Ormuz, un portal para el petróleo del Golfo, y además porque en el pasado era su principal proveedor de cobre e incienso. Omán fue aislado por sus siete Estados vecinos y devastado por la pobreza hasta el descubrimiento de petróleo en 1964.

Es interesante resaltar el hecho de que, recientemente, ar-

queólogos han descubierto que el misterioso país de Makan o Magan, mencionado en tablas sumerias, ha sido rastreado hasta relacionarlo con la moderna Omán. La antigua Omán tenía una floreciente industria de extracción y procesamiento del cobre. Más de tres mil años atrás, mineros de Magan excavaban y procesaban toneladas de cobre y la exportaban a través de Dilmun, es decir, la actual Bahrein, hacia Sumeria⁵⁶ (la tablas de inscripciones de Sumeria encontradas en Irak corroboran esta información).

Dhofar, hoy parte de Omán, era también uno de los principales proveedores de incienso, el cual fue ofrecido como presente al rey Salomón por parte de la reina de Sabá, y al niño Jesús por parte de los sabios de Oriente. Los *magos* o sabios de Oriente eran, en realidad, importantes legisladores de tribus árabes, quienes tenían un enorme séquito de fieles guerreros que servían, obviamente, como sus guardaespaldas. Los sabios de Oriente eran más que sólo tres, y estaban interesados en el nacimiento de Jesús probablemente porque eran descendientes de Abraham a través de Agar o Cetura. Ellos conocían la profecía acerca de «el que viene», quien se sentaría en el trono de David en Jerusalén. Tertuliano (160-230 d.C.) dijo que los sabios eran árabes. Según el entendimiento de los padres de la iglesia, los regalos dados al recién nacido Jesús tienen un significado simbólico. El oro representa la deidad de Cristo, el incienso simboliza su pureza, y la mirra, su muerte, puesto que era usada para embalsamar.

Se entiende que los productos árabes y sus contribuciones son una tradición antigua, puesto que no hay documentación de ellos. Dios ha otorgado grandes bendiciones a los árabes (Gn. 17.20) y estas bendiciones han sido exportadas y compartidas con el resto del mundo.

Por miles de años el oro, incienso y la mirra fueron símbolos de gran riqueza y lujo para las naciones más poderosas. El tributo

más alto que se podía dar a un rey en ese tiempo, era la dedicación de los productos más preciosos de la naturaleza, así como lo hicieron los sabios árabes con el Señor Jesús recién nacido. Cuando la reina de Sabá ofreció estos obsequios al rey Salomón (1 R. 10.10), ella iba en busca de su sabiduría que «sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra e incienso y de todo polvo aromático» (Cnt. 3.6).

Estos preciosos recursos naturales, como el petróleo hoy en día, fueron la base de diversos productos populares que trajeron grandes riquezas durante los períodos de los griegos y romanos. En los siglos siguientes, los árabes desarrollaron nuevas tecnologías en la creación de perfumes, añadiendo la fragancia de una gran variedad de flores al tradicional olor de las maderas. Durante los reinados de los califas Umayyad y Abasida, cuando los árabes poseían un vasto imperio que iba desde la India hasta España, los alquimistas crearon una esencia floral denominada *itr* en árabe, la cual aún se conoce por ese nombre: esencia de rosas. Otros tipos de esencias eran traídas por los soldados de las cruzadas en el Medio Oriente. Estas esencias revolucionaron el concepto europeo de cosméticos, los cuales, hasta la edad Media se habían limitado solamente a pinturas. Finalmente, las habilidades en la producción de perfumes fueron transmitidas por los árabes españoles a otras partes de la tierra.

La resina de los árboles de incienso, *boswellia sacra*, es recogida en cestas de dos asas, tras cortar lonjas de corteza con un cuchillo ligero, llamado *minqaf*. De estas aberturas fluye la resina y se endurece en forma de lágrimas, las cuales son arrancadas del árbol y puestas en las canastas. Dhofar, provincia de Omán, junto con Hadramawt, fueron la cuna de la gran cantidad de variedad de artesanía con incienso. Aun hoy estos árboles florecen en las desiertas planicies de Arabia, nutridos por el fuerte sol tropical, y el pesado rocío, único en esta parte del mundo. El punzante y

agradable aroma que expele el incienso cuando es quemado, ha sido y aún es muy apreciado por la gente en el Medio Oriente y otros lugares; y la sugestiva y embriagadora fragancia de este delicioso perfume todavía causa furor en las tiendas más exclusivas del mundo.

Irak

Recientes excavaciones y reconstrucciones arqueológicas nos han provisto de información importante y precisa de lo que debió haber sido Babilonia bajo el mando de Nabucodonosor. La gran ciudad se ubicaba a ambos lados del Éufrates con grandes muros fortificados, magníficos templos y majestuosos palacios. Las dos partes de la ciudad estaban conectadas entre sí por el primer puente de piedra jamás construido. Era de forma cuadrada y sus calles eran lo suficientemente anchas como para que dos carros tirados por cuatro caballos pasaran a la vez.

El palacio real dominaba uno de los extremos de la ciudad y estaba decorado en forma lujosa, recubierta por un relieve de ladrillos brillantes, con varias estructuras arqueadas y bóvedas de piedra. Los famosos jardines colgantes de Babilonia fueron construidos por Nabucodonosor para su esposa Amytas, de modo que ella no echara de menos su casa en las montañas. Los jardines se mantenían siempre verdes gracias a una avanzada técnica de irrigación. Esta obra maestra de ingeniería alimentaba un constante suministro de agua que era bombeada desde un pozo, con un sistema triple para el riego de gran variedad de árboles y plantas.

En el otro extremo de la ciudad se encontraba la torre de Babel. Este templo había sido construido con ladrillos esmaltados de color azul, «para competir con el cielo», y en su estructura superior tenía una estatua sentada del dios Marduk, de seis metros de altura. El templo mismo era cuadrado y tenía ocho torres, la

una apoyándose sobre la otra y todas sobre un zigurat. Se podía llegar a la parte superior del zigurat subiendo por una escalera que lo rodeaba por fuera, con asientos en determinados espacios, para quienes se cansaban al subir.⁵⁷

La abundancia de los depósitos de petróleo que hoy en día tiene Irak, en cierta forma ha empañado el hecho de que es cuna de civilizaciones. En Irak se encontraba el jardín del Edén, así como el hogar del patriarca Abraham, la torre de Babel y los jardines colgantes de Babilonia. La tumba de Jonás está ubicada en Nebi Yunus, ciudad iraquí visitada frecuentemente por cristianos, judíos y musulmanes. Fue también en el tiempo babilónico que Hamurabi introdujo su código de leyes, el cual se mantuvo insuperable hasta la llegada del imperio romano. El uso de la primera rueda, de las matemáticas, la escritura pictográfica, las primeras leyes escritas y el arado sucedieron en el valle del Tigris y del Éufrates.⁵⁸

Irak sobrevivió el paso de muchos imperios y culturas. Sumerios, babilonios, asirios, persas, griegos, romanos, árabes, otomanos y británicos. Todos han contribuido con su espléndida historia. Bagdad fue el centro de la era de oro de los árabes, durante el período del califato abasida (750-1258). Fue una época de esplendor y magnificencia. Durante ese tiempo se introdujeron los números arábigos y el sistema decimal, así como el álgebra y muchos trabajos científicos y literarios. Se hacía intercambio de embajadores con otros países, de la misma forma se enviaban delegados a lugares lejanos como India y China para establecer relaciones comerciales. Bagdad era un mercado abierto para los comerciantes de todas partes y los negocios se realizaban tanto por tierra como por mar. Iraquíes navegaban hasta China para obtener seda y porcelana, a India en busca de oro y especias, y a Zanzíbar por marfil.

Hoy en día, también Irak está en el umbral de lo nuevo y lo

viejo.* El hogar del gran califa Harún al-Rashid, en Bagdad, refleja la afluencia de la ciudad con sus modernos hoteles, oficinas, bancos y muchas otras atracciones turísticas. Al mismo tiempo, la ciudad capital de Irak aún abraza las típicas callejuelas angostas y en zig zag con sus bazares, los cuales fueron construidos en la Edad Media, e incluso antes.

Siria

Siria tiene un área aproximada de 116.000 kilómetros cuadrados. Limita con el Líbano y el mar Mediterráneo en el oeste, con Turquía en el norte, con Irak al este y con Jordania e Israel al sur. Los griegos siempre consideraron a Siria como parte de Palestina y Fenicia, pero los judíos pensaban a estos tres países como distintos entre sí hasta 1948, cuando Palestina fue arrebatada por los judíos y se convirtió en lo que conocemos como Israel.

Aram, uno de los cinco hijos de Sem, fue el que fundó Siria. Uno de los montes principales de Siria es el monte Líbano, cuya cima se dice que es poderosa por estar cubierta de nieves eternas. La capital de Siria es Damasco y se cree que Al-Sham, como los árabes prefieren llamarla, es la ciudad más antigua del mundo. Antioquía, la capital de Siria durante la era del imperio griego, era conmemorada por su belleza y magnificencia. En esta ciudad «a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez» (Hch. 11.26). También había otra ciudad en el Asia Menor llamada Antioquía, la cual fue visitada por el apóstol Pablo (Hch. 13.14). Otras ciudades famosas de la antigua Siria fueron Tadmor, conocida más tarde como Palmira; y la griega Heliópolis (ciudad del sol); hoy conocida como Baalbek y perteneciente al Líbano.

[*] Nótese que cuando el autor escribe no se había aún producido la invasión del país por parte de los Estados Unidos ni la consiguiente guerra y derrocamiento del régimen de Sadam Husein (*N. del e.*).

Los primeros habitantes de Siria fueron los arameos, descendientes de Aram, el hijo más joven de Sem (Gn. 10.22). También se cree que algunos de los descendientes de los hamateos habitaron allí en tiempos antiguos. Los hamateos son los hijos de Canaán (Gn. 10.18). Las escrituras hebreas representan a la antigua Siria dividida en pequeños reinos, tales como Damasco, Hamat, Gesur y Zoba. Al principio, los sirios fueron gobernados por jefes llamados *reyes*, un título que los antiguos escritores aplicaron a cada gobernador o líder de la comunidad.

Durante el período de la supremacía de Siria (que dominó el antiguo mundo bíblico desde los siglos IX a VII a.C.) Siria fue dividida en por lo menos cinco estados principales: los hititas del norte, cuya capital era Carquemis, sobre el río Éufrates; Patena, ubicado en la parte baja del río Orontes cuya capital era Kinalua; los hamateos, ubicados en la parte alta del río Orontes, cuya capital era Hamat (la moderna Hama); los hititas del sur en la región sur de Hamat y por último los sirios de Damasco, cuya capital era la propia Damasco.⁵⁷

Hasta su historia reciente, como ya se ha dicho, Siria estuvo bajo el dominio sucesivo de los asirios, los babilonios, los medopersas, los grecomacedonios, los romanos, los sarracenos, los turcos (*seljuk*), los tártaros de Mongolia, los turcos otomanos (durante por lo menos cuatro siglos) y los franceses. Siria obtuvo su total independencia de Francia en 1946. El Líbano pasó por la misma experiencia que Siria. Si algo aprendí de la historia, es que todos los conquistadores son iguales. Por ejemplo, cuando Francia derrotó al imperio turco y se apoderó del Líbano y Siria en 1918, en lugar de dar al pueblo una política de autogobierno, se estableció en medio y gobernó los dos países árabes. Los británicos procedieron del mismo modo con los palestinos, al hacerles promesas que jamás pensaban cumplir.

El filósofo alemán Hegel lo dijo mejor: «Pedimos a los hom-

bres que estudien la historia, pero lo único que ellos aprenden del estudio de la historia, es que no aprenden nada del estudio de la historia». Este sofisma de Hegel puede ser considerado empíricamente correcto, puesto que cada vez que una potencia mundial ayuda a una nación más débil, lo hace únicamente por interés propio.

Por otro lado, la ciudad de Damasco jugó un rol incomparable como sede del imperio árabe bajo las normas islámicas de los umayyads, rivalizando con Bagdad y con la España musulmana. Damasco era entonces el indisputable centro cultural del mundo. Entre los sirios famosos se destacan Al-Farabi (872-950) y Al-Mutanabi (915-965).

El elegante estilo de la prosa de Al-Mutanabi fascinaba a sus oyentes, causando en ellos un celo por cumplir sus deseos e intenciones. El pomposo y adornado estilo del reconocido poeta «con su florida retórica y metáforas improbables lo posicionó, hoy en día, como el poeta más citado en el mundo musulmán. Una autoridad de antaño dijo de sus poemas: “Un trabajo a la altura de la perfección”». ⁵⁸ Al-Mutanabi fue el más grande poeta de su época y su nombre fue inmortalizado en la historia islámica.

La edad dorada de la lírica medieval alcanzó su auge durante los siglos VII a X. Los poemas se inspiraban en temas como el amor, la hospitalidad, las guerras, el coraje y el patriotismo. La poesía ganó prestigio bajo el mando del califato umayyad, cuando Al-Akhtal y Al-Farazdaq escribieron sus obras maestras (alrededor del 640 al 732). Tanto éstos como otros poetas de renombre lograron inmortalizar la forma de la poesía lírica. El sonido de las palabras, el ritmo y la armonía producida por la hermosura fonética del árabe, provoca una respuesta emocional y espontánea.

El ritmo, la rima y la musicalidad de los poemas podían hipnotizar a los oyentes, ejerciendo una mágica influencia sobre ellos. «La belleza del hombre reza un proverbio árabe radica en la elocuencia de su lengua». Otro dice: «La sabiduría comprende tres cosas: el cerebro de los francos, las manos de los chinos y la lengua de los árabes». Y dicen también que los tres atributos básicos del hombre perfecto son: «la elocuencia tanto en la prosa como en la poesía lírica, el tiro con arco y la equitación».

El poeta árabe era honrado como un gran héroe y sea en tiempo de paz o de guerra, su lengua tenía el poder de levantar a una nación, así como lo haría el discurso vehemente de un talentoso orador político. Los poemas eran confiados a la memoria de los poetas, y a veces eran recitados en presentaciones de brillante improvisación, y así fueron pasando de generación en generación.

Además de ser el orador y portavoz de su comunidad, el poeta era también el historiador y el científico. Era versado en genealogía familiar y todo tipo de tópicos sobre el tema. Además no tenía ningún tipo de dificultad en cubrir los huecos en las historias y rellenar lo faltante. De esta manera, obtenía mucho éxito al dar un registro continuo desde Adán hasta Mahoma y sus generaciones posteriores.

El islamismo considera que la lengua semítica más importante es la arábiga, principalmente porque el Corán está escrito en esa lengua, y más de mil millones de árabes y de musulmanes hablan y oran en árabe. El árabe clásico o literal es aún usado hoy como el medio de comunicación en forma escrita y hablada. El árabe coloquial, empleado en las conversaciones en general, difiere en gran manera de la lengua clásica. La lengua clásica puede ser entendida por la mayoría de los árabes, mientras que el árabe coloquial sólo es comprendido por personas que hablan el

mismo dialecto. Los dialectos varían entre sí esencialmente en la adición de sufijos y prefijos.

Gramaticalmente, la lengua árabe tiene las características de las lenguas semitas. La raíz de tres consonantes consiste en tres consonantes separadas por dos vocales. Las vocales se muestran en símbolos por debajo o encima de las consonantes. El árabe se escribe de derecha a izquierda y su alfabeto está compuesto por veintiocho consonantes que provienen de la escritura aramea. Los árabes, en todo el sentido de sus vidas, aman de forma casi mística su idioma, por su belleza, ritmo y peculiaridades.

Sin embargo, la más alta contribución de los árabes al mundo se dio en el campo de la enseñanza filosófica. Ellos tradujeron y transmitieron la filosofía griega al Occidente, añadiendo su propia contribución enciclopédica, especialmente al reconciliar la fe y la razón, la religión y la ciencia. Las filosofías desarrolladas por los griegos, así como el monoteísmo revelado en la Biblia, debían ser armonizados.

Al llegar a este punto, los pensadores islámicos medievales de Bagdad, Damasco y Córdoba han sido históricamente reconocidos por la reconciliación de estas dos corrientes de pensamiento. Estas y otras contribuciones de los árabes fueron de gran magnitud, considerando su efecto sobre lo científico y el pensamiento filosófico y sobre otros campos de conocimiento.

Lamentablemente, la literatura árabe es poco conocida fuera del Medio Oriente, probablemente por lo que el escritor inglés John Fowles denominara «la cortina de hierro lingüística», la cual oculta mucho de la cultura e historia árabe del mundo occidental.

7

Para comprender la mentalidad y la cultura árabe

MIDESEO más sincero es que la información que presento a continuación provea de una guía transcultural para quienes están interesados en un claro entendimiento de la forma de pensar y prácticas sociales de los árabes. A mi conocimiento, ningún otro libro ha sido escrito desde un punto de vista positivo, con intención de enfatizar que su estilo de vida — las buenas y no destructivas maneras de vida —, debe ser apreciado en lugar de criticado. He aquí unos cuantos patrones de pensamiento y prácticas culturales de los árabes.

El legado de la cocina

Se ha dicho que «algunas personas viven para comer y otras comen para vivir». Los árabes hacen ambas cosas y lo disfrutan muchísimo. Los árabes semitas y sus contemporáneos añadieron un gran valor al arte histórico de cocinar, el cual fue transmitido

desde Mesopotamia (el Irak moderno). Según la historia ancestral, la tierra entre los ríos Tigris y Éufrates fue, aparentemente, el lugar de nacimiento de la alta cocina, además de la cuna de la civilización. El diccionario bilingüe de las lenguas sumeria y acadia, grabado en escritura cuneiforme, en veinticuatro tablas de piedra de alrededor del 1900 a.C., da una lista de nombres en lenguaje mesopotámico para más de ochocientos diferentes clases de comidas y bebidas, incluyendo veinte diferentes tipos de queso, más de cien variedades de sopa y trescientos tipos de pan, cada uno con diferentes ingredientes, rellenos, formas y tamaños.

Otros descubrimientos arqueológicos sugieren que una lista de compras para los platos mesopotámicos podría ser bastante más larga que una nuestra. Por ejemplo, grabados de piedra fueron descubiertos en Nínive mostrando siervos cargando las más refinadas delicadezas hacia la mesa real, entre ellas saltamontes en brocheta y tripas rellenas. Presumiblemente los mesopotámicos prepararon y comieron la primera salchicha de la que se tenga noticias en el mundo entero.⁵⁹

Registros de entregas a la cocina real en Ur, incluían patos, lechones, palominos, cordero y gansos. Otros registros enlistan muchos tipos de pescado fresco y de mar; los favoritos eran los criados en las reservaciones que formaban parte del complejo sistema de irrigación de Mesopotamia. Al parecer, el principio básico de la dieta en Mesopotamia incluía garbanzos, lentejas, cebollas, puerros, cebolla escalonia (también llamada de verdeo), ajo, lechuga, pepino, manzanas, peras, uvas, higos, pistachos, dátiles y granadas. También se utilizaba una amplia variedad de especias y hierbas; no por nada esas personas eran saludables y vivían mucho más tiempo que la población mundial actual.

Mesopotamia, el Irak moderno, creció en gran prominencia y

esplendor durante el califato abasida, cuando el islam era la influencia más poderosa en el mundo y Bagdad se convirtió en la capital política y cultural en 702. Los árabes introdujeron el protocolo en los hábitos de comer. Una élite cosmopolita gobernante surgió de entre aquellos que vivían en el lujo. Los banquetes en las cortes de los califas eran proverbiales por su fastuosidad y camaradería, y la cocina se volvió un arte que alcanzó grandes alturas.

La generosidad de los árabes está enraizada profundamente en la conducta pública y se ha convertido en un hábito más que en algo ostentoso. Se practica en forma tan natural que las relaciones sociales se desarrollan en un ambiente de tranquilidad e informalidad. La hospitalidad es una virtud que se extendió desde las tiendas de Sem hasta la morada de Abraham y el lugar más lejano del mundo musulmán. Aun hoy es muy raro visitar un hogar, sea este de gente adinerada o no, en el que no se deje notar la gran hospitalidad con la que se trata al visitante. La historia y la literatura árabes están llenas de anécdotas de exuberante generosidad e increíble derroche. La reputación de ser hospitalario es de mucho valor para el árabe; un anfitrión de bajos recursos mataría, literalmente, su última oveja con tal de ofrecer un banquete a su invitado.

De cada país que conquistaron, los árabes trajeron sus diferentes gustos culinarios: aceite de oliva de Siria, dátiles de Irak y café de Arabia. Cultivos como arroz, azúcar, berenjena y espinaca se diseminaron por todo el mundo árabe. Durante el período abasida, del siglo IX al XII, el mundo árabe experimentó una serie de mezclas en el estilo de cocina y refinamientos en los hábitos alimenticios. Cada poeta, artista, médico o príncipe, entre otros, tomaron un gran interés en la comida. El escribir sobre qué comer se convirtió en algo común y corriente. El gusto por los

alimentos picantes y por los dulces se tornó popular, y todos estos eran preparados por profesionales de la cocina.

La etiqueta social

Un invitado jamás entra en la casa de un árabe sin que se le ofrezca algo de comer o beber, asumiendo que el invitado no aceptará la primera vez, no importa cuán sediento o hambriento esté. Si alguien llega a la hora de la comida, los que están a la mesa ofrecerán compartir su comida al invitado, así se trate de un amigo o de un extraño. Por supuesto, se espera que el invitado rechace la invitación por lo menos tres veces antes de que acepte finalmente.

Cuando fui a los Estados Unidos en 1953, una familia cristiana me invitó a compartir el almuerzo. Era una mañana de domingo y no tuve otra opción que ir con ellos a la iglesia. Estaba tan hambriento que esperaba con ansias que el pastor terminara lo más rápido posible su aburrido sermón. Cuando llegamos a casa y la comida fue servida, oraron dando gracias, después me dijeron que empezara a comer... sólo una vez. Tuve que negarme, como había sido enseñado. El problema de esa difícil situación fue que mis anfitriones no conocían esa costumbre de mi cultura. De modo que me fui de su casa sin comer, hambriento, desilusionado y nunca más volví a ver a esa familia. Después de esa experiencia aprendí a no esperar a que me ofrecieran más de una vez.

De acuerdo con la sociedad tradicional, los árabes fueron enseñados a sentarse en alfombras y comer con la mano derecha solamente. Hoy pueden usarse cubiertos, según se escoja la forma tradicional o moderna de comer. Se considera de mala educación el apuntar a una persona con las puntas de los pies o mirarse unos a otros mientras se está comiendo. Después de comer y de que todos estén satisfechos, se ofrece café dulce o amargo. Se sirve en una cafetera de metal brillante, la cual está en la mano izquierda del anfitrión, mientras en la derecha sostiene las pequeñas tazas.

Se llena la taza lo suficiente como para que el que la beba pueda dar de tres a cinco tragos. Se vuelve a servir la taza hasta que el invitado señala que ha bebido suficiente.

Preparar y servir café es un deber muy importante del anfitrión, sea nómada o habitante de una ciudad o de una aldea. La preparación del café en el desierto árabe es toda una ceremonia. Los granos de café se tuestan sobre fuego directo y luego se muelen en mortero. Después se saboriza el café con cardamomo y se sirve en pequeñas tazas sin asas. Hoy en día, en las ciudades, el café se prepara en hornilla. Casi todas las mañanas preparo mi propio café y lo tomo con mi esposa.

Los árabes son muy sociables y disfrutan el tener visitas para las comidas y los tiempos de conversación. Las invitaciones para comer por lo general son verbales y espontáneas. En Occidente se sirve la comida a la hora que se hizo la invitación, no así en el Medio Oriente, donde los árabes invitan a las personas para conversar por largo rato antes de comer. Los árabes tienen sus historias de hospitalidad favoritas, las cuales comparten con sus invitados antes, durante y después de la comida. Generalmente hablan de su glorioso e interesante pasado, de la situación del mundo actual y dejan, en forma fatalista, su futuro a la voluntad de Alá.

Las creencias y la lógica

Cuando un misionero extranjero visita la casa de un árabe en el Medio Oriente con la intención de compartir el amor de Dios, el educado musulmán, quien conoce muy bien la Biblia y el Corán, no demora en señalar que Caleb, el edomita, es descendiente de un pueblo que está de alguna forma relacionado con los árabes a través del matrimonio entre parientes.⁶⁰ Prosigue diciendo que el propio Moisés se casó con una mujer árabe llamada Séfora (Éx. 2.21); que José se casó con Asenat, la hija de una sacerdote egip-

cio (Gn. 41.45); que a la tribu árabe de Recab se le concedió un lugar de honor en la adoración a Jehová y que esto se convirtió en un ejemplo de fidelidad para la tribu de Judá en Jerusalén (Jer. 35); que el patriarca Job era árabe y que los «sabios de oriente» (Mt. 2.1) que siguieron la estrella hasta Jerusalén también fueron árabes provenientes del norte de Arabia, «en vez de magos de Persia» o más allá.⁶¹

Para los árabes la devoción tiene un gran valor, y el islam afecta totalmente su diario vivir. Ellos creen en el nacimiento virginal de Cristo, y estudian con vehemencia en forma comparativa las religiones, con el fin de que los eruditos musulmanes logren persuadir a los cristianos que estén interesados en debatir, de que el islam es la última e inerrante revelación de Dios a través de Mahoma. Es por eso que yo animo a mis estudiantes y a cualquier cristiano erudito, a no buscar un debate con musulmanes, más que nada porque nunca nadie ha logrado convencer, con argumentos lógicos, a un musulmán para que crea en la deidad de Cristo y la Trinidad.

Comparando el cristianismo con el islamismo, los eruditos musulmanes tratan de convencer a sus oyentes de que sus creencias son más lógicas y prácticas que las del cristianismo. Para sustentar su argumentación, apelan al Corán resumiendo la doctrina básica de sus deberes religiosos, bajo los siguientes pilares.

Shahadah (profesión de fe)

Creer en Alá no es suficiente. El musulmán debe hacer una profesión pública oral. El acto de profesar la creencia de que Dios es un Dios y que Mahoma es su profeta, constituye el primer pilar del islam. La recitación de esta declaración con una intención genuina, en presencia de por lo menos dos testigos es más que suficiente para que una persona se convierta en musulmana.

Salat (oraciones preescritas)

Se debe orar cinco veces al día, ya sea en público o en privado: al amanecer, al mediodía, a la media tarde, al atardecer y dos horas después de la puesta del sol. Los musulmanes no se avergüenzan de su Dios, y sus llamados a la oración suenan desde el minarete de una mezquita. Ellos siempre oran en dirección a La Meca. La oración se regula por purificación ritual antes de orar; de algún modo se asemeja a prácticas del Antiguo Testamento, y por un determinado número de prostraciones y reverencias mientras recitan.

Irónicamente, el Señor Jesucristo ordenó a sus seguidores «predicar en las azoteas» el evangelio de salvación eterna (Mt 10.27); y mientras la mayoría de los silenciosos cristianos están adormecidos, los musulmanes están predicando el mensaje de Mahoma «en las azoteas» y logrando un avivamiento mundial.

Zakat (limosna)

Se requiere que los musulmanes den como limosna a los pobres y necesitados, por lo menos entre un cuadragésimo y el 2,5 por ciento de sus ingresos. No es común ver mendigos en las calles y cerca de las mezquitas en las ciudades musulmanas. En adición a aquellas limosnas que dan a los necesitados, miles de millones de petrodólares y dinero de otros ingresos se gastan en construir mezquitas alrededor del mundo para la propagación del islam. Un amigo mío musulmán, recientemente me dijo que la razón por la cual Dios les dio a los árabes mucho petróleo, es porque Él quiere que todo el mundo escuche el mensaje del islam.

Dondequiera que voy a enseñar y hablar acerca de una comprensión del islam, usualmente me piden que explique su rápido crecimiento. Yo creo que la razón por la cual el islam es tan popular, es porque los musulmanes están tomando su religión y llamado muy seriamente, así que en lugar de criticarlos por obedecer el

mensaje de su profeta, ¿por qué no tratamos de imitar su celo y determinación, y de hacer lo mismo para nuestro Señor y Salvador Jesucristo?

Sawm (ayuno)

El ayuno está restringido al noveno mes lunar del Ramadán, mes en el que fue revelado el Corán a Mahoma. «El calendario musulmán está basado en doce meses lunares y por lo tanto tiene aproximadamente once días menos que en el año solar. En otras palabras, el Ramadán cae un poco más temprano cada año y completa un ciclo del calendario gregoriano (occidental) aproximadamente cada treinta y tres años».⁶²

El propósito del Ramadán es experimentar hambre y practicar la autonegación a los placeres de la vida durante el día, y traer junto a ello una atmósfera de estación festiva, cuando la familia y los amigos se reúnen a socializar y festejar preparando comidas por la noche.

Haj (peregrinación)

Por casi catorce siglos, la haj ha sido uno de los más extraordinarios encuentros religiosos en el mundo. Millones de musulmanes se han reunido en Arabia Saudita a celebrar la peregrinación a La Meca. Los musulmanes, hombres y mujeres, vienen de cada rincón de la tierra a la ciudad más santa del islam. Hay tres ciudades santas, las otras dos son Medina y Jerusalén. La haj debe hacerse entre el octavo y décimo tercer día del doceavo mes del año lunar musulmán.

Algunas de las características más emocionantes de la peregrinación son la mezquita sagrada y la Kaaba con su Piedra Negra enmarcada en plata en la pared y cubierta con una tela negra, con versos del Corán escritos en dorado. Los musulmanes besan o tocan la Piedra Negra, la cual ha sido acariciada por millones

de manos y labios con la creencia de que ésta es una joya preciosa traída desde el paraíso por Adán, y dada más tarde a Ismael por el *ángel* Gabriel.

De todas maneras, el besar o tocar la Piedra Negra es sólo un ritual que se realiza porque Mahoma lo hizo y no porque tenga algún poder espiritual.⁶³

Jihad (guerra santa, por una causa justa)

De acuerdo con la creencia musulmana, los hombres saludables y, ocasionalmente las mujeres, deben tomar las armas en una eventual causa santa que podría o no terminar en guerra. La muerte en la *jihad* es considerada como la de un mártir. Un guerrero que da su vida por una causa santa, se asegurará un hermoso lugar en el paraíso con privilegios celestiales especiales. Esta es una razón muy buena para que los poderes extranjeros no provoquen a los musulmanes a ira. El islam debe mucho de su popularidad como una de las religiones más importantes del mundo, a este principio.

La educación de los hijos

En la familia árabe tradicional, los niños eran educados en el hogar tan pronto como aprendían a hablar. El deber del padre era enseñarles acerca de Dios, y a la edad de seis años, se comenzaba a ejercitarlos en la responsabilidad de recitar la oración ritual. El Corán era usado como un libro de lectura en la escuela primaria. Además de lectura y escritura, a los estudiantes se les enseñaba gramática árabe, historia, poesía, aritmética e historias sobre del profeta Mahoma. También eran entrenados en arquería y natación. El valor de la natación fue acentuado en la vida de la costa mediterránea.

Las ideas éticas de educación deducidas de la literatura arábiga en cuanto los tópicos de enseñanza fueron: formar a los estu-

diantes en los valores, la perseverancia en tiempos de problemas, paciencia en las pruebas, observancia de los derechos y obligaciones hacia los vecinos, generosidad, hospitalidad, valentía, cortesía, compasión para con los necesitados, protección para la mujer y cumplimiento de las promesas solemnes. Estas fueron reconocidas como las más altas y preciadas virtudes en un caballero árabe.

La memorización era enfatizada a lo largo de toda la educación de los niños. Los estudiantes más jóvenes eran animados a memorizarse el Corán, y se los entrenaba para respetar y honrar a sus maestros. Cuando un maestro entraba en una clase, los estudiantes le daban la bienvenida poniéndose de pie. En su ensayo de pedagogía, Al-Zarnáji dedica toda una sección al más alto concepto que un estudiante debería tener acerca de la profesión de la enseñanza. Él escribió en 1203: «Soy esclavo de aquel que me ha enseñado aunque sea una letra».⁶⁴

A los niños se les enseñaba un profundo respeto por sus padres y por los demás adultos, y este patrón de respeto a los mayores sigue siendo practicado en el mundo árabe y musulmán. Cuando un niño crecía, se volvía responsable por velar por su buena salud y la de sus padres y parientes. En la ausencia del padre, los hermanos hombres cuidaban de la madre y hermanas solteras. Yo puedo atestiguar el hecho de que la mayoría de los árabes suelen ser de las personas mejor orientadas en cuanto a familia se refiere.

La música árabe

Aparte de hablar de Dios y enseñar una variedad de temas en doctrinas bíblicas, la música tiene un puesto muy alto en la lista de lo que yo disfruto compartir. No obstante, dado que este capítulo concierne principalmente a la presentación de una sinopsis

sobre algunos patrones de pensamiento y prácticas culturales de los árabes, debo sintetizar mis pensamientos en forma concisa.

La música árabe es una consolidación de elementos persas y sirios con un estilo musical nativo que floreció en Arabia bajo el califato de Umayyad (661-750). Muchos tratados de teoría musical y de historia fueron escritos por hombres tales como el filósofo Al-Kindi y el ilustre Al-Farabi. Ibn-Misjah diseñó un sistema de teoría musical que duró a través de la Edad de Oro del islam bajo el primer califa de los abasidas (755-850). Bajo el último califa abasida, durante el siglo XI, una fuerte influencia turca fue introducida por los seljuks en la música árabe.

Las características principales de la música arábica son: armonía tonal, ornamentación florida y ritmo modal. El sistema metódico modelo de Ibn-Misajah contenía, en su fórmula final, ocho tonalidades. Este sistema duró hasta cerca del siglo XI cuando las tonalidades aumentaron a doce y fueron llamadas *maqamat*. Hasta ese entonces, la escala árabe constaba de doce tonos, aproximadamente igual a la escala cromática de la música de Occidente; pero en el siglo XIII se añadieron cinco tonos más, cada uno un cuarto de tono por debajo de cada tono completo. En el siglo XVI se adoptó una nueva afinación de la escala, y la octava fue dividida en veinticuatro cuartos tonos.

La ornamentación en la música árabe consistía en trémolos y trinos, notas de gracia (*appoggiaturas*) y el *tarkib* que era el impacto simultáneo de ciertas notas unidas con la cuarta, quinta u octava, y producía una hermosa y perfecta armonía. En cada estrofa se repetían varias veces unas cortas melodías, y cada repetición era elaborada ornamentalmente. La música hispánica ha sido grandemente influenciada por las técnicas de la música árabe. La principal diferencia entre estos estilos es que la octava hispánica es igual a la escala cromática de la música de Occidente, mientras que la octava arábica consta de veinticuatro cuartos tonos.

Los principales instrumentos árabes, aparte de aquellos prestados de la cultura semita, eran unos cordófonos de cuello largo, y el de cuello corto llamado laúd. De hecho, el laúd es el ancestro de la guitarra española y de otros instrumentos de cuerda. Históricamente esto nos dice que las Cruzadas trajeron el laúd de Medio Oriente a Europa. El laúd tiene cinco o seis cuerdas dobles sin trastes. También se nos ha dicho que la música árabe ha ejercido gran influencia en la música hispánica, en la danza y en el canto.

Cuando se oye la música de Medio Oriente por primera vez, parece sonar destemplada, discordante y monótona en comparación con la de Occidente; y cuando canta Mahoma Abd-el-Wahhab, aunque es considerado como el mejor compositor que el mundo árabe haya conocido, para los occidentales ignorantes en el tema, este tipo de música les suena muy temblona, interminable, lúgubre y aburrida.

Como es de comprender, los idiomas musicales arábigos y sus estilos son tan diferentes como los lenguajes y las costumbres, y si no se entienden, tampoco pueden ser apreciados. La diferencia en la música arábiga no se da porque los compositores árabes ignoren la teoría musical y armónica, ni porque los músicos no sepan interpretar las partituras. La razón es que la octava está dividida en veinticuatro cuartos de tono en lugar de trece medios tonos, contando desde la raíz y yendo hacia arriba en la octava cromáticamente. Es por esto que la peculiar calidad atonal suena tan angustiada y decepcionante para los oídos occidentales.

Igualmente, podemos encontrar buenas razones por las cuales existen estas diferencias, que nos llevan a una era en la que la música arábiga, no la occidental, reinaba en supremacía en el mundo. Me siento muy contento al decir que mi capacitación musical en el Líbano, Egipto y los Estados Unidos me ha ayudado a desarrollar una buena apreciación por la música oriental y

por la occidental. Yo fui educado por maestros árabes para seguir el rastro folclórico de mis antepasados desde el tiempo de los beduinos, los cuales consolaban sus prolongados y difíciles viajes con una canción propia de las caravanas conocida como *huda*. Sus versos correspondían al largo pero rítmico y tambaleante paso del camello y constaban de seis pies métricos. Cada pie comprendía dos sílabas largas, una breve y otra larga acentuada. Éste se convirtió en el prototipo de la mayoría de los versos en la música árabe.

Los beduinos enfatizaban los solos más que la música instrumental, debido a que su vida nómada y su forma tribal de movilización dificultaba el transporte de instrumentos musicales. En el otro extremo, la música instrumental también floreció en toda la costa litoral mediterránea, durante la Edad de Oro del islam. El estilo de canto de los beduinos y la introducción de sistemas melódicos fueron añadidos a los modos rítmicos simples y complejos.

A los árabes les encanta escuchar cantores populares en los jardines al aire libre, bajo las estrellas y abrazados por las cálidas noches de verano, donde se espera que la audiencia libere sus sentimientos, explayándose en gritos y eufóricos aplausos ante la brillante ejecución de canto y orquestación.

Desafortunadamente, los chillones y estridentes estilos musicales de los tiempos modernos, acoplados con la proliferación de percusiones desenfrenadas, han sido trasportados por las olas del Atlántico y el Pacífico para desparramarse en las costas del mar Mediterráneo. Estos sonidos torpes llegaron y saturaron las ciudades de Medio Oriente y fueron el instrumento de contaminación del tradicional estilo de vida, conduciendo así a la adquisición de hábitos insanos e impíos. Estas consecuencias destructivas están muy lejos de las juiciosas influencias artísticas y morales que Occidente dio una vez al mundo.

La mujer árabe

El conocimiento occidental en cuanto a la mujer árabe, presumiblemente comenzó en Hollywood con Rodolfo Valentino. Sin embargo, desde los primeros registros históricos, la mujer ha vivido a la sombra de los hombres. Estaban confinadas principalmente al hogar, tratadas como propiedad de sus esposos y usadas como objetos de placer y procreación.

La sociedad patriarcal comenzó con Adán y Eva. La tradición patriarcal ha permanecido en muchas sociedades, incluyendo las del Medio Oriente, aunque algunas mujeres árabes gobernaron como monarcas independientes, entre ellas la hermosa y encantadora reina de Sabá, las reinas de Egipto que hacían las veces de regentes y la famosa Zenobia de Siria.

En Grecia, por el contrario, la mujer libre no tenía participación en la vida pública y estaba bajo la tutela de su padre o de su esposo. Los hebreos nómadas eran muy patriarcales y algunos tenían más de una esposa.

Durante la Edad de Oro del islam, el velo y la reclusión de la mujer no eran generalmente observados. Durante los siglos VIII y XIX, la era abasida, las mujeres árabes escribían poemas, componían canciones y competían con los hombres en las reuniones culturales. La esposa de Harún Al-Rashid, Zubaida, se presentaba en las recepciones ataviada con atractivas joyas y vestidos con entretejidos de oro y plata. En la España musulmana, se veía a hermosas mujeres árabes danzando la zambra con sus galanes. Algunas mujeres casadas gobernaron el imperio por detrás de los califas.

Durante la Edad Media, las mujeres en el mundo occidental no estaban tan bien como las árabes. En Francia e Inglaterra, las mujeres no árabes trabajaban largas horas en fábricas insanas. Los maridos podían legalmente pegar a sus esposas y subyugarlas, y si se divorciaban, el esposo obtenía la custodia de los niños

automáticamente. Incluso hasta la era victoriana, a las mujeres inglesas no se les permitía ir a la universidad ni votar.

Uno de los malos conceptos que tiene el mundo occidental, precisamente, sobre las mujeres árabes, es que automáticamente las sitúan en escenarios remotos, pobres y poco bíblicos. La mayoría de las veces están moliendo trigo pacientemente con utensilios antiguos, o llevando un recipiente a la ribera para lavar a mano la ropa sucia de toda su familia.

Estas impresiones no están del todo equivocadas, puesto que, a lo largo de las costas del río Nilo, el Tigris y en otras localidades del Medio Oriente, miles de mujeres siguen lidiando silenciosamente con el mismo patrón que la historia ha impuesto sobre sus vidas. Sin embargo, en el resto del Cercano Oriente, dicha impresión en poco se asemeja a la realidad.

No es del todo sorprendente que hoy en día se vea a mujeres bronceadas jugando al golf en El Cairo o a mujeres jóvenes galopando a caballo por las costas de Beirut, o que hasta ciudades muy conservadoras, como Bagdad o Damasco, tengan canchas de tenis tanto para hombres como para mujeres, y aún más.

Las mujeres árabes han sido educadas para servir a sus esposos y enseñar a sus hijos el camino que deben seguir. A los niños se les enseña a honrar a sus padres y a respetar a sus mayores. El padre es la cabeza y la autoridad final en el hogar, y esta autoridad es delegada sobre el hijo mayor. En Occidente se ha estereotipado a las mujeres árabes como las alfombrillas de sus esposos, cuando en realidad son de alta estima en los hogares y tienen gran influencia tanto en la casa como en la sociedad. Siendo que la familia es muy valiosa en el mundo árabe, las mujeres aprecian su rol de constructoras del hogar y ayudan a formar el carácter de sus hijos.

Cuando los misioneros cristianos logran llevar a una mujer árabe al conocimiento personal de nuestro Señor y Salvador Je-

sucristo, esa mujer puede convertirse en otra Lidia (Hch. 16.14). Sin embargo, los árabes fruncen el ceño cuando otros hombres hablan con sus esposas, especialmente si están tratando de hacer proselitismo. La mayoría de las mujeres árabes son cuidadas y mimadas por sus esposos. El respeto mutuo es de mucha importancia en el hogar árabe. Las mujeres se realizan en su rol como esposas y madres y no compiten con sus esposos, sino que los complementan.

Sin embargo, algunas de estas tradiciones se están desmoronando bajo el empuje de la tecnología moderna y la presión de los parámetros materialistas de Occidente. Parece, además, que tal presión de modernización está afectando a las familias árabes tradicionales. Hablando en forma comparativa y, a pesar de las cosas negativas anteriormente dichas, las mujeres árabes de hoy, así como las tradicionales, están entre las más fieles e ingeniosas constructoras de hogares en todo el mundo

La mentalidad árabe

De acuerdo con el islam, la mayor contribución de los árabes al mundo fue en el reino espiritual, ofrecida en el nivel verbal. Mahoma era casi un analfabeto, sin embargo dictó el Corán en perfecto árabe, por lo cual su lenguaje retórico ha permanecido hasta hoy como el parangón. Los árabes se enorgullecen de tener una biblioteca literaria riquísima que incluye leyendas, poesía, historia, narraciones nativas, acertijos y canciones, genealogías, dichos y proverbios.

Los árabes tienen una inteligencia admirable y por lo general no imprimen su filosofía en libros; la llevan en sí mismos. Raramente sobresaltados por un evento inesperado, su vívida imaginación y brillante memoria les ayudan a resolver complicadas situaciones. Les gusta citar poemas, anécdotas, parábolas, hechos históricos, saltar de un tema a otro y entrelazarlos artística-

mente como un todo. Son soñadores románticos, sociables y ceremoniosos.

Infelizmente, la primera impresión que dan los árabes es la de ser hombres de palabras más que de hechos. Se promete y planifica mucho, pero poco es lo que se lleva a cabo. Hay más charla que acción. El entusiasmo con el que se lanzan a una nueva empresa es desproporcionado con respecto a su disposición y deseo de llevarla a cabo. Tienen una visión fatalista de la vida, y su tiempo no está regulado por el reloj ni por el calendario. Saben muy bien que los occidentales les han superado en cuanto a tecnología y que han establecido esa superioridad legítima, a un alto costo emocional, físico, mental y espiritual muy alto.

La visión del islam acerca del mundo moderno presente y su futuro, afecta la actitud de los árabes con respecto a un cambio que posiblemente lleve a la decadencia moral y espiritual, por lo cual tratan implacablemente de mantenerse en la línea de sus antepasados. Arguyen en forma convincente que los cristianos en Occidente se están deteriorando moral y espiritualmente con cada generación que pasa, convirtiéndose en autómatas mecanizados. Por lo tanto, las enseñanzas de Mahoma deben ser propagadas para sanar a este mundo enfermo.

Los árabes difieren en muchas cosas de los occidentales. La reconciliación de sus ambivalencias en cuanto a un buen número de aspectos, puede servir de ilustración. Cuando el árabe parece odiar lo que en verdad ama, rechazar lo que realmente quiere, prometer lo que no planea llevar a cabo y calumniar aquello que busca alabar, esto parece a los del Occidente algo incomprensible y totalmente confuso, cuando en realidad tal patrón de comportamiento es un proceder normal en la vida social del mundo árabe.

Lo que a muchos del Occidente podría parecerles un caso de disturbo psicológico, es considerado por la sociedad árabe

como un rasgo emocional saludable y normal. Por ejemplo, al tratar de comunicar una idea, los árabes pueden gritar, alterarse y reñir intensamente. Esto podría ser interpretado por los extranjeros como una situación beligerante y la atmósfera se cargaría de enojo y hostilidad. En cambio, es la forma normal que tienen algunos árabes para comunicarse entre ellos.

La manera en que los árabes discuten la historia de sus familias, su país, su religión o cualquier cosa de la que ellos sean parte, es hablando de ellos mismos con excesiva alabanza e ínfulas, exageración y autoafirmación. Su forma enfática y orgullosa, podría parecer a los occidentales como un típico síndrome de una paranoia megalomaniaca moderada. Sin embargo, en el entorno árabe, son simplemente las características de una forma aceptada de vida.

El árabe es cálido y le agrada interactuar con la gente de forma fundamentalmente personal. Es muy sociable y no muestra signos de vergüenza en cuanto a sus creencias e ideas. Ha sido preparado, por su herencia cultural, para adaptarse a las más duras condiciones de trato por parte de la gente y la vida. Cree que esas penosas circunstancias fueron cosa del destino. Relega ese destino a Alá, mientras espera con resignación el día final. Esta rendición total a la voluntad de Dios puede sugerir, a los ojos de un extranjero que este tipo de conducta inusual es una neurosis obsesiva.

El árabe constantemente se esfuerza por vivir a la altura de lo que proclama públicamente y está muy ligado a su yo ideal. También está sumamente preocupado por su reputación y honor familiar. Su vida familiar privada difiere en gran manera de su apariencia social. Esto crea una notable discrepancia entre su comportamiento público y privado. Si un occidental llegara a observar estos dos contradictorios comportamientos al entrar a la

vida formal e informal de un árabe, podría pensar que el árabe tiene una doble personalidad.

En algunas ocasiones el árabe es sensible a los estímulos del ambiente, muy emocional en sus expresiones y risas, interactuando con la gente y fanáticamente entusiasmado con el tema que se discute. En otras, se encierra en expresiones retraídas y completo silencio, es melancólico y apático, con una increíble insensibilidad al sufrimiento humano, resignándose con una chocante indiferencia ante las grandes catástrofes de la vida. Observar estos acentuados contrastes en un árabe, puede muy bien ocasionar que un occidental se asombre por la similitud con los síntomas de esquizofrenia.

Cuando regresé al Líbano entre 1968 y 1970 como experto en educación musical, me hice amigo de un psiquiatra norteamericano, el cual fue a Beirut con perspectivas de éxito profesional. Después de tratar un año con sus pacientes árabes y procurar entender su incomprensible comportamiento y patrón de pensamiento, basado en métodos occidentales de psiquiatría, llegó a la triste conclusión de que sus esfuerzos habían sido fútiles. Debido a su distorsionada percepción de la mentalidad árabe, finalmente cerró su consultorio y regresó a los Estados Unidos.

He tratado en este capítulo de presentar una vista de pájaro de algunos patrones de pensamiento y prácticas de los árabes, y en el proceso he orado fervientemente para que el Dios poderoso saque a la luz los errores conceptuales que se tienen sobre los árabes en particular, y sanee la teología política occidental, que ha sido una piedra de tropiezo para la evangelización.

Más aún, la posición política de muchos cristianos europeos y norteamericanos con respecto a Israel, ha tenido severas consecuencias. Por lo tanto, los árabes han sido vistos por la mayoría de los cristianos fundamentalistas y otros, como los enemigos de Dios, y han sido catalogados como meros peones en el juego de

ajedrez de la historia humana. Continuamente han sido denigrados y mortificados por los medios de comunicación y multitud de publicaciones, y el crónico conflicto con Israel ha convencido a los fanáticos de que los árabes fueron maldecidos por Dios.

Sólo por el hecho de que hay enemistad entre la mayoría de los árabes y judíos, los árabes son tratados con apatía y rechazo en un gran número de sociedades occidentales, y sus cualidades éticas y contribuciones culturales han sido, acaso intencionalmente, ignoradas. De esa forma, más de mil millones de árabes y de musulmanes han sido engañados y privados de oír y creer en la balanceada postura bíblica del amor universal de Dios.

Estos cautivantes hechos están promoviendo el esparcimiento del islam tanto aquí como en el extranjero, causando que muchas naciones se pregunten sobre la disparidad entre la predicación del evangelio de Cristo y los patrones de conducta de aquellos que realizan tal predicación. Al observar similar disparidad entre los cristianos de sus días, se le oyó decir a Gandhi: «Si no fuera por los cristianos yo me habría hecho cristiano».

8

Una respuesta cristiana al terrorismo árabe

PREGUNTE a cualquier norteamericano promedio su opinión sobre los musulmanes del Medio Oriente, y la respuesta seguramente será que la mayoría de ellos son salvajes o incluso locos terroristas. Quienes no están familiarizados con los árabes y dependen de los reportes de prensa y de la televisión evangélica, tal vez podrían estar excusados por estereotipar a los árabes como locos terroristas y como una raza maldita. Con esto en mente, tratemos de considerar algunas de las razones de los brutales e insanos actos de terrorismo.

El terrorismo es un enigma ancestral que puede remontarse a los tiempos de Abel y Caín, cuando «Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató» (Gn. 4.8). Desde ese tiempo, millones de seres humanos inocentes han sido asesinados o mutilados por actos terroristas, poco más o menos que por celos.

En los tiempos modernos, el terrorismo está siendo usado para subrayar la vulnerabilidad de un gobierno determinado para

cumplir un objetivo. El terrorismo es un medio para lograr un objetivo. Es el uso sistemático de violencia para alcanzar metas sociales, políticas o nacionalistas. Es un fenómeno que se distingue de los hechos de guerra y de los crímenes comunes. La meta de un criminal común es matar a voluntad por satisfacción emocional, personal o física. La guerra es un estado declarado de un conflicto armado entre dos o más naciones. Pero la meta de un terrorista es la de formar la opinión mundial a favor de su causa, sea ésta legal o no.

Shakespeare escribió en Hamlet que «todo el mundo es un escenario y los hombres son simples actores». El terrorista indudablemente utiliza este concepto como una obra dramática de moralidad, que le permite presentar su causa ante una audiencia mundial. Vemos esta clase de dramatización moral interpretada en varios países, tales como Irlanda, Líbano e Israel. No sólo esto, sino que cada año el número de ataques terroristas crece drásticamente en todo el mundo. América latina es líder mundial en este tipo de actividades, y el terrorismo se ha convertido en una adicción internacional.

El terrorismo ha surgido como la amenaza singular a nuestra estabilidad mundial. Según el *Reporte Mundial* y *Noticias de los Estados Unidos*, actualmente se producen por lo menos diez incidentes terroristas por día, muy por encima de los diez por semana que había en 1970. Estas estadísticas incluyen los ocurridos en Estados Unidos. Tales actividades son promovidas por extremistas clandestinos de extrema izquierda y de extrema derecha. Entre estas organizaciones están el partido Comunista Revolucionario, el Partido de Trabajadores Socialistas, el partido Obrero Progresista, el Ku-Klux-Klan, el Partido Nazi, el Partido de Liberación Negra, la Liga de Defensa Patriótica Cristiana, entre otros. Todos los anteriores nombrados son norteamericanos y

antidemocráticos. Varias de estas organizaciones han cometido actos de terrorismo en los Estados Unidos de Norteamérica.

Terrorismo viene de una palabra griega que significa «hacer temblar». Fue un arma patrocinada por el estado, usada en la Revolución Francesa entre 1793 y 1794. El estadista Edmund Burke dijo que: «Miles de aquellos cazadores del infierno, llamados terroristas, fueron soltados por el estado en contra del populacho». Todos los países del mundo han practicado el terrorismo y aún lo hacen en diversos lugares. Hablando del terrorismo en Palestina, David Lamb escribió en su libro *Los árabes*, la siguiente observación:

Cuando la dominación británica estaba llegando a su fin en Palestina, tanto los árabes como los judíos practicaron el terrorismo unos contra otros, y contra los británicos. Los terroristas judíos mataron 338 civiles británicos en Palestina durante la década de 1940. En 1946 hicieron estallar el Hotel King David, que era el cuartel general de los británicos en Jerusalén, acabando con las vidas de 91 personas, y perfeccionaron la mortal carta bomba [...] Tengo entre mis archivos una fotocopia de un afiche SE BUSCA que emitieron las autoridades coloniales británicas hacia 1943. Muestra las impactantes fotografías de diez hombres buscados como terroristas, colocadas en orden alfabético.

La primera es la de un funcionario polaco, cuya lista de peculiaridades dice que: «usa anteojos, es de pie plano y tiene mala dentadura». Su nombre era Menahem Begin, y tanto él como su colega, Yitzak Shamir, también sospechoso de terrorismo, se convertirían en futuros Primeros Ministros de Israel. Begin incluso recibiría el Premio Nobel de la Paz y lo compartiría en 1978 con el presidente Anwar El Sadat. [...] El punto importante en todo esto, creo yo, es que los árabes no son los dueños del terrorismo [...] Cuando los Estados Unidos bombardean poblaciones musulmanas cerca de Beirut o blancos terroristas en Libia, matando civiles en el proceso, Washington afirma que son actos de retribución, pero quienes reciben el impacto, de seguro lo ven como terrorismo.

Los ataques israelitas en Palestina que matan vidas de civiles

inocentes, puede que sean llevados a cabo en nombre de la autodefensa, pero para quienes reciben el ataque (de hecho para todos los árabes) no es más que un eufemismo del terrorismo. La pregunta es: ¿por qué se justifica la violencia como acto de justicia cuando es emprendida por un grupo, y se la condena como incivilizada cuando es empleada por otro? El terrorismo ejecutado a más de nueve mil metros puede que sea impersonal, pero sin duda es tan mortal como las balas asesinas disparadas desde un carro a gran velocidad.

El terrorismo se ha convertido en un modo de vida en el Líbano como nunca antes. Nadie puede imaginarse lo que es vivir en un país donde la vida y la muerte coexisten. Cada generación ha atestiguado su propia guerra. Pero ha sido esta generación la que ha experimentado la mayor matanza y sufrimiento. Los padres se rehusaban a engendrar niños que acabarían siendo víctimas de algún acto terrorista. Los medios de comunicación de Occidente con frecuencia reportan la aparentemente interminable agitación en el Líbano, pero la verdadera historia de su supuesta desintegración permanece en el silencio.

Estados Unidos era considerado un país amigable hasta que se vio envuelto en el laberinto de la violencia. Cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas condenó la invasión israelí en el Líbano y el consecuente bombardeo sobre Beirut durante el verano de 1982, los Estados Unidos no solamente vetaron la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sino que el mismo presidente Reagan envió una flotilla y soldados norteamericanos para defender los intereses de Israel en el Líbano y para proteger a los «cristianos» libaneses.

Una unidad del ejército «cristiano» libanés era acosada por la milicia musulmana en una pequeña población de las montañas cercanas a Beirut. La presencia de soldados y barcos en las costas de Líbano les alivió y se sintieron seguros por el momento, o por lo menos así pareció.

Aparentemente, tanto el presidente Reagan como sus consejeros ya se habían olvidado de la humillación norteamericana en la guerra de Vietnam. Cometieron el mismo error cuando los barcos de guerra abrieron fuego en contra de blancos musulmanes, matando a civiles inocentes en el proceso. El barco de combate más grande del mundo, el *Nueva Jersey*, aterrorizó a las aldeas musulmanas y otras poblaciones con la potencia de sus disparos. Las explosiones de los cañones, el estruendo de los disparos del *Nueva Jersey*, las acciones militares de los soldados norteamericanos y los brutales bombardeos del ejército israelí sobre Beirut, todo en conjunto, creó un nuevo terrorismo antiamericano.

Una madrugada de octubre de 1983 un musulmán chiíta fue visto deambulando por un estacionamiento cercano a una base militar estadounidense en Beirut. Manejaba un viejo camión Mercedes-Benz amarillo, cargado con más de seis toneladas de explosivos. El guardia de la base militar no tuvo razón por la cual preocuparse o sospechar, puesto que no sabía lo que había en el camión. Además, la base estaba situada cerca del aeropuerto internacional, por lo que era un área muy transitada por automóviles y camiones.

Esa madrugada del 23 de octubre, el sol se alzaba por sobre el horizonte del Mediterráneo cuando el camión realizó un brusco giro y se estrelló contra la puerta de acero de la base, golpeándose con gran fuerza contra el cuartel general de los marines y acabando con las vidas de 241 soldados americanos. El guardia afirma que el conductor lo miró fijamente y sonrió mientras pasaba rápidamente por el puesto de vigilancia.

El conductor era un comprometido musulmán chiíta, quien murió como mártir por una «causa santa». El Corán promete que aquellos que mueren por una causa justa y santa serán recompensados en el cielo. El Corán dice: «Al que batalle por la causa de

Alá, muera o termine victorioso, le será concedida una gran recompensa».

Recordemos que tales actos de terrorismo con discriminación, han sido incitados por el comportamiento egoísta y brutal de los poderes extranjeros, con la intención de explotar naciones más débiles y subyugarlas por medio de la coerción para sus propios intereses. Un terrorista no nace, se hace, y no hay mejor lugar para ello que los campos de refugiados palestinos en Israel, y en los de Sabra y Chatilla en el Líbano.

Tanto mis estudiantes como otras personas, me han preguntado en repetidas ocasiones: «¿Por qué los árabes odian tanto a los norteamericanos?». Yo simplemente les respondo que los árabes no odian a todos los norteamericanos, sino más bien creen que la nación estadounidense ha perdido el interés por ser un pacificador neutral en Medio Oriente y que se ha comprometido a apoyar las políticas inhumanas israelitas, a expensas de ignorar los derechos humanos palestinos.

En su discurso de despedida en 1796, el presidente George Washington exhortó a la joven república a ser neutral y a «observar buena justicia y fe hacia todas las naciones». Los padres fundadores de los Estados Unidos sabían muy bien de lo que estaban hablando. La libertad es preciosa, especialmente cuando se trata de la libertad para determinar el destino de uno mismo. La joven república derrotó a una nación más poderosa que ella, principalmente porque estaba luchando por una causa justa y santa. Yo creo que los Estados Unidos harían bien en prestar atención al consejo de Washington y restaurar el sueño americano original, adoptando una posición neutral en el proceso de pacificación, especialmente en el Medio Oriente. De otra forma, el terrorismo florecerá y será una espina en la vida de inocentes que tan sólo quieren vivir en paz.

La respuesta al terrorismo no es contraatacar con la misma

violencia, como muchas naciones lo han hecho, ya que por lo general el uso de la fuerza es contraproducente y lleva a más terrorismo. Se debe buscar al culpable y castigarlo. Cuando el presidente Reagan ordenó el bombardeo sobre bases terroristas en Trípoli y Benghazi con la intención de matar a Mohamar Gaddafi, más de cincuenta civiles inocentes murieron en el ataque y muchos otros resultaron heridos. Cada vez que los israelitas se vengaban de ataques terroristas, más gente inocente moría envuelta en un nivel de violencia que crecía en lugar de disminuir.

¿Cuál es, entonces, la solución definitiva para el terrorismo? Antes de exponer este importante tema quiero animar al lector a que, en oración, medite sobre las siguientes cuestiones: ¿Deberían los cristianos de Occidente dar su apoyo casi exclusivo para el bienestar del estado israelita, sin dar a Palestina el mismo derecho de determinar su propio destino en su propia tierra? Y ¿cuál sería la respuesta cristiana ante las actividades terroristas entre árabes y judíos?

Irónicamente, la creencia de que la creación del Estado de Israel en 1947 fue el cumplimiento de las profecías bíblicas, ha sido promulgada por cientos de teleevangelistas norteamericanos y por otros cristianos de Occidente, lo que ha incentivado a los israelitas a arrancar a los palestinos de su tierra natal. Aun más, esto ha contribuido al apoyo popular para las políticas pro israelitas del gobierno de los Estados Unidos.

Sin duda, la raíz del terrorismo entre árabes y judíos se puede rastrear hasta la confiscación y ocupación ilegal de Palestina por los judíos europeos, sumada al trato traicionero hacia los palestinos. Más que eso, cuarenta millones de cristianos han sido condicionados por la teología política de Occidente, a apoyar la proclama de los judíos por la exclusividad de Palestina, y muchos púlpitos son usados como plataforma de lanzamiento para

promover el apoyo financiero y político a Israel. Lo que realmente golpea mi mente y perturba mi corazón no es el apoyo a Israel, sino la malicia perjudicial que se esparce en los corazones de la mayoría de los cristianos hacia los árabes y musulmanes, en especial hacia los palestinos.

Acerca de este tema, una ex escritora de la Casa Blanca, Grace Halsell, quien ha publicado doce libros, habla sobre el sionismo cristiano en *En camino al Armagedón: cruzados para una guerra nuclear*, con estas palabras:

En junio de 1981, sentada en mi departamento en Washington D.C., vi una entrevista por televisión con el Primer Ministro de Israel, Menahem Begin. Él había ordenado recientemente un ataque sobre la base nuclear iraquí. Como resultado, unos pocos norteamericanos preguntaban sobre el uso de los bombarderos F-16 de los Estados Unidos para atacar un país árabe soberano. Se le preguntó cuál era su respuesta ante dicha crítica. Replicó que no estaba preocupado, porque Israel tenía muchos amigos. Añadió que Israel tenía el apoyo de cuarenta millones de cristianos [...]. Para callar cualquier crítica sobre el ataque a Irak él solo había tenido que realizar una llamada de urgencia pidiendo [...] al Rev. Jerry Falwell que hiciera algo por él.

Falwell respondió que lo haría y agregó: «Señor Primer Ministro, quiero felicitarlo por una misión que nos hizo poner orgullosos de haber fabricado esos F-16. En mi opinión usted debe de haberlos puesto bajo la chimenea» [«Escena norteamericana», en *Christianity Today*, 7 de agosto de 1981]. El año que escuché a Begin jactarse de que Israel tenía el apoyo de cuarenta millones de cristianos, comencé a investigar acerca del sionismo cristiano. Me convencí de que Begin tenía razón: el apoyo cristiano a Israel es más importante que el apoyo judío del Estado sionista. Seguramente hay seis millones de judíos norteamericanos que apoyan a Israel, pero hay cerca de cuarenta millones de cristianos que también lo hacen [...] permítanme decir que yo llegué al estudio del sionismo cristiano, proveniente de un trasfondo fundamentalista [...] Se nos dice que, si está en la Biblia, no debemos usar nuestra razón, debemos aceptarlo como verdad de Dios, como su voluntad [...] Los judíos fueron el pueblo escogido por Dios y Él dio la Tierra Santa a sus escogidos,

los judíos. Puesto que ellos son el pueblo de Dios, Él bendecirá a quienes bendigan a los judíos y maldecirá a quienes los maldigan.

A principios de 1985 me enlisté para ir en otro viaje auspiciado por Falwell. Aunque éramos 850 cristianos los que viajábamos a la tierra de Cristo, en su folleto, no mencionó ni una sola vez a Jesús... Seguimos a Jerusalén, donde Falwell decidió honrar a Ariel Sharon. Los 850 nos reunimos para tal ocasión. Al presentar a Sharon, Falwell dijo que en las crónicas de la historia, tan sólo surgieron unos pocos grandes personajes. Nombró a George Washington, Abraham Lincoln y a ¡Ariel Sharon!

En 1983, Falwell había honrado al entonces ministro de Defensa, Moshe Arens. Arens alabó la invasión israelí en el Líbano, en la cual fueron muertos y heridos cientos de miles de palestinos y libaneses, en su mayoría civiles, y dijo que los Estados Unidos deberían ayudar a Israel en futuras guerras «para barrer con los enemigos». Falwell y los cristianos saltaron en un pie, aplaudiendo y gritando: «¡Amén! ¡Aleluya!».

Me he dado cuenta de que todos quienes tenemos a la Biblia como algo importante, debemos amar a Israel, no sólo por ser los escogidos proféticamente, sino porque Dios nos mandó: «Id, y haced discípulos a todas las naciones» (Mt. 28.19); «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Mr. 16.15); «Que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén» (Lc. 24.47); «En toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hch. 1.8).

A pesar de sus viajes frecuentes a Israel, los cristianos evangélicos occidentales hacen muy poco trabajo misionero en la tierra donde caminó Jesús. El gobierno israelí anima a los cristianos a propagar un evangelio racial y político a favor de Israel, mientras que el evangelio de Cristo se queda afuera de Jerusalén, Judea y Samaria.

El apóstol Pablo no se avergonzaba «del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío pri-

meramente, y también al griego» (Ro. 1.16). Aparentemente, un número de cristianos se convierte en una silenciosa mayoría cuando se trata de predicar el evangelio de verdad en Israel, y obedecen al gobierno israelí más que a Dios, ya que en ninguna manera hablan ni enseñan «en el nombre de Jesús» (Hch. 4.18).

Como ministro ordenado del evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, yo amo a los judíos así como a los árabes, pero también odio los actos terroristas y de maldad que cada uno de estos pueblos comete. Sin embargo, puesto que amo a los judíos inconversos, si dejo de verlos primeramente como personas no arrepentidas, me vuelvo culpable de inyectarles falsas esperanzas de salvación y de olvidarme de la desesperada ceguera espiritual que aqueja hoy a Israel.

Por el contrario, durante mi viaje misionero a Israel en 1982 asistí a una reunión en la que cristianos occidentales y europeos recordaron el horror del Holocausto en Alemania. Enfatizaron la creencia de que, puesto que los judíos son tan diferentes de los árabes, ellos deberían vivir exclusivamente entre judíos. Un judío israelí que estaba en el lugar se paró y dijo que muchos israelitas estarían dispuestos hoy a negociar territorio que había sido confiscado en 1967, por paz con los palestinos. En respuesta, un conocido líder cristiano gritó acaloradamente: «¡No nos interesa qué es lo que los judíos digan, sólo nos interesa lo que Dios diga y Él ha dado la Tierra Santa a su pueblo escogido, por lo tanto, los árabes deben salir de ahí!».

Es más, de tiempo en tiempo, muchos judíos critican el beligerante trato de Israel hacia los palestinos y más aún, piden un estado independiente palestino. Pero los cristianos sionistas son más fieles y fanáticos en respaldar el sionismo que los mismos judíos, porque piensan que rinden «servicio a Dios» (Jn. 16.2).

Conocí a un judío convertido en el hotel Stella Kermil en Isfiyah, quien se daba a conocer como judío mesiánico. Me invitó a

su casa para comer y compartir. Luego me llevó al servicio vespertino en el templo mesiánico en Haifa. La mayoría de los asistentes eran judíos mesiánicos, el resto eran palestinos y otros. Estos creyentes llevaron a cabo su servicio de adoración un sábado por la tarde en hebreo. Fue muy emocionante ver a judíos mesiánicos y palestinos adorar juntos a un mismo Señor y Salvador Jesucristo, lado a lado, en perfecta armonía y amor fraterno.

Este es el propósito de la verdadera iglesia de Dios. El Nuevo Testamento nos enseña que hay tan sólo dos clases de iglesia: local y universal. La iglesia local es la que se ve en pequeñas asambleas que han sido redimidas por la sangre derramada por nuestro Salvador Jesús. La iglesia universal abarca a todos los redimidos en el mundo entero (Jn. 17.20-26).

El significado etimológico de la palabra «iglesia» en griego es *ekklesia*. *Ekklesia* está compuesta por dos palabras del verbo *ekkaleo*: *Ek*, que significa: afuera, y *kaléo*, que significa: reunión. Sin embargo, en el griego secular del Nuevo Testamento, la palabra *ekklesia* significaba un salón de asamblea o lugar de reunión donde el pueblo se encontraba para discutir o debatir asuntos sociales o políticos (Hechos 19.32, 39, 41). La misma palabra era usada en la Septuaginta para denotar una concentración de gente para casi cualquier tipo de actividad. Más tarde, los discípulos aplicaron esa palabra a creyentes que se reunían para adorar al Señor y Salvador Jesucristo, además de compartir. Luego, *ekklesia* fue conocida como la iglesia universal de Cristo, sea que los creyentes celebrasen o no una reunión juntos (Hch. 8.1-3).

La iglesia también es conocida como el cuerpo de Cristo. Este era un misterio espiritual, «escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas» (Ef. 3.9). El apóstol Pablo define este sublime misterio en Efesios 3.6: «Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio». El misterio se refiere a

los gentiles y consiste en su igual posición espiritual y privilegios en Cristo por medio del evangelio. En otras palabras, Pablo está diciendo que sólo los gentiles y judíos regenerados pueden disfrutar de estas bendiciones espirituales. Para decirlo en forma diferente, el cuerpo de Cristo está compuesto por judíos y gentiles bautizados por el Espíritu Santo al momento de ser salvos. 1 Corintios 12.13 afirma que el requisito primordial para entrar al cuerpo de Cristo es el bautismo en el Espíritu Santo. Romanos 8.9 respalda esta verdad: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él». El cuerpo de Cristo es un organismo, no una organización. De esto fui testigo en Haifa cuando vi a los árabes convertidos adorando al mismo Señor y Salvador Jesús con los judíos mesiánicos.

Me dijeron que había cerca de veinticinco congregaciones cristianas en Israel, con unos cuatro mil judíos y muchos más de miles de árabes. Ambos grupos se arriesgan a vivir persecución familiar y hostigamiento gubernamental. Sin embargo, judíos y árabes cristianos se aman unos a otros en Cristo y su valiente testimonio en medio de situaciones difíciles fue algo inspirador para mí.

Lo más inspirador fue el hecho de que, tanto judíos israelitas como palestinos, debían ser enemigos entre sí, pero el amor de Jesús los unió. Ese amor es una parte principal de la respuesta cristiana al terrorismo en general, y particularmente a la paz en Medio Oriente. Si los cristianos sionistas occidentales quieren ser parte de esa respuesta, deben luchar fervientemente por balancear su amor hacia la Israel física y su obediencia a la Gran Comisión ¡Las políticas proféticas no pueden ser un sustituto de la proclamación del evangelio de Cristo en Israel!

Puedo confirmar el ineludible hecho de que la respuesta más viable para solucionar el terrorismo se encuentra en el Nuevo Testamento. Sólo Dios puede restaurar el depravado corazón de

un terrorista y transformarlo en una persona perdonadora y llena de amor. El Nuevo Testamento nos enseña que Dios odia todo tipo de actividades delictivas, incluyendo las acciones inhumanas de unos hacia otros, pero Él ama a los terroristas y su amor abraza a toda la raza humana, sin importar el color o nacionalidad o si las personas son buenas o malas.

Del 18 al 20 de febrero de 1986 los directores de los ministerios Navegantes y Cruzada Estudiantil para Cristo auspiciaron unas reuniones en la Universidad de Clemson, en las cuales yo hablé sobre el terrorismo. Mis disertaciones fueron seguidas por tiempos de discusión y preguntas. Después de dar conferencias en varias aulas y en el auditorio Sitrine, se repartieron entre el alumnado tarjetas para comentarios de lo escuchado. Transcribo algunas de las observaciones. Una joven muchacha dijo: «Nunca he estado en una conferencia tan informativa e interesante. El orador me dio nuevos conocimientos en el tema de judíos y árabes». Otro estudiante dijo: «He sido confrontado con estas preguntas por parte de mis amigos árabes. Como cristiano, se me pide que defienda a mi Dios, quien aparentemente promueve ese odio. Ahora me siento con más confianza y mejor informado para enfrentar tales cuestionamientos». Un estudiante judío anotó: «Buen discurso. En un mundo tan lleno de odio, en un universo donde individuos, grupos y naciones compiten por la supremacía, ¿qué se puede esperar en cuanto a la paz? Necesitamos la ayuda de Dios, y yo pido disculpas por la situación en el Medio Oriente». Un estudiante cristiano comentó: «El mensaje del doctor Hamada es real. Yo he crecido escuchando esos viejos dichos de Israel. Grandes discursos como éste son necesarios para los cristianos. El doctor Hamada es un hombre valiente; necesitamos más como él. Uno de nuestros mayores problemas es nuestra incapacidad para ver los conflictos internacionales con otra perspectiva que no sea la norteamericana. Nuestra respuesta

descansa en la Palabra de Dios». Hubo más comentarios positivos y alentadores y muy pocos, pero amables comentarios negativos.

Reacciones similares se están dando en muchos norteamericanos. La gente está empezando a ver que la obsesión por la profecía bíblica y la veneración del Israel físico, están desviando la atención de la mayoría de los predicadores cristianos y sus fieles rebaños, del maravilloso plan de salvación de Dios. De acuerdo con el Nuevo Testamento, Dios tiene dos planes principales para la humanidad. Primero, Dios ama a toda la raza humana y no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3.9). Segundo, Dios juzgará a todo judío y gentil que no haya creído y cuyos nombres no estén «escritos en el libro de la vida [...] desde el principio del mundo» (Ap. 13.8). «Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche» (Ap. 14.11).

El juicio de Dios caerá sobre todos aquellos que rehúsen someter sus corazones a Cristo. El libro de Apocalipsis termina con la afirmación de que todos aquellos que creen en Cristo vivirán para siempre con Él en los cielos, donde «ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor» (Ap. 21.4).

Estoy seguro de que la mayoría de los cristianos sionistas tiene por lo menos un leve conocimiento de la Biblia. Estoy igualmente seguro de que ellos creen que Dios juzgará a todos los que no acepten el regalo de la salvación, obrado a través de la sangre de Jesucristo en la cruz del Calvario, sean judíos o gentiles. Si esto es así, ¿por qué están provocando a ira a los árabes, tomando una posición política por Israel, negándose a proclamar el evangelio tanto a judíos como a árabes, especialmente en Israel? Con esto en mente, ¿cómo, pues, escaparán de la ira de Dios los árabes, judíos y gentiles, si los cristianos descuidamos «una salvación tan grande?» (He. 2.3).

La palabra *sionismo* se refiere a un movimiento político judío para el establecimiento de un territorio nacional en Palestina por parte de los judíos que fueron dispersados. Por otro lado, los cristianos sionistas están más preocupados en ayudar a Dios a cumplir su plan profético a través de la Israel física y política, que en ayudarlo a cumplir su plan evangelístico a través del cuerpo de Cristo, comenzando «en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hch. 1.8). Samaria (la moderna Nablús o Naplusa) es una ciudad israelí poblada de palestinos que necesitan ser evangelizados. Dejarlos sin evangelización sería como engañarlos y quitarles la herencia de vida eterna y la posibilidad de recibir la ciudadanía del cielo (Fil. 3.20).

Me alegra decir que he conocido a varios cristianos occidentales, quienes han influenciado mi vida y me han ayudado a superar muchos obstáculos. El número de tales amigos ha crecido inmensamente. Ellos son conocidos por su amor, y amar es un verbo de acción, lo que quiere decir que están practicando una fe genuina en Jesucristo.

Por otro lado, conozco a otros cristianos que tienen antipatía por los musulmanes, y en particular por los palestinos. He preguntado a algunos de ellos la razón de esa animosidad. Frecuentemente responden: «Porque los árabes son enemigos de Israel, por consiguiente, son enemigos de Dios». Entonces les digo: «Si es así como te sientes en cuanto a los árabes, ¿no te interesa saber qué es lo que Dios piensa de sus enemigos? Esto es lo que dice: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen (Mt. 5.44)”». Después de revisar la verdad del asunto y discutir sobre los árabes y musulmanes desde el punto de vista de Dios, muchos amigos cristianos se van con un corazón restaurado hacia ellos.

En conclusión, el terrorismo se debe negociar desde un acercamiento escritural. La Biblia dice: «Benedicid a los que os persiguen [...]. No paguéis a nadie mal por mal» (Ro. 12.14,17). He oído acerca de cristianos que han ganado a muchos de sus captores para Cristo orando y mostrando compasión. Puedo hablar de esto desde mi propia experiencia. Dios me ha dado amor hacia los que mataron a mis padres, y luego de pasar un tiempo con uno de los supuestos asesinos, Dios me dio compasión por él y no odio.

«Bendecir» es: *eulogía*, en griego. «Elogiar» deriva de *eulogía*, lo que significa hablar bien de una persona y no maldecir (Ro. 12.14). Debemos dejar el juicio de los actos terroristas a Dios, más que nada porque Él dijo: «Mía es la venganza, yo pagaré» (Ro. 12.19). Además, el gobierno es el responsable de proteger a la ciudadanía de todo acto criminal. La Biblia declara: «No hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas» (Ro. 13.1). La función del gobierno es proteger a los ciudadanos de las actividades delictivas, castigar a los malhechores y promover el bienestar del país. Los cristianos son exhortados a orar por los líderes políticos y «por todos los hombres [...] que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador» (1 Tim. 2.1-3).

Los cristianos que están más ocupados en la evangelización que en la teología política, pueden declarar honestamente con el apóstol Pablo al final de su vida: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2 Ti. 4.7-8). Por consiguiente, nuestro Señor Jesús de-

termina que sus hijos perseveren hasta el fin en fe, esperanza y amor, ¡pero el mayor de ellos es el amor!

En conclusión, espero con gran expectativa el poder estar con Abraham, Agar e Ismael, Sara e Isaac y con:

una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero (Ap. 7.9-10).

Notas

- 1 Robert Young, *Young's Analytical Concordance to the Bible*, New York: Funk & Wagnall, 1936, p. 287.
- 2 *Ibid.*
- 3 Philip K. Hitti, *History of the Arabs*, décima edición, New York: St. Martin's Press, 1970, p. 8.
- 4 *The New King James Version. Biblical Cyclopedic Index*, Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1985, p. 155.
- 5 William Whiston, *Josephus*, Grand Rapids: Kregel Publications, reimpresión, 1980, p. 32.
- 6 William Smith, *Dictionary of the Bible*, vol. I, Cambridge: Riverside Press, H. O. Houghton & Co., 1868-70, pp. 136-142.
- 7 *Ibid.*
- 8 Ibn-Qutaybah, *Uyun al Akhbar*, El Cairo, vol. 3, 1930, pp. 209-213.
- 9 Hitti, *op. cit.*, p. 42.
- 10 Louis Bahjat Hamada, *God loves the Arabs, too [Dios ama a los árabes, también]*, Nashville: Winston-Derek, 1988, p. 26.
- 11 Smith, *op. cit.*
- 12 Hitti, *op. cit.*, p. 42.

- 13 Hitti, op. cit., p. 149.
- 14 Hitti, op. cit., p. 43.
- 15 Hamada, op. cit., p. 83.
- 16 Hitti, op. cit., p. 52.
- 17 C. L. Woolley, *Ur of the Chaldees*, Penguin Books, 1940. Cf. Woolley, *The Sumerians*, 1928, reimpresso 1971.
- 18 Leon Wood, *A Survey of Israel's History*, Grand Rapids: Zondervan, 1970, p. 42.
- 19 Ibid, p. 29.
- 20 Louis Bahjat Hamada, *God loves Arabs, too*, Nashville: Winston-Derek, 1988, p. 93.
- 21 Ibid, p. 103.
- 22 *The Jewish Encyclopedia*, vol. VI, New York: Funk & Wagnalls, 1902, p. 138.
- 23 *The Soncino Chumash*, New York: The Soncino Press, 1947, pp. 75-134.
- 24 Pirke de Rabí Eliezer, *The Ten Trial of Abraham*, traducido por G. Friedlander, New York: Bloch, 1916, pp. 190-191.
- 25 En Génesis 16.1, citado en Friendler, ibid. p. 190.
- 26 Hamada, op. cit., p. 91.
- 27 *The New King James Version. Archaeological Discoveries*, Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1985, p. 1380.
- 28 Nelson Glueck, *Rivers in the Desert*, New York: Farrar, Straus and Cudaly, 1959, p. 63.
- 29 *The Wycliffe Commentary*, Chicago: Moody Press, décima impresión, 1974, p. 22.
- 30 William Whiston. *Works of Josephus*, vol. II, Grand Rapids: Baker Book House, decimocuarta edición, 1988, p. 96.
- 31 Richard Longenecker, *Biblical Exegesis in the Apostolic Period*, Grand Rapids: Eerdmans, 1975, p. 127.
- 32 Ibid.

- 33 Donald Grey Barnhouse, *Genesis: a Devocional Commentary*, 2 vols. Grand Rapids: Zondervan, 1970, p.126.
- 34 H. C. Leupold, *Exposition of Genesis*, 2 vols. Columbus, Ohio: Wartburg, 1942; reimpression, Grand Rapids: Baker, 1979, pp. 500-501.
- 35 William Whiston, *Josephus*, Grand Rapids: Kregel Publications, reprinted, 1980, ver prefacio.
- 36 Ibrahim Rifat, *Mirat al Harayam*, vol. I, Cairo, 1925, pp. 56-60.
- 37 Henry H. Halley, *Halley's Bible Handbook*, 24^o ed., Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1965, p. 765.
- 38 Philip K. Hitti, *History of the Arabs*, 10a. ed., New York, St. Martin's Press, 1974, p. 120.
- 39 Robert Roberts, *The Socila Law of the Qorin*, London, 1925.
- 40 C. C. Torrey, *The Jewish Foundation of Islam*, New York, 1933, pp. 90, 102.
- 41 Louis Bahjat Hamada, *God loves Arabs, too*, Nashville: Hamada Evangelistic Association Inc., 1988, p. 52.
- 42 Hitti, op. cit., p. 206.
- 43 Hitti, op. cit., p. 572.
- 44 C. A. Nallino, *Celestial Sphere*, El Cairo, 1911, p. 281.
- 45 Friedrich Dieterici, *Die philosophie der Araber im IX. und X. Jahrhundert n. Chr.*, vol. XIV, Leyden, 1890, pp. 66-83.
- 46 Ibid.
- 47 Ed. Maurice Bouyges, Beirut, 1930, tr. S. Van Den Bergh. 2 vol., Oxford, 1954.
- 48 Hitti, op. cit., p. 584.
- 49 William Osler, *The Evolution of Modern Medicine*, New Haven, 1922, p. 98.
- 50 C.S. Coon, *Caravan: The Story of the Middle East*, New York: Henry Holt & Co., 1951, p. 343.
- 51 Louis Bahat Hamada, *God loves Arabs, too*, Nashville: Winston-Derek, 1986, p. 74.

- 52 Sania Hamady, *Temperament and Character of the Arabs*, New York: Twayne Publishers, 1966, p. 229.
- 53 Hamada, op. cit., p. 80.
- 54 Philip K. Hitti, *A Short history of the Near East*, New York: D. Van Nostrand Company, Inc. 1966, p. 299.
- 55 Hamada, op. cit., p. 584.
- 56 Ver la revista *Aramco*, marzo-abril de 1980.
- 57 Kathleen M. Langley, *The Industrialization of Iraq*, Cambridge: Prensa de la Universidad Harvard, 1961.
- 58 Fahim I. Qubain, *The Reconstruction of Iraq, 1950-1957* Nueva York: Frederick A. Praeger, 1958.
- 57 Philip K. Hitti, *History of Syria, including Lebanon and Palestine*, Nueva York: Compañía McMillan, 1951.
- 58 Philip K. Hitti, *History of the Arabs*, 10º ed., Nueva York, St. Martin's Press, 1974, p. 458.
- 59 Ver la revista *Aramco*, marzo-abril de 1988.
- 60 Caleb fue adherido a la tribu de Judá (Nm. 13.6), de la cual descendió nuestro Señor y Salvador Jesucristo (*N. del e.*).
- 61 Philip K. Hitti, *History of the Arabs*, 10º ed., Nueva York: St. Martin's Press, 1974, p. 43.
- 62 *Ibid.*
- 63 Para un estudio más comprensivo de la haj, véase el artículo especial en la revista *Aramco*, noviembre-diciembre de 1974.
- 64 Khalil A. Totah, *The Contribution of the Arabs to Education*, Nueva York: AMS Press, 1926, pp. 67-76.